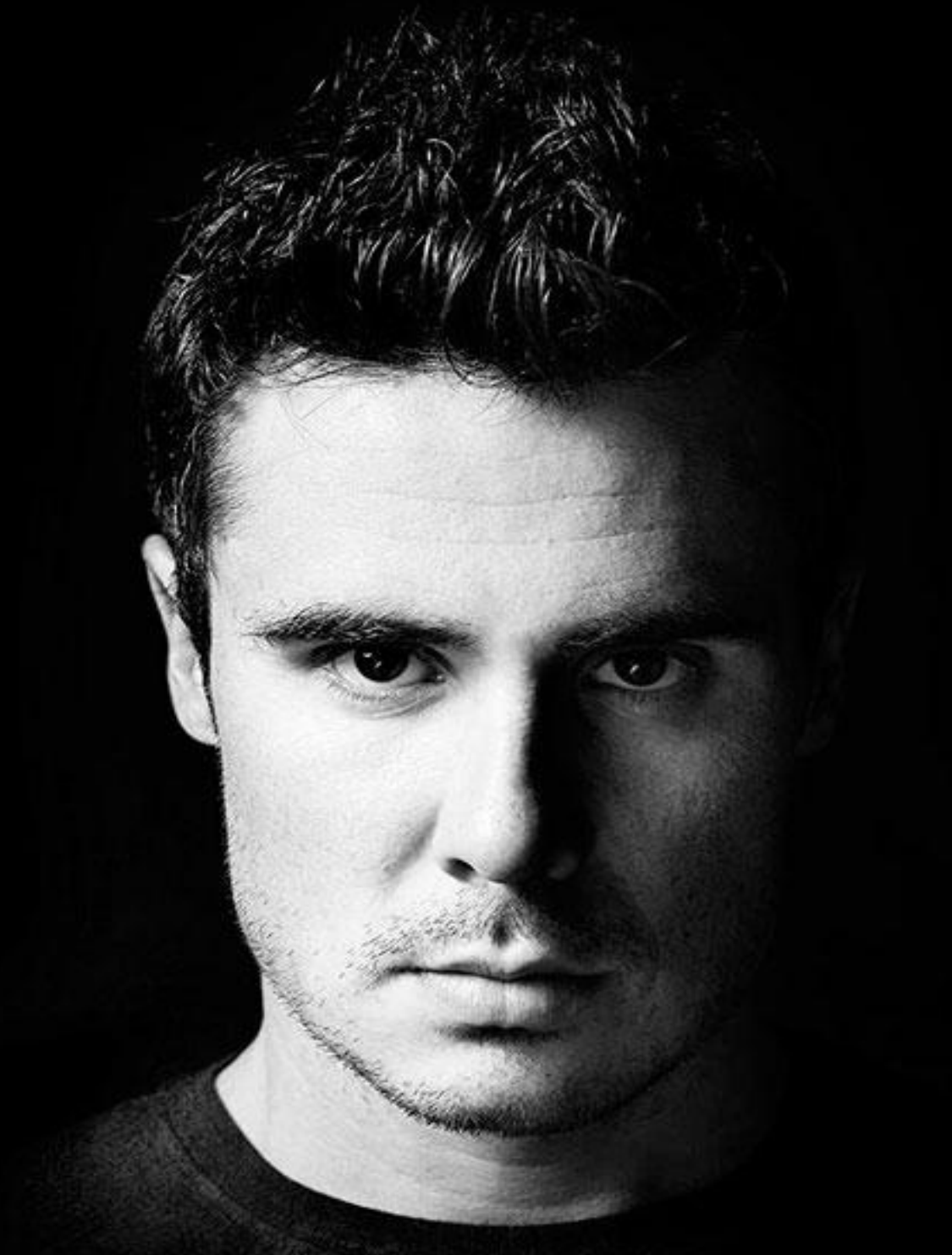


A pulso

La historia de superación de JAVIER GÓMEZ NOYA



Paulo Alonso / Antón Bruquetas

Prólogo de Manuel Jabois

Lectulandia

La historia de un chaval dotado de una fuerza mental superlativa que se convirtió en el primer especialista sin fisuras en uno de los deportes más exigentes.

Primero le descubrieron una anomalía cardíaca. Después vio cómo le impedían correr fuera de España. Luego peleó por la verdad. Compitió prófugo, con una orden gubernamental que le prohibía disputar hasta una carrera popular junto a su casa. El talento lo tenía, pero Javier Gómez Noya necesitó una tremenda capacidad mental para superar los reveses que la vida le planteó ya desde muy joven. Jamás bajó los brazos. El dolor le hizo más fuerte y, ya libre para competir y vigilar su salud, se convirtió en el primer deportista en conquistar cinco veces el Campeonato del Mundo de triatlón.

Un atleta capaz de reinventarse y cuya esencia captura su mítico triunfo en la recta de Hyde Park en 2013. Un relato hilvanado con la implicación del pentacampeón del mundo y todo su círculo. Una epopeya asombrosa, tan rodeada de intrigas y desengaños que casi constituye un thriller alrededor de un deportista admirado en todo el planeta.

Una leyenda ganada a pulso, golpe a golpe, triunfo a triunfo.

Lectulandia

Paulo Alonso & Antón Bruquetas

A pulso

La historia de superación de JAVIER GÓMEZ NOYA

ePub r1.0

Banshee 17.09.17

Título original: *A pulso*
Paulo Alonso & Antón Bruquetas, 2015

Editor digital: Banshee
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

por MANUEL JABOIS

«El cuarto puesto de Pekín me dejó muy afectado, más de lo que la gente pueda pensar porque tampoco lo exterioricé. Había sufrido muchísimo para llegar a la carrera. Había aguantado el dolor y me había entrenado lo mejor que podía bajo aquellas circunstancias. Había dado absolutamente todo lo que tenía en la competición y me quedé a las puertas de las medallas. Eso es parte del deporte y lo entendí. Pero cometí el error de leer la prensa y ver comentarios de gente que realmente me afectaron porque los consideraba injustos. Periodistas deportivos que ignoraban el triatlón durante los cuatro años que dura el ciclo olímpico, y que apenas conocían el orden en el que se disputaban los tres deportes, de repente hablaban como expertos, criticando duramente mi actuación y acusándome de no haber podido con la presión. En ese momento también entendí lo que significan los Juegos Olímpicos, donde los deportes pequeños se vuelven grandes a nivel mediático por unos días. Todo el mundo opina y todo el mundo sabe.»

Javier Gómez Noya y nosotros, los periodistas

Quienes conocen de verdad el frío de la cumbre son los montañeros enterrados en la nieve: sus hijos suben cuarenta años después y los encuentran más jóvenes que ellos. Javi Gómez Noya no conoce la cumbre de verdad pero ha probado su frío: el de las amistades maltrechas, el juego de lealtades, las compañías que no revelan su naturaleza y, por encima de todo, cuando deja atrás todo eso, el frío del cuerpo si la cabeza va por delante. Ese momento en el deporte de élite en que el cerebro está a una cosa y el cuerpo a otra es la aplicación cruda de Platón y sus famosas neuras: ¿es connivencia o escisión?

Dos de las mayores explosiones de Gómez Noya, Londres 2013 y Yokohama 2015, se produjeron en un momento en el que parecía imposible ya no que Javier superase a Brownlee, ese agente Smith que ocupa cuerpos, sino que llegase a sus propias piernas: que las órdenes de su cerebro no se perdiesen en algún lugar como se perdió Alegría en *Inside Out* mientras se derrumbaban islas. Por eso el espectáculo tiene una consideración filosófica: Gómez Noya esprinta contra su rival y también contra sí mismo, contra su naturaleza. En Londres y Yokohama, al final de una larga carrera, Javier se había elevado como la ciudad de Torrente Ballester, esa que era Castroforte de Baralla en la ficción y que en la realidad era Pontevedra.

Pontevedra es una ciudad que poco a poco se ha ido abriendo al río. Después de muchas décadas creciendo a su espalda como si las aguas fuesen un barrio oscuro, Pontevedra, además de echar un puente nuevo como quien echa un diente, empezó a abrevarse allí y a llenarlo de canoístas y nadadores. Aquí, en el embalse del Pontillón, en las carreteras, en los caminos, levantaron su leyenda David Cal y Javi Gómez Noya, dos figuras históricas. También en esta ciudad consumó Gómez Noya una derrota que pasado el tiempo se ve poéticamente necesaria: un naufragio entero. Antón Bruquetas y Paulo Alonso, autores de esta cirugía inédita de la vida de Javier

Gómez Noya, la primera biografía de un superhéroe, quizás el más grande de todos, lo cuentan de forma insuperable: «Javier tragó agua a nado, se ahogó en estrés, quedó rezagado y tuvo que remontar en el tramo ciclista. “Iba muerto, con sensación de sed. Empecé a correr por honor. A pie, los Brownlee se fueron muy pronto, así que pensaba ya en una tercera o cuarta plaza”. Las piernas remoloneaban, faltaba el aire. Vio pasar rivales. En una zona medio oculta por el graderío de la recta de meta del Estadio de la Juventud, se paró. Quizá lo mejor era retirarse y zanjar esa agonía. Y de pronto escucha una voz familiar. “Voy suave, ven conmigo. Ha venido toda esta gente a verte y tienes que acabar. Hazlo por ellos”. Iván Raña, su viejo amigo, le rescataba en uno de los instantes más amargos de su vida. Continuaron hablando. Conversación para anestesiar la frustración. Puestos 40 y 41 para dos gigantes, un palo para Javier similar al de Iván en Atenas 2004».

La luz verde del embarcadero era cuanto veía de noche Jay Gatz antes de acostarse. Lo había conseguido todo en la vida, dinero, poder, influencia, pero solo había sido un medio para conquistar lo único que le faltaba: el corazón de una mujer. La luz verde del embarcadero brillaba en la mansión del matrimonio Buchanan y Daisy Buchanan era la mujer por la que Jay Gatz, el gran Gatsby, se propuso «repetir el pasado». Esa luz simboliza lo que nos falta, lo que a pesar de nuestra ambición y nuestro talento y nuestra fortuna, nunca podremos lograr. Todos necesitamos una. Siempre hay que vivir con una derrota íntima arrastrándola como un falso miembro, una parte amputada de nuestro cuerpo que insistimos en usar a pesar de que no se mueve. Es probable que Pontevedra 2011 sea ese fracaso que Gómez Noya utilizó para coger impulso, para seguir viendo desde la cumbre, bajo un frío de esquimales y rodeado de cadáveres más jóvenes que él, la luz verde que necesita para seguir corriendo hasta que no pueda más.

Por eso es necesario leer este libro. Habla de Gómez Noya como excusa para hablar de cosas necesarias. Cuando empezaba a acariciar el cielo, a Gómez Noya se le encontró una supuesta malformación congénita del corazón que enfrentó a médicos suyos y del Consejo Superior de Deportes. Él podía competir y así se lo aseguraban sus médicos. El CSD le retiró licencias: no iba a matarse en la carrera. Saleta Castro dice en el libro: «En muchos medios de comunicación había sido un chico que podría llegar a ser el mejor del mundo y de repente parecía un loco que se podía morir en cualquier triatlón». «Era casi un prófugo cuando apenas un año antes había sido octavo del mundo». Merece la pena acercarse con cuidado a los pasajes en que Bruquetas y Alonso recrean esa situación espléndidamente. Otra vez la cabeza llegaba donde no llegaba el cuerpo, y otra vez Gómez Noya lo pone todo en el mismo plano para superar a los Brownlee y a los directivos que querían que viviese como una planta a la que se le priva de luz y agua.

Este es un libro feliz. Habla de éxitos y de victorias. Se mete en la cabeza del atleta, por tanto es también un libro misterioso: es el propio Gómez Noya el que habla desde el fondo de sí mismo, y a través de él se entiende su carrera y también la

carrera de todos nosotros. Los que saben, como Cela, que el que resiste gana. Y que es lo mismo, si se hace con grandeza, resistir de último y resistir de primero. Aunque de campeón corres el riesgo de que te escriban un libro.

Castropol

«Vas a ganar la carrera. Vas a ganar. Y serás campeón del Mundo». Un mantra ronda su mente. Una idea tan simple como difícil de plasmar. Un martilleo para convencerse de sus posibilidades en un escenario adverso. En la soledad de la habitación de su hotel en Notting Hill, Javier Gómez Noya se enfrenta al rodillo la víspera de la final del Campeonato del Mundo de triatlón de 2013. La sensación de saberse el mejor del planeta ya la ha disfrutado dos veces antes. Más como una liberación, la tranquilidad del deber cumplido, que como una hazaña. Pero no hay un desenlace igual a otro y ahora necesita una heroicidad para volver a reinar. Pedalada a pedalada repasa el plan para salir de Hyde Park con la medalla de oro colgada del cuello al día siguiente. Una estrategia valiente. Si le sale bien, tras 1.500 metros a nado y cuarenta kilómetros sobre la bici, se lo jugará todo en los diez últimos a pie y, cueste lo que cueste, esta vez pasará al ataque.

«Vas a ganar», le repite su círculo más íntimo, contadas personas de toda confianza que lo arroparon, animaron y levantaron en distintos momentos de su vida. Sus padres, su cardiólogo y su entrenador. Llega a Londres como tercer clasificado del Mundial. Un puesto suficiente para optar al título, pero un lugar relativamente alejado que también le hace depender de otros. Ganar y esperar. Obligado a superar a todos y dejar atrás, sin que pase del bronce, a Alistair Brownlee, el líder del campeonato, su gran antagonista en la edad de oro de este deporte, el caníbal que no sabe de tácticas ni de amor fraternal en cuanto empieza a competir. Porque su hermano Jonathan es en carrera un aliado que se metamorfosea en rival. Entre los tres habían trazado líneas sobre el mapa de sus conquistas de 2013. Javi había triunfado en Auckland; Alistair, en San Diego, Kitzbühel y Estocolmo, y Jonathan en Yokohama, Madrid y Hamburgo. Las siete pruebas de las Series Mundiales.

Las gotas de sudor le empapan la cara. El sonido punzante de las guitarras eléctricas entra con fuerza por los auriculares. Sube la cadencia mientras dibuja lo que horas más tarde le tocará vivir. Y se imagina un camino repleto de trampas, una natación infernal con los gregarios de los británicos abriendo paso, unas transiciones donde el mínimo descuido significaría una despedida. Y la lluvia. No quiere que llueva. Si de algo está convencido es de eso. No quiere rodar sobre mojado.

El viaje hacia aquella habitación de hotel había empezado con una mezcla de azar, sencillez e improvisación un verano de 1998. Ese cóctel bastó para prender una llama en el alma de un chaval de quince años al que ya movían los desafíos. La noche antes de su primera prueba de triatlón fue la antítesis de la tensa espera de aquel 15 de septiembre de 2013, el día antes del triatlón más emocionante de todos los tiempos.

Javier ya era un notable nadador a los quince años. Finalista en campeonatos de España, su vida giraba alrededor de una piscina, y ese rumbo le llenaba. Disfrutaba cada metro sobre el agua, se divertía en el ambiente despreocupado de un equipo y

también soñaba con crecer en un grupo bautizado con el ambicioso gancho de Sídney 2000.

Iba a la piscina de Caranza incluso terminada la temporada, cuando ya solo disputaba travesías en mar abierto. Era un hábito, y también una necesidad en un mes de agosto con días largos. Cabía de todo en la jornada de aquel adolescente: el remoloneo en la playa de Doniños, un lugar mágico, un punto de la costa donde la arena se mezcla con el azul del océano y el verde que se derrama desde las montañas como solo sucede en Galicia; los juegos con su pandilla de A Cabana, el pequeño barrio residencial a las afueras de Ferrol donde vivía, otro refugio frente a la atmósfera decadente de una ciudad en permanente recesión, y el deporte, siempre el deporte.

Por Caranza desfilaban mujeres embarazadas, padres con bebés que se adaptaban al medio acuático, futuros nadadores frustrados... La mezcla típica de una piscina pública. También bomberos y aspirantes a una plaza que descubrían la adrenalina del deporte de las tres disciplinas, el triatlón aficionado, sencillo, humilde, con pocas pruebas. Precarias competiciones que, en todo caso, colmaban el espíritu de anónimos que ansiaban nuevos retos. En Ferrol no había todavía ni club de triatlón. Quedaba todo por hacer. Así que entre un grupo de aficionados crearon dentro del Natación Ferrol una sección para tramitar las licencias y poco más.

«Yo no conocía casi nada sobre triatlón. Pero Carlitos Castro, Carlos Núñez y Alberto Paz ya se habían iniciado. Coincidió con ese grupo de bomberos que en Caranza preparaban los triatlones. Ellos sabían que me gustaba correr y que también había salido algo en bici. Un día me hablaron de una carrera en Castropol. Me entró la curiosidad y les pregunté qué era lo mínimo que hacía falta para competir. Me animé a ir y hasta tuvimos que comprar una bici. Solo tenía las de montaña en las que había salido algunos domingos, años antes, con la pandilla de mi padre. Nos hicimos con una Vitus de segunda mano por diez o quince mil pesetas».

Aquella idea dio paso a una inmersión acelerada en las distancias, rutinas y consejos más básicos del triatlón. Con voluntad intentaron tapar carencias solo por añadir otro divertimento al verano. «Un par de días antes de la carrera de Castropol, Carlitos Castro vino a mi casa para explicarme algunos detalles: que en la transición hacia la parte de bicicleta los más cuidadosos dejaban una toalla en el suelo para secarse los pies, que otros añadían al kit una silla plegable, y que algunos hasta llevaban una tina con agua para quitarse las arenas. En aquella época iban sin tanta prisa. También me dio consejos para después de dejar la bici. Empezaban a tunear zapatillas con gomas, pero yo solo tenía las normales de cordones y debería atarlas mientras otros ya arrancasen».

El ritual previo a la prueba de Castropol trastocó sus hábitos. La víspera aparcó el deporte, e incluso alguien le animó a darse un baño de agua caliente en casa para relajar los músculos. «Hice justo lo contrario de lo que se debe hacer, pues pierdes tono muscular». En realidad, afrontaba la carrera de su vida, la que iba a abrirle las

puertas de un mundo fascinante.

«Llegamos con una hora de antelación para prepararlo todo, y allí no había nadie. Como en las travesías, me presenté sin neopreno, al contrario que el resto. Y, sobre todo, me extrañó que fuéramos a tirarnos en una zona donde apenas cubría. Sabía que estaba bajando la marea, y el agua además venía contracorriente... Al empezar a nadar, en seguida vi gente corriendo sobre la arena y adelantándose; algunos casi no avanzaban por la corriente; otros atajaban... Una chapuza. No entendía nada. Al final, yo también me ponía de pie y me tiraba de vez en cuando».

Aquel día se cruzó con los pioneros del triatlón gallego y personajes que se iban a encontrar en momentos decisivos de su carrera. Rivales, amigos, entrenadores, actores de una historia trufada de emociones y reveses. Experiencias que iban a curtir su personalidad, su forma de rodearse de un círculo de confianza como coraza, la protección que le permitió salir adelante. Porque pronto sabría que el deporte le exigiría mucho más que entrenar y competir, que probaría el límite de su fortaleza mental.

Iván Raña, ya el gran triatleta gallego de aquella época, salió el primero del agua, seguido por David Castro, otro competidor de nivel internacional. Tras su figura de muchachotes fornidos, cubiertos con neoprenos, un chavalín en bañador naranja y cuerpo menudo. Se enfundó una licra y se subió a su recién adquirida bici para encarar 40 kilómetros en una carretera abierta al tráfico. Rodaría en solitario. Así se lo habían indicado. Creía que no se podía tomar la rueda de un rival. Aunque, en realidad, el triatlón federativo estaba dejando atrás esa norma, por lo que en Castropol sí se formarían grupos. Abrigarse en uno de ellos le habría permitido reservar fuerzas en el sector más desfavorable para sus intereses.

«Al principio me pasaban de uno en uno y yo me separaba para que no me descalificasen. Hasta que me rebasó un grupo de unos veinte rivales, todos juntos. No supe ni aprovecharme del rebufo, pero ya me di cuenta de que sí estaba permitido ir a rueda. En un circuito durillo y con viento, que se me hizo muy largo, hice una media de 32 kilómetros por hora. Pero es que era un niño que no entrenaba nunca en bicicleta». Por delante todavía tenía el diez mil final a pie. Trasladado a su edad, el esfuerzo de un triatlón olímpico rondaría el de un IronMan en un adulto. Se ató las zapatillas y afrontó el trecho definitivo. Pronto le adelantaron Iván Raña y su entrenador, César Varela, que lo acompañaba sobre una bici de montaña. Ya le llevaba una vuelta de ventaja. También le pasó Carlos David Prieto. «Tengo la imagen de rebasar a un chavalín colorado por el esfuerzo. Y al terminar comentamos la forma en que se había vaciado. En la siguiente prueba, en Vigo, nos sorprendió a todos, porque llegó al tramo final con nosotros», explica Prieto, al que también impactó el rostro inquieto del padre de Javier, vigilante, siempre dispuesto a dar instrucciones agarrado a su cronómetro.

Después de más de dos horas de esfuerzo en Castropol, terminó decimosexto en la general y segundo en la clasificación juvenil, en la que solo le superó el asturiano

Fernando Barroso, dos años mayor, entrenado por Omar González, presente en la cita iniciática de Asturias y en próximos episodios de su vida.

«Acabé bastante cansado. Los niños hacíamos la misma distancia que los profesionales. Una salvajada para un niño de quince años y que no estaba entrenado. Por suerte, hoy los chavales participan en distancias adaptadas a sus edades. Por una parte, estaba indignado porque debía de haber sido el mejor o el segundo a nado, si no llega a haber todo aquel desbarajuste. Pero, en realidad, me encantó la experiencia». Hasta en aquel precario debut afloraba ese gen competitivo que le acompañaría siempre. El papel del crío, sin que fuese consciente de ello, ya despertó comentarios en el mundillo del triatlón, que se había reunido aquella mañana para disfrutar del poderío de Raña y se tropezó con el arrojo de un niño portentoso. ¿De dónde había salido aquel chaval con la cara pintada por el esfuerzo de unos relucientes coloretos y combativo como un veterano? El interés que generó en unas pocas horas le brindaría un premio unas semanas después...

Aquel día de agosto, tras comer en ruta con su padre, que iba al volante de su Renault 19 de regreso de Asturias, Javier disputó la travesía a nado sobre otros ochocientos metros en Ares, cerca de Ferrol. Llegó el primero, pero sin la suficiencia a la que estaba acostumbrado. Esa noche, exhausto, empezó una transformación que le llevaría cinco años. El proceso para despojarse de una piel y lucir otra se completó una tarde de diciembre en Nueva Zelanda. Para llegar hasta allí tendría que pagar un alto precio.

A las siete y media suena el despertador en Notting Hill. Javier inicia su ritual del gran día. Trotar un rato, desayunar, recorrer en bici el camino a Hyde Park y nadar en la piscina próxima al circuito. En Londres siempre había vivido grandes emociones por caídas, triunfos épicos, medallas que saldaron cuentas pendientes... Un lugar clave también para su supervivencia deportiva, donde había desbloqueado uno de los problemas más enquistados a los que se enfrentó nunca. A su lado, Carlos David Prieto, como tantos años antes, cuando lo tenía todo por descubrir. Su antiguo compañero de habitación en los viajes con el Club Fluvial de Lugo, luego confidente y amigo, se había convertido en su entrenador unos meses atrás. La compañía perfecta después de diez años dando vueltas por el mundo. La charla intenta tapar los nervios en esas horas anteriores a la carrera, se palpa la tensión de jugarse en solo un par de horas todo un año de sacrificios. «Me dijo que sus sensaciones eran positivas. Suficiente», explica su sombra de todo el 2013. El ambiente festivo en el parque, un bullicio colorista de miles de personas rumbo a la final del Mundial, contribuye a activar el cuerpo. La atmósfera perfecta para otro duelo a tres, los hermanos Brownlee y él. Nadie apostaría su dinero por ningún otro aspirante a campeón. Quince minutos antes de la carrera, no hay espacio para tácticas. Carlos David Prieto se acerca y le susurra una última frase al oído: «Acuérdete de Pontevedra». Allí vive desde hace diez años, allí había sufrido en 2011 uno de los mayores reveses de su carrera en un Europeo extraño, en el que hubo hasta juego sucio, y del que salieron victoriosos Alistair y Jonathan Brownlee, oro y plata.

En la cámara de llamadas se cruzan los tres favoritos. Hay una relación cordial, pero sin la familiaridad de otros auténticos amigos a los que la competición convierte durante horas en rivales.

—¿Lloverá? Vosotros sois locales —pregunta Javier, ávido de conversación para reducir la tensión.

—Nosotros somos de Yorkshire, no de Londres. De locales, nada. Pero creo que sí, algo lloverá —espeta Alistair divertido, siempre tomando la iniciativa como hermano mayor, por delante del pequeño, tanto en las carreras como en la vida.

Londres en septiembre puede mostrar en cuestión de horas las cuatro estaciones del año. Así que, para evitar riesgos en un asfalto resbaladizo, Javier había rebajado ligeramente la presión de las ruedas de su bicicleta, con la misma previsión que sus rivales.

Las presentaciones siguen el orden de la clasificación del Mundial. El primero en elegir un puesto en el pontón de los 1.500 metros a nado (dos vueltas al tramo central del lago Serpentine) es Alistair Brownlee, el líder. Y, en contra de lo que suele hacer, se va al extremo izquierdo, el más cerrado hacia la boya de giro, un punto delicado y primera referencia. Jonathan, no hay duda, se sitúa al lado de su hermano. Ocupan el lugar habitual de Javier, que, tras pensarlo un instante, mantiene su idea y se acomoda

junto a ellos. Siempre escoge el lado que le permite llegar por dentro al giro de la primera baliza.

Mientras se sitúan los actores secundarios, los tres se activan en un último calentamiento sin espacio ya para más bromas. «Hacía muchísimo frío y los Brownlee parecían boxeadores, protegidos por sus chubasqueros». Lanza los brazos hacia adelante y hacia atrás para que los músculos ganen temperatura. Toma unas bocanadas de aire. Siente que el corazón se acelera. La visión se va reduciendo paulatinamente. Ahora ya solo se centra en los metros de agua que tiene delante. El tiempo se agota. Todos se ponen en formación. Llega el momento. Da un paso al frente. Se prepara. Contiene el aliento. Y, por fin, escucha la señal.

«¡Salta, Javi! ¡Salta o no nos dará tiempo! ¡Salta!». La natación había sido su puerta de entrada al triatlón. Y el entrenamiento de un finalista en los Campeonatos de España requería sacrificios desde muy joven. Con catorce años ya acudía a las seis y media de la madrugada a entrenar a la piscina de Caranza. Muchos días sin más compañía que su fuerza de voluntad. Y el momento de tirarse al agua no era fácil para un niño casi en ayunas. Por eso le apremiaba José Rioseco, el primer entrenador que le marcó de verdad, cuando su hobby ya no era pura diversión y las satisfacciones solo llegaban después de un enorme desgaste durante meses.

«¡Salta, Javi!». La soledad envolvía en eco los gritos de Rioseco en una piscina prácticamente vacía. No había tiempo que perder en la primera sesión de la jornada, cuando al final la constancia tumbaba siempre a la pereza de lanzarse al agua fría. Tras hora y media de ejercicios, pasaba por la ducha y cogía un termo y un sándwich durante el trayecto en coche hacia el instituto.

Había llegado al Natación Ferrol con once años, animado por su padre, buen nadador desde siempre, y por su amigo Eduardo Suárez, vecino en su barrio de A Cabana y compañero de clase en el colegio London School. El equipo de fútbol Os Amigos perdió un lateral derecho y la piscina ganó un alumno muy disciplinado, aunque no le atrajese en principio la competición. En su primer día en el club, le marcaron series de mariposa, que ejecutó sin rechistar. «A mitad del entrenamiento, el responsable, Jesús Foces, me mandó para casa. Fue un alivio. En las primeras semanas avancé muy rápido, recuperando el tiempo perdido respecto a otros compañeros que habían empezado mucho antes. Todo iba muy bien, por el ambiente en el grupo y los entrenamientos. Hasta que mis padres me obligaron a probar en una competición en Narón, cerca de casa, a la que no quería ir. Nadé 100 espalda, nerviosísimo. Temía que me descalificaran por algún error. En aquellos años me tensionaba, sufría antes de la salida». En su primer Campeonato Gallego infantil ya ganó un par de oros en 400 y 1.500 metros libre. Con constancia, empezó a moverse entre los cinco o seis mejores de España. Progresó rápido y se hicieron frecuentes los entrenamientos con Rioseco, director técnico del club, testigo directísimo del viaje que iba a emprender, un amigo que también le inculcó luego una forma de trabajar y

moverse por el mundo. Las jornadas se estiraron. Cerraba la piscina pasadas las diez y media de la noche y dos días a la semana volvía a abrirla a las seis y media de la madrugada. Una instalación que terminaría llevando su nombre en reconocimiento a su trayectoria vital y deportiva.

«Tenía un cuerpo normal, pero una cabeza extraordinaria. Se le veía casi inmediatamente, al meterse en el agua. Era muy trabajador y se adaptó a hacerlo todo perfecto para nadar de una forma muy económica», recuerda Rioseco sobre su despertar en la piscina.

La natación le proporcionó sueños, pero también frecuentes inmersiones en la realidad. Figura en Galicia, le tapaban gigantes como Marco Rivera y Javi Núñez cuando salía a competir fuera. No había espacio para la resignación pese a ciertas limitaciones. «Ahora sé que me faltaban altura y fuerza para competir con los mejores, aunque lo intentase a base de técnica y capacidad aeróbica». Con trece años, en su primer campus nacional descubrió, paradójicamente, otra virtud. «¡Se me daba mejor correr que nadar! No estaba tan formado muscularmente como el resto y no era el típico nadador pesado al que le cuesta moverse. Además, ya me gustaba correr por ahí sin ningún plan predeterminado». Iba perfilando, sin saberlo, su preparación como triatleta con un entrenamiento variado. También con tiradas en bicicleta junto al grupo de veteranos de su padre. «¡Pero como traes al niño!», le habían afeado en la primera ruta por el monte antes de ver que aguantaba como cualquier otro.

Javier devoró horas de natación en cintas de VHS, coleccionó revistas, memorizó tiempos y resultados... Se fijó en ídolos como Martín López Zubero, el campeón olímpico de Barcelona 92, y los australianos Kieren Perkins y Grant Hackett. Metódico y silencioso. Una anécdota ilustra su meticulosidad al entrenar. «Una tarde marqué las rutinas para calentar y desde entonces iba todos los días a la misma baldosa, entre una columna y una pizarra, para completar el mismo ritual. Era algo especial», recuerda Rioseco.

Como nadador, dominaba las pruebas en aguas abiertas; sin saberlo, otro aprendizaje para el futuro como triatleta. Su amigo Arturo Calvo vivió a su lado su transformación en una estrella del triatlón, desde que empezó a volar cuando iban juntos al instituto. «La gente sabía todo lo que entrenaba, los madrugones... A la mayoría les parecía una locura. Porque ya entonces lo hacía todo con una disciplina brutal. Con catorce o dieciséis años era incapaz de perderse un entrenamiento. Era increíble. No solo por entrenar mucho volumen, sino por abordar cada sesión con una concentración plena». Palabras de amigo, pero también testigo de infinidad de pruebas, observador de las rutinas y los hábitos con que cada deportista envuelve una carrera. Y vio a varios talentos quedarse por el camino... «Hay triatletas con mucha clase, pero no tan meticulosos desde niños. Javi se marca un objetivo y lo cumple. No era eufórico cuando ganaba. Sentía los éxitos como una consecuencia del esfuerzo, y a continuación se marcaba el siguiente objetivo. Era muy analítico». Por eso Javier se involucró muy pronto en sus entrenamientos. Ávido de saber los porqués de los

cambios en el cuerpo, activo para aportar sugerencias. «Llegaba a la pizarra, veía el entrenamiento y lo hacía, pero también le gustaba saber el motivo», matiza Calvo. Y se empapó de textos sobre Lance Armstrong, entonces paradigma de la superación en el deporte y su ídolo durante esa transformación personal que iba a concluir en Nueva Zelanda.

El verano de 1998 lo cambió todo. Tras el peculiar estreno en Castropol, rindió aún mejor en los siguientes triatlones, en Vigo y A Coruña. Era un crío en carreras de hombres, y también un portento capaz de probar a los mejores de Galicia sin tener experiencia ni entrenar de forma específica. Semanas después de su debut, le llegó la recompensa. «Soy Andreu Alfonso, seleccionador español juvenil. Quiero que vengas a una concentración en Oliva, en Gandía, como miembro del equipo nacional».

La experiencia de esos días en el camping Miramar le divirtió y sorprendió al mismo tiempo. Disfrutó de las bromas en los bungalows, hizo grandes amigos en un ambiente más distendido que el de rivalidad de las grandes citas de natación y confirmó que tenía un talento único para ese deporte.

«Era más joven, y el resto ya nos conocíamos casi todos. Así que su llegada supuso una novedad. Pronto le llamamos “17”, porque era el único capaz de completar los 1.500 metros en el agua en ese tiempo», recuerda Dani Puerta, uno de los chavales que allanó la adaptación al grupo de aquel nadador entre proyectos de triatletas. «Aún tenía muchísimas carencias técnicas. En bici iba atrancado con el plato, aunque su clase era enorme. El primer día que subimos el puerto de Pego, allí en Miramar, atacamos como fieras, hasta que fue alcanzándonos y descolgándonos uno a uno, sentado, con un desarrollo duro», explica Puerta, que después convirtió a Javier en un amigo más de los Diablillos de Rivas, su club en Madrid.

En el ambiente despreocupado de Oliva unos no dejaban de mirar de reojo a otros. Porque disputarían una prueba para medir fuerzas. «Me anunciaron que haríamos un 1.000-30-7 y ni sabía a qué se referían. Era ajeno a la jerga del triatlón. Luego supe que hablaban de las distancias de cada segmento, mil metros a nado, treinta kilómetros en bici y otros siete a pie». En la porra previa de los chavales, el nombre del novato no apareció en ninguna apuesta. Pero ganó con suficiencia siendo el más pequeño de la concentración. Le bastó su talento. Venció, por ejemplo, al entonces vigente campeón de España juvenil, Francisco Ezequiel Lázaro.

Aquel grupo de triatletas le hizo sentirse cómodo desde el primer día en Gandía. Su carácter formal y espartano se refrescó con el contrapunto de un ambiente muy lúdico. Entabló una buena relación con los chavales con los que más sintonizaba. La empatía era mutua. Puerta le demostraría su aprecio años más tarde en carrera, cuando no había más en juego que el honor de rebelarse contra una decisión injusta y una emboscada en bici. Por aquel entonces sus caminos les habían llevado a vidas muy diferentes. Era poco antes de los Juegos de Atenas. En el verano de 2004, Javier se asomaba a la élite; a Puerta el profesionalismo le quedaba lejos.

A la vuelta de Gandía, Javier priorizó todavía la natación durante una etapa. Cada

año, hasta junio no salía del agua, y en verano emergía como triatleta. Mantenía su vínculo con su deporte de siempre y arrasaba en el nuevo. En 1999 coincidieron ambos campeonatos de España el mismo día, y eligió irse a nadar a Elda, teñido de rubio como el resto de su equipo. «Tenía muchas probabilidades de ganar el de triatlón y muy pocas de llegar al podio en el de natación, pero sentía que debía ir al de natación porque era para el que más me había preparado». A medida que pasaban los triatlones, algo había en aquel chaval que no dejaba de sorprender. Así que se hizo habitual en las reuniones de los aspirantes a la selección. Ese mismo 1999 le convocaron para la cita de Benicàssim y también ganó la versión para populares de la Copa de España de Torrevieja sin haber dormido ni un minuto la víspera, de tanta fiesta que había en aquel grupo durante las concentraciones. Fue aquella una de sus primeras exhibiciones tras salir el primero del agua, asumir la responsabilidad en bici, sentir durante todo el camino el aire en la cara y ganar a su manera, en solitario. Firmó uno de los mejores parciales en la carrera a pie, mejor incluso que el de varios profesionales que correrían en la siguiente serie.

Volvió en el año 2000 a otra reunión de jóvenes talentos en Arriondas (Asturias) y también arrasó... A ojos de los demás no había dudas de adónde encaminaría su futuro. Raña, Whitfield, Gemmell, Docherty y Robertson tomaron la cabeza de Javier como referentes que en breve se convertirían en rivales.

Le gustaba quedarse en casa de Puerta y Dani devolvía la visita a A Cabana. Con Arturo Calvo estiraban los días y las noches hasta caer rendidos. «Y soñábamos. Una noche terminamos hablando de olimpismo. “¿Te imaginas lo que sería correr unos Juegos?”», recuerda Puerta que fantasearon. Javier flotaba en una nube. Todo iba más rápido de lo que jamás había imaginado. «Sentía que llevaba muchos años nadando con total entrega y disciplina, pero “solo” me alcanzaba para llegar a la final de un campeonato de España. Y, de repente, sin apenas entrenar corriendo y en bici, ganaba a los mejores triatletas de España de mi categoría y podía competir de tú a tú con muchos de la élite». Era una historia de colores. Pero pronto se desteñiría. Pasaría de golpe al blanco y negro.

Entre golpes, espumas y referencias muy vagas se descorcha la final del Mundial en el lago Serpentine. Pese a su formación de nadador de travesías, Javier no se maneja como otros en aguas abiertas, donde a veces se dan brazadas por intuición, sin una visión clara de donde están los rivales. Siente que su salida es pobre y aprieta para no sufrir complicaciones en cadena. Jamás se ganó un triatlón en esos primeros 1.500 metros a nado, pero la historia es rica en fiascos después de que un favorito se quedase algo descolgado en el primer segmento. «Siempre empiezas fuerte, sin pensar que tienes dos horas por delante. Pero ese día me enganché con algunos rivales y me agobié desde el principio». Intuye que el eslovaco Richard Varga va líder para que los Brownlee naden más fluidos justo a sus pies, pero no los ve, tapado en una maraña de neoprenos negros, uniformes prácticamente idénticos. Solo los triatletas que abren el grupo tienen una idea nítida de hacia dónde van. El resto avanza entre la desorientación. «Después de unos cien metros sabía que no estaba donde debería, dándome golpes con gente y gastando mucha energía para avanzar poco. Los de delante nadan sin tocarse con nadie y van poco a poco incrementando su ventaja. En ese momento pude identificar a mi lado a Richard Murray, lo que confirmaba mis temores. Richard es uno de los mejores del mundo, y muy pocos pueden correr como él, pero la natación es su punto débil».

Aunque se maneja como un anfibio, Alistair también se crispa al sentir que se queda atrás. Puro instinto, olvida las normas, hunde a un rival y pronto se sitúa a los pies de Varga, en un primer grupo con su hermano Jonathan y varios triatletas que no cuentan para el podio. Esos 1.500 metros a nado también se han endurecido en los últimos años. Cuando Javier irrumpió en el triatlón solía salir en cabeza sin apenas dificultad. Ahora ya no se siente el nadador más fuerte del circuito. La competencia ha crecido y, pese a que sus tiempos en piscina siguen siendo mejores que los de casi todos los triatletas, se encuentra rivales con más habilidad en ese sálvese quien pueda de las aguas abiertas.

Mientras no se aleje demasiado de ese primer grupo que empieza a intuir delante, no hay nada perdido. Aunque la situación en el agua es agobiante. Un aluvión de preguntas y ninguna certeza flotan en su cabeza. Debe seguir concentrado. Focalizar lo que mejor sabe hacer.

Una tarde del verano del año 2000 Javier también se vio obligado a hacerse preguntas. Interrogantes para los que no estaba preparado. De golpe, con solo diecisiete años, tuvo que convertirse en un hombre para hacer frente a un horizonte delicado, para afrontar el mayor contratiempo con el que se tropezaría nunca. Hasta ese momento, no tenía la mínima sospecha de que su vida estaba en juego.

Aquel día caluroso, su padre, Javier Gómez Sequeiro, había recibido una llamada telefónica. El mensaje era tan preocupante que no recuerda con exactitud de qué boca

salió. Su hijo no volvería con la selección española de triatlón y debería dejar el deporte para evitar riesgos para su salud. Tenía una válvula aórtica bicúspide, que no cerraba tan bien como las normales y producía un cierto reflujo, y el ventrículo izquierdo de su corazón estaba más desarrollado de lo normal. Descolocado, agarró el teléfono y se puso en contacto con Pepín Rioseco, primero familiar, luego amigo y más tarde presidente del Natación Ferrol. También era el padre del entrenador de su hijo. Pero lo llamaba en realidad porque era médico, y de toda confianza. Quisieron tratar el tema en persona y, para darle una primera opinión, Rioseco se acercó a la cafetería familiar. Era un local espacioso, con decoración clásica, pero sin recargar, cerca del Ayuntamiento de Ferrol. La familia lo había montado con el dinero ahorrado en Suiza, adonde había emigrado en los años ochenta. Allí, en Basilea, nació el hijo pequeño: Javier.

Cuando Pepín entró en la cafetería, estaba tan inquieto como lo habían visto con el cronómetro en mano el día en que Javier se estrenó en un triatlón. No dejaba de moverse de un lado para otro de la barra. «Es un tema muy delicado. Hay que ser muy prudentes, y verlo muy bien», le avanzó Rioseco sin entrar en muchos detalles. Javier padre seguía alarmado. Habló con su mujer, Manoli Noya, y ambos lo tuvieron claro desde el principio. Con tanta transparencia como cariño debían contarle a su hijo el problema al que se enfrentaba.

Entraron en la habitación y Javier se sentó en la cama. Intuía por los gestos atropellados de sus padres que no eran buenas noticias. Cada palabra sonaba más pesada que la anterior. Y se le fue hundiendo el alma entre las lágrimas. Era un llanto de desesperación. Ni siquiera el calor de los suyos, ni siquiera el aliento de su hermano, le servían de consuelo. Terminó desplomado sobre las sábanas. «¿Y qué queréis que haga ahora? ¿Que ande por ahí borracho por las noches?», decía entre sollozos.

«Se me vino el mundo encima. Pasé noches sin dormir y durante unas semanas estuve tocado, triste, apagado. Me encontraba perfectamente, entrenaba con normalidad. Así que, de repente, te cuentan eso y no lo entiendes. Tampoco quise compartirlo con nadie. Ni con mis amigos. Me lo comí con la familia y luego con algunas personas contadas que lo fueron sabiendo».

De acuerdo con las recomendaciones de la jefa de Cardiología del Consejo Superior de Deportes, Araceli Boraíta, no podría volver a practicar triatlón. Según esta experta, el deporte lo podía matar. La valvulopatía se le había detectado en uno de los controles periódicos que pasaban los triatletas seleccionados por la Federación Española de Triatlón. Aquellas pruebas médicas de diciembre de 1999 habían incluido su primer ecocardiograma, que había arrojado valores atípicos. Las mediciones se habían prolongado más de lo habitual. Pero Javier recuerda que no le detallaron nada en el momento. Nadie había llegado a informar con exactitud a su familia, aunque se filtró el rumor de que algo pasaba con aquel corazón. La salud de un niño, su espacio más íntimo, se empezaba a violar, pero durante varios meses no le

llegaron comunicaciones oficiales sobre el asunto.

Después de aquellas exploraciones, la federación española le citó incluso para la concentración de Semana Santa en Arriendas, donde arrasó en las pruebas para entrar al equipo del Europeo juvenil por relevos de Tiszaujvaros (Hungría). Allí se lo pasó en grande durante diez días, aunque el debut internacional resultó tan alocado como aquella cita iniciática en Castropol. La natación, por ejemplo, se celebró en una piscina, con dos equipos por calle. Javier y sus compañeros Dani Guzmán «Pegaso» y Eudald Romero, alentados por el atrevimiento que da la juventud, estaban convencidos de la victoria, pero cuando le llegó el tercer y último relevo a Javier, España ya solo peleaba por las migajas. Tras su remontada, la selección terminó séptima, sin que el fiasco hundiese a un grupo desenfadado, que todavía masticaba sus primeras aventuras.

Lo peor vendría al volver, justo cuando sus padres entraron en su habitación y supo con exactitud lo que se comentaba a sus espaldas, cuando le fueron liberando los detalles sobre aquel corazón algo más grande de lo normal.

Tras hacerse una primera idea sobre la patología, una de las siguientes llamadas de Javier Gómez Sequeiro, necesitado de respuestas, la recibió Paco Villanueva, presidente de la Federación Gallega de Triatlón, la persona que de forma más desinteresada se había volcado con la carrera de su hijo. Le reconfortaba la generosidad de aquel ATS de Lugo, siempre dispuesto a ayudarlo, a llevarlo a campeonatos y a alojarlo en casa de sus familiares si competía en Asturias. Era un apoyo fundamental. «Iba en el coche cuando lo escuché y, aunque se comentaba algo sobre su corazón desde hacía tiempo, saber aquello me dejó paralizado».

Gómez Sequeiro y Villanueva hicieron una primera visita a Madrid para conocer en profundidad qué era lo que tenía Javier. Pensaron que nadie mejor que Boraíta para explicarles en qué consistía la patología y los riesgos que entrañaba. «Nos dijo que tenía el corazón de un remero de más de dos metros de altura y 110 kilos, cuando él medía 1,76 y pesaba 64. Entendía que, si seguía haciendo deporte, pondría en riesgo su vida», explica el padre.

«En aquel momento, la única preocupación de la familia era el tema médico. No pensábamos en si podía seguir compitiendo o no. Solo queríamos que se le diagnosticase de la mejor manera. Nadie hablaba de su vida deportiva en aquel momento. Nadie», matiza Rafael, el hermano mayor de Javier, su espejo en tantas cosas, también a la hora de abrirse paso en la vida, y muleta imprescindible para seguir en pie.

Villanueva mantuvo varias reuniones con Boraíta. Porque, al ir desmenuzando el caso, había argumentos que no le convencían. Por eso terminó proponiendo a la familia buscar una segunda opinión médica completamente independiente de la doctora del CSD. Les habló del cardiólogo y triatleta aficionado Nicolás Bayón. Todos coincidieron en una competición en Leiro, un pequeño pueblo al sur de Galicia, y unas horas después Javier ya estaba tumbado sobre la camilla del hospital

comarcal de Monforte (Lugo). Allí se sometió a nuevas pruebas y, junto a su padre, escuchó un mensaje tranquilizador, rico en matices, que le devolvía la esperanza. Su vida no corría peligro y además cabía la posibilidad de que pudiese hacer deporte bajo control periódico. La angustia daba paso a un moderado optimismo. La valvulopatía no era tan marcada ni tenía por qué provocar consecuencias dramáticas en su vida, le transmitían ahora.

«La válvula aórtica bicúspide la tiene el 0,8% de la población, no es tan extraña. Comprobé que la regurgitación de la válvula de Javier era moderada y le dije que en mi opinión podía seguir practicando deporte». ¿Cómo podía haber diagnósticos tan diferentes? «No es lo mismo un corazón de atleta, que había demostrado altísimos consumos de oxígeno, fuera de los parámetros normales, que un corazón deficiente, como entendían otros cardiólogos. Los corazones de atleta no representan ni al 1 o 2% de los deportistas, porque la mayoría tienen corazones vulgares. Y lo diferente no es patológico. En mi opinión, Javi tenía una aorta distinta, con diámetros en los límites superiores de la normalidad», añade el cardiólogo que lo ha sometido a más pruebas, al menos un examen cada seis meses desde el año 2000. «Su raíz de aorta era de 40-42 milímetros [cuando los parámetros normales suelen rondar entre 20 y 35]. El ventrículo de la población normal mide 60 milímetros y el suyo llegaba a 68. Para nosotros su valvulopatía era moderada-ligera, cuando le habían diagnosticado una severa. El tiempo fue indicando después que las cifras elevadas que presentaba Javier obedecían a dos motivos: el entrenamiento fuerte de natación que él ya hacía por aquella época y la gran elasticidad aórtica de su corazón. En resumen, eran parámetros que lo convertían en una persona distinta», matiza Bayón.

«Las pruebas y los razonamientos de Nicolás me tranquilizaron. La situación ya era muy diferente para mi salud. Aunque él no había visto mi evolución de los años anteriores, entendía que el riesgo radicaba en si la válvula y el ventrículo degeneraban más. Pero el cambio no sería brusco, sino progresivo y podría detectarse», explica Javier.

Bayón pidió tiempo y prudencia para seguir estudiando su caso. Del terror que había causado el diagnóstico del CSD, su familia pasó a una moderada preocupación. Javier siguió haciendo ejercicio, sintió de nuevo el cosquilleo de la adolescencia. El siguiente paso fue concertar una nueva reunión en Madrid con Boraíta para buscar medidas proporcionales a la peculiaridad de su organismo. «Nos derivó a varios médicos elegidos por ella, que vieron los datos de sus mediciones y ratificaron sus tesis. Al principio tuvimos una relación cordial. Pero se torció cuando fuimos claros y directos y pusimos a la misma altura su opinión y la de Bayón», recuerda Villanueva.

Boraíta mantuvo su diagnóstico y Javier se volvió invisible a ojos de la federación española. Pero, gracias al dictamen de Bayón, conservó su licencia autonómica, con la que pudo seguir disputando muchas pruebas.

«Con controles periódicos, me podía autorizar para hacer ejercicio durante plazos de seis meses. Yo no pensaba en mucho más. Estaba bien y no me importaba si iba a

competir solo en Galicia, en España o a nivel internacional», explica Javi, pendiente de disfrutar más que de ganar. Bayón sería el encargado de vigilar su evolución y de darle el visto bueno a la luz de las pruebas médicas. «Siempre tuvo claro, en las mediciones, los límites que no puedo pasar. Si los rebaso, pararé».

Se formaron dos bandos. La federación española se alineó con el CSD y la gallega defendió el derecho del chico a competir con el certificado médico. Con el tiempo las posturas se alejaron y el debate sobre la salud de un niño llegó a un punto de no retorno. Villanueva terminó dimitiendo como directivo de la federación española y el deportista prolongó durante años una situación atípica. En ese mismo 2000, ganó el Campeonato de España juvenil en Lugo, el Open de España, su primera prueba absoluta en Caldas... Triunfaba en Galicia, pero tenía cerradas las puertas de la selección. Mientras, su carrera como nadador avanzaba con cierta tranquilidad, ajena a cualquier debate.

Empezó entonces un proceso farragoso, largo y con altibajos. La situación tenía infinidad de aristas. Villanueva también buscaba comprensión a nivel político para desatascar un asunto que ya estaba bloqueado en un despacho. Además Bayón se empapaba de documentación y estudios sobre válvulas bicúspides, en un caso que llegó a obsesionarle porque creía en una causa justa. Y la familia de Javier, sus padres y su hermano, trataban de mantenerlo al margen de esa primera línea de batalla, defendiéndole donde hiciese falta y apoyándolo en su intención de seguir practicando deporte.

«Fui a Madrid, pero ellos se consideraban los que más dominaban el tema. No deja de ser paradójico que el criterio válido fuese el suyo cuando la sanidad en España está transferida a las comunidades autónomas. Si desde allí lo enviasen al médico, este lo atendería en Galicia, quizá con otro diagnóstico, y se produciría un bucle. Volvió de Madrid con un problema, pero sin ninguna solución. Aunque entiendo que Boraíta actuó de buena fe, se generó un ambiente hostil alrededor de Javi», lamenta Bayón. Y recuerda que esa animadversión se propagó luego a otros ámbitos. «Hubo un rechazo institucional, federativo, de entrenadores, de deportistas, de periodistas... No encontró mucho apoyo, salvo en la federación gallega. Esa es la realidad».

Villanueva presidía la federación gallega y era directivo de la española, de la que terminó dimitiendo ante el veto a la participación de Javier en pruebas internacionales: «Hubo una agria discusión en la directiva y solo yo me opuse a la medida». Tras seis años en el cargo, también acabó dejando luego la primera línea del organismo autonómico, en el que Sonia Cantalapiedra se puso al frente. «En las reuniones en Madrid la presionaban muchísimo. “Si al chaval le pasa algo, irás a la cárcel”, llegaron a decirle para amedrentarla por haberle mantenido la licencia gallega. Pero siempre nos ratificamos. Ella ejerció un año y luego la relevó en el puesto José Ramón Meilán, que reafirmó la misma línea en las reuniones con la federación española».

Sobre Villanueva siguió volando fuego cruzado. «Algunos decían con frecuencia que no nos importaba mancharnos las manos de sangre por una medalla. Incluso siendo comentarios inconscientes, te llegan a doler. Una de esas frases lapidarias la dejaron en el contestador de mi casa. Hubo amenazas anónimas», recuerda.

«Paco invirtió tiempo, dinero y salud», repiten a un tiempo Javier y su padre. «Durante este conflicto muchos nos creyeron unos locos y unos suicidas, y vinieron a por nosotros. Hubo artículos en los que se mezclaba de todo, hasta la idea de los padres explotando a los hijos. Cuando en realidad plantamos cara por justicia y por dar una salida a un caso. Nada más», recuerda Bayón.

Ya en 2001, tras consultar con el subdirector de Alta Competición del CSD, Ángel Luis López de la Fuente, la Federación Española de Triatlón nombra como coordinador del caso a su propio jefe de los servicios médicos, Manuel Chamorro, y establece unos pasos que no convencen a la familia de Javier. A principios del verano, prolonga su suspensión en «las actividades del Programa de Futuras Selecciones y en las actividades como miembro del Equipo Nacional». Aunque él siguió adelante. Sin entrenar como un auténtico especialista, Javier empezó a correr en el pinar de Doniños con la familia Rioseco. Esteban, el hijo menor, notable atleta, le marcaba los ritmos en algunas ocasiones, ya que estudiaba en Estados Unidos. Progresó hasta que una lesión de ligamentos en la rodilla le impidió disfrutar del triatlón durante el verano, como solía hacer. Salió de la Selectividad con una media de 7,06 que le permitía optar casi a cualquier título universitario. Eligió una ingeniería, como su hermano, que estudiaba Aeronáutica. Y se trasladó a A Coruña para cursar Caminos, una carrera que no le permitía, ni mucho menos, una dedicación preferente al triatlón.

Esa etapa simboliza su amor al deporte. No tenía a su disposición grandes centros de entrenamiento, no disfrutaba de alta tecnología a su servicio, no encontraba retos claros por los que luchar, ni tenía tampoco el aliciente de ganar premios en metálico. Se preparaba casi solo, por vocación, por placer. Con pocos medios para entrenar como nadador, y vetado en las grandes pruebas de triatlón, mantuvo rutinas espartanas en los difíciles años de la llegada a la Universidad. Los libros le robaban minutos al sudor, los exámenes le arrebataban horas a los entrenamientos.

Compartía piso de estudiante con un par de amigos. Y para no perder tono en su nueva ciudad, buscó encaje en el grupo de competición que dirigía Luisa Domínguez. Más tarde lo tuvo que dejar, los horarios de las clases y del grupo eran incompatibles, y pasó a compartir calle con jubilados y chavales en la piscina del populoso barrio de A Sardiñeira. «Algunos protestaban porque hacía tiradas de 5.000 o 6.000 metros». Completaba la planificación en contacto con José Rioseco, al que veía los fines de semana en Ferrol. Para soltar las piernas con algo de carrera, a veces se iba al césped alrededor de la avenida de entrada a la ciudad, y otras hacía girar el rodillo en su habitación. La precariedad era esto. «Fue una época complicada para mí. Los estudios me exigían mucho, los entrenamientos que me planificaba Jose también. No conseguía sacar horas suficientes en el día. Entrenaba siempre solo, salía de clase

lanzado en cuanto acababa para optimizar cada jornada y poder entrenar o estudiar... No dedicaba ni un minuto al ocio, simplemente no tenía tiempo. Me entraban dudas porque en ese momento no podía competir a nivel internacional, no sabía si alguna vez podría hacerlo. Y tampoco me volcaba en los estudios como debería».

Javier reapareció con fuerza en 2002 gracias a su licencia autonómica. En el Fluvial de Lugo había encontrado un club potente y nuevas amistades. Y allí ganó el Campeonato de España júnior de duatlón, la modalidad que incluye carrera y ciclismo. Aquel título permitió su presencia en el Campeonato de Europa de la categoría en Zeit (Alemania), en mayo. Tenía derecho a participar como vigente campeón nacional, nadie se hizo demasiadas preguntas y viajó con el resto del equipo español. «Andreu era el único directivo que nos entendía, aunque luego votaba con el resto, en contra de que viajase con la selección. Pero a Alemania lo convocó porque no le quedaba otra por sus resultados», considera Villanueva. Al margen de aquel experimento de los relevos en Hungría, vivía su primera prueba internacional, y ganó con autoridad, pese a que se encontraba en una fase de la temporada casi específica de natación. Venció en modalidad esprint, cinco kilómetros a pie, veinte en bici y otros dos y medio a pie. Así que sorprendió en su primea entrevista recién conseguido el título continental. «¿Qué parte prefiero? Yo soy nadador, mi principal virtud está en el agua», contestó a un sorprendido periodista local, pues no había tenido que dar ni una brazada para ganar.

Claro que el subidón de Alemania se volvió otro espejismo. Aquella semana representó un oasis en medio de un desierto de incomprensión en Madrid. Días después de regresar, llegó a su casa una carta firmada por Andreu Alfonso. A instancias del CSD, no volvería a contar con él por su valvulopatía. Su círculo interpretó que algún cargo entendió su convocatoria como una desautorización. ¿Cómo podía haber competido en Alemania si Boraíta y el CSD lo habían declarado no apto para la competición? La respuesta fue inmediata.

Vuelta a los dos bandos. Le apoyaba el mismo grupo reducido de personas, pero con una convicción a prueba de presiones, personales, políticas y profesionales. El veto había ido haciendo más gruesa su piel. Aunque creía que nada era definitivo, el proceso se volvió un tormento para Javier. Su alma se llenó de cicatrices, invisibles pero profundas. «Después de ganar en Zeit, estaba ilusionadísimo. Si había triunfado ya en duatlón, ese año aspiraba a ir al Europeo de triatlón de Győr (Hungría) y al Mundial júnior en Cancún, donde luego Iván Raña logró el título absoluto». No llegó a disputar ninguno.

De nuevo sus ilusiones se quebraban. Un día se abría una puerta a una posible solución y al siguiente se incumplía la palabra dada. El vaivén duraría más tiempo. Y a base de decepciones fue arraigando en Javier un cierto escepticismo, una desconfianza hacia los planes sin confirmar, hacia las promesas a medio plazo. Y se volvió algo más reservado, como un involuntario mecanismo para no salir aún más dañado del proceso. Si ya era un niño sociable, pero no extrovertido, aquel problema

le encerró algo en sí mismo. Prefirió guardárselo casi como un secreto durante meses, durante años. Solo al cabo de un tiempo empezó a compartirlo con sus amistades más íntimas, con Arturo Calvo, su amigo de siempre, con Pablo Racionero, su compañero de piso, con Sara Fonterosa, su novia de adolescencia. Y con nadie más.

«Desde aquello, quizá levantó más barreras. Todas las dificultades que pasó acentuaron esa prudencia al relacionarse con los demás», explica Arturo Calvo. De ese aislamiento nacieron también fuertes lealtades hacia quienes estuvieron a su lado.

«En Galicia, muy poca gente ayudó a Javi. Muy poca», insiste Villanueva. Tras aquella carta descorazonadora al regreso de Zeit como campeón de Europa, retomó sus rutinas. Seguía tranquilo por su salud y dejaba que su entorno fuese activo primero y reivindicativo después en la búsqueda de alternativas para que volviese a competir. «Algunos pensaron que era joven y se volvería atrás, pero se toparon con sus convicciones», remarca Bayón.

Aquel 2002 Javier había dado un paso más en la mutación que concluiría en Nueva Zelanda. En esa época la licencia gallega le permitía participar en algunas pruebas en España y en las copas continentales, pero no en los eventos de mayor prestigio, las Copas del Mundo y el Mundial, a los que debía convocarlo la federación española. De esa forma durante los años 2002 y 2003 disfrutó de salidas internacionales para ir fogueándose y no perder contacto con el triatlón.

Pero cuando iba fuera sentía hasta un cierto desprecio de la federación española. En su primera competición internacional absoluta, fue sexto en la Copa de Europa de 2002 en Estoril, donde ganó el inglés Simon Lessing, tetracampeón mundial en distancia olímpica, una leyenda, un espejo y quien se convertiría a largo plazo en un rival por un pedestal en la historia. En esa misma carrera de Portugal se disputaban las medallas del campeonato iberoamericano, en el que Javi acabó segundo. «Cambieron el protocolo de la entrega de premios, y el presidente de la federación española, José Hidalgo, ni apareció. Para ellos éramos unos apestados», se queja su padre. Más pruebas médicas en Madrid no cambiaron el enfoque de su caso. «El trato personal con Boraíta era bueno, pero yo no estaba cómodo allí. Me hacían las pruebas, luego me decía que ella tenía que quedar como la mala de la película, por el bien de mi salud, y volví a casa. No había manera». Un noveno puesto en la Copa de Europa de Madrid, pese a sufrir una caída, cerró su temporada en septiembre. «Ese año ya gané casi todas las pruebas a nivel nacional absoluto en las que participé, como el Campeonato de España de acuatlón o la Liga Nacional de Clubes».

El siguiente invierno fue el último que pasó en A Coruña. Y ocupó parte del curso en competir en duatlones. Ganó el campeonato de España sub-23 de esa modalidad en Pulpí y repitió experiencias internacionales en triatlón. Fue quinto en las Copas de Europa de Győr y de Estoril. Y en Praga, cuando iba cuarto, le descalificaron junto a todo el grupo de favoritos, que equivocó la ruta enfilando la recta de meta una vuelta antes del final, que esta vez incluía nueve giros, algo atípico. «Por aquel entonces las Copas de Europa tenían un nivel mucho más alto que ahora, con muchos de los

mejores del mundo. De hecho en Praga en realidad solo me habían superado Filip Ospaly (campeón de Europa 2001), Dmitry Gaag (campeón del Mundo 1999) y Martin Knavek (bronce en el Europeo 2003)».

El veto acabó resolviéndose gracias a la opinión de una autoridad mundial en casos como el de Javier. El jefe de Bayón, el doctor Penas Lago, propuso al cardiólogo que el deportista visitase la consulta de William McKenna en Londres. Cruzó las puertas del 16-18 de West Moreland Street y cuando las volvió a flanquear adivinó un futuro repleto de luz. El director de The Heart Hospital también creía que Javier podía seguir compitiendo sin correr riesgos. Sin saberlo, el especialista canadiense iba a convertirse en decisivo gracias a la personalidad con la que defendió su postura en todas las instancias donde fue requerido.

Tres años después de iniciarse la batalla científica y política sobre su salud, se abría un camino nuevo. Javier había conocido su valvulopatía siendo un niño de diecisiete años y, a los veinte, ya universitario, aún no había conseguido plena libertad. Lo ganaba todo en España, pero apenas competía fuera. Arreciaron las preguntas ante la extraña situación. Su caso, debatido con trazo grueso en los foros de Internet, donde se generó un ambiente muy desagradable, llegó a los periódicos justo cuando estaba casi a punto de desbloquearse. *La Voz de Galicia* publicó su historia el 22 de septiembre de 2003, y ese mismo día un portavoz del CSD anunció que Javier podría volver a competir a nivel internacional. El proceso lo había desbloqueado McKenna. Su palabra valdría para que la federación española llevase a Javier a pruebas internacionales, aunque se mantenían las desconfianzas. Faltaba el sí definitivo.

Aquella larga temporada parecía terminar el 27 de septiembre con su victoria en el Campeonato de España sub-23 de triatlón en Rosas (Gerona). Porque se demoraba su habilitación definitiva para competir con la selección. «Aprovechamos para desentrenarlo y ver como evolucionaba la elasticidad de su aorta, y vimos que todo estaba bien. Así que perdió la forma», asegura Bayón. «Nicolás decía que mi corazón era muy elástico y por eso crecía algo más cuando entrenaba y se contraía cuando no hacía tanto ejercicio», recuerda Javier.

Pasaron los días, cada vez más cercano el Campeonato del Mundo sub-23 de Queenstown (Nueva Zelanda) de diciembre. «Les enviamos las conclusiones de McKenna en inglés y nos obligaron a remitírselas en español, firmadas por un traductor colegiado», recuerda el padre del deportista. Aquel papeleo demoró algo más el visto bueno definitivo.

En cuestión de horas se iba a completar aquella transformación que se había gestado en Javier durante tantos años.

Metamorfosis

Olvida que el agua está fría. La adrenalina y el molino de brazadas de su cuerpo mitigan esa sensación en las mejillas, que ahora lucen sonrosadas bajo la superficie agitada del lago Serpentine. Continúa atrancado, envuelto en una estela hiperoxigenada que le hace imposible vislumbrar dónde van los hermanos Brownlee. Levanta la cabeza durante una fracción de segundo. Intenta coger referencias, encontrar siluetas familiares que le dibujen el mapa de la carrera, que le indiquen cómo están disgregadas las piezas en el tablero de ajedrez. Vuelve a meter la cabeza bajo el agua y los brazos recobran la rutina, repiten con la precisión de un autómatas los movimientos que vienen ejecutando desde que se dio la salida, justo en el único instante en que sintió el frío del lago envolviéndole la cara. Fueron milésimas. Suficientes como para devolverle al oficio, a su trabajo, una tarea repetida tantas tardes, y que casi siempre empieza y termina de la misma manera para él: sin sobresaltos.

Aquello pasó hace unos minutos y no duró más que un suspiro. Ahora solo tiene una certeza: las cosas no marchan a su gusto. La final no se parece en nada a uno de esos días en los que se siente liviano y se desliza con suavidad por la lámina intacta de una piscina. Esas jornadas en las que hace temblar el crono y que le rememoran lo que un día quiso ser, un olímpico bañado en cloro. Pero hoy percibe con fuerza la presión en el pecho y cuando el oxígeno se atasca, las piernas se vuelven rígidas y pesadas. Sabe que necesita apretar. El corte se le escapa.

Había dejado de entrenar. No tenía grandes competiciones a la vista de natación ni de triatlón. Era la época de descanso. El futuro levantamiento del veto suponía una esperanza, pero el ambiente continuaba enrarecido, y quizá todo se dilatase todavía más. Y entonces sonó el teléfono. Andreu Alfonso envuelve el mensaje en demasiados matices. Cuenta con él para el Mundial sub-23 de Nueva Zelanda, que Javier ya daba por olvidado. Aunque le desliza que el viaje es caro, que debe valorar si merece la pena competir si no está preparado... En lugar de convocarlo, casi parecía que le pedía una renuncia. Llevaba años esperando esa oportunidad, no una amenaza. Ni loco dejaría escapar aquella convocatoria después de tanto tiempo entre tinieblas. «Le digo que estoy listo para competir, por supuesto, aunque realmente no lo estaba. Llevaba casi un mes de descanso, lejos de mi mejor forma, pero quería ir a Nueva Zelanda, me lo había ganado en carrera».

Quedan solo tres semanas para la prueba que medirá a las mejores promesas del triatlón. Asume que en esas condiciones no bordará un examen tan exigente y le falta tiempo para afinar. Pero quiere aprovechar cualquier oportunidad para calibrar sus fuerzas de verdad, con oponentes de relevancia. Lleva enjaulado demasiado tiempo entre luchas de despachos. Quiere volver a sentirse libre, por fin soñar tranquilo. Rioseco diseña un plan para incrementar su rendimiento en apenas unos días. Los dos

son realistas. El margen para la progresión es estrecho. Pero la auténtica derrota sería no intentarlo, pese a la presión que le había trasladado el seleccionador. «Psicológicamente fue un momento complicado. También temía hacer el ridículo y que me lo pudiesen echar en cara».

Cosió el globo a través de escalas en varios aeropuertos, Santiago de Compostela-Barcelona-Londres-Los Ángeles-Auckland-Queenstown, y aterrizó en un mundo nuevo, el evento más grande del triatlón, donde los jóvenes conviven con las leyendas. Llegó a Nueva Zelanda diez días antes de la carrera, molido por el cansancio, y durante varias jornadas se sintió pesado. Si el entrenamiento es una ciencia inexacta, aquel plan acelerado para convertirlo en competitivo en solo unas semanas podía haberle dejado tocado. Al menos su compañero de apartamento era una cara muy familiar. Durante días le guio el campeón del mundo, el defensor del título absoluto, un espejo donde mirarse para Javier. A Iván Raña le unía además una amistad fraguada durante sesiones de entrenamiento conjuntas en Galicia. En realidad, eran tan distintos, que quizá por eso habían encajado tan bien desde el primer momento. El descaro de Iván y la prudencia de Javier, la meticulosidad de Gómez Noya y el entrenamiento por sensaciones de Raña. Uno se enamoró del triatlón viendo de madrugada por la televisión como el otro era quinto en la cita olímpica de Sídney. Luego llegó el aprecio. Intercambiaron visitas a sus casas, viajaron de A Cabana a Santiago. «Lo que más me impresionaba de Javier eran sus ganas. Nunca le saturaba entrenar, nunca se cansaba de hablar de triatlón. En eso era algo fuera de lo común».

Las sesiones juntos funcionaron como un recuerdo al que aferrarse para el joven aspirante. «Pese a estar fuera de forma, tenía una ligera confianza en que quizá podría hacerlo bien. Porque había tenido la suerte de entrenar con Iván durante el verano de 2002 y gran parte de 2003. Él era el mejor triatleta del mundo y yo sabía que podía aguantar sus ritmos corriendo o estar cerca de él en los entrenamientos. La competición era distinta, Iván era capaz de rendir aún más de lo que lo hacía a diario, pero, al fin y al cabo, yo no tenía que competir contra él, sino que me medía con los sub-23».

Así que en Queenstown Javier se pegó a la espalda de su ídolo y se empapó de detalles para conocer a fondo la vida de un profesional del deporte ante un gran evento: alimentación, compromisos, rutinas, descansos... En el apartamento que compartían, Iván cocinaba pasta sin salsas y carne a la plancha. De postre, casi siempre había yogur desnatado. Y Javier le cosía a preguntas para saber los porqués.

Raña frenaba el ímpetu del debutante hasta para entrenar. «Ahora no vas a ganar nada, relájate. El trabajo ya está hecho». Sin embargo, la situación de Javier era diferente a la de cualquier participante. El resto del equipo español estiraba una temporada más larga de lo habitual, con ese Mundial en diciembre tras una concentración previa en Lanzarote. Pero él venía de estar parado y había vuelto a empezar dos semanas antes para intentar ponerse lo más en forma posible. Y en

ocasiones los títulos se ganan gracias a lo que sucede justo en los días previos a las carreras.

«Recuerdo dos entrenamientos en Queenstown en los que sufrí más que en la carrera. Pero resultaron clave para subir un puntito mi nivel. Una de esas sesiones se produjo en bici, dando relevos durante una hora a ritmo de competición con Iván y el resto de triatletas españoles sub-23, José Tovar, Ramón Ejeda, Jordi Elías y Rubén Bravo. Yo era el que más justo iba, apenas podía pasar al relevo y, al llegar al último repecho, mi amigo Ramón arrancó y solo Iván pudo seguirlo, con Tovar algo por detrás... Aquello me impresionó. Éramos compañeros de equipo, pero también rivales en carrera, y les vi muy fuertes, bastante más que yo. Mis sensaciones cambiaron unos días después. El miércoles previo a la competición hice el último entrenamiento fuerte, el mismo que había completado Iván el día anterior. Consistía en noventa minutos de bici, con la última media hora de forma progresiva, para luego, en transición, bajar y correr una vuelta al circuito de carrera a pie, dos kilómetros y medio a ritmo de competición. En esa última parte me estaba esperando el entrenador de Iván, César Varela, para acompañarme desde la bici y recuerdo que al pasar el primer kilómetro me dijo: “¡Tranquilo, que vas más rápido que Iván!” Pero mantuve el ritmo y completé la vuelta en un tiempo muy bueno. Ese día, aún sin saber por qué, me empecé a encontrar bien y a creer en mis posibilidades».

Recibía guiños para alimentar su confianza. La víspera de la prueba, Raña suelta en la tienda de neoprenos Orca, uno de sus patrocinadores: «Mañana este chico saldrá el primero del agua». Un pronóstico que le proporcionó a Javier un traje nuevo para el mundial. No resulta aconsejable estrenar material en carrera, pero sería una especie de amuleto.

La predicción se cumple, sale del agua en cabeza, se siente fresco desde el primer esfuerzo en un escenario abrumador. Pedalea sobre un vergel con montañas nevadas al fondo, pero se escapan un par de rivales. El diez mil final a pie se convierte en una caza sobre un terreno agreste de asfalto, caminos de tierra, subidas y bajadas. Rebasa rivales, deja atrás al alemán Steffen Justus y sentencia al australiano Nicolas Hornman. Pero cree que todavía queda por delante uno de los escapados. A menos de un kilómetro, una voz en español desde el público le pide un último esfuerzo para ganar. Ve una bicicleta abriéndole paso, como si fuese líder, y otea al fin la cinta de meta. ¡Va primero! La parte final sobre césped resulta un regalo para las articulaciones. Sobre el tepe nota que flota. El triunfante dorsal 103 agarra una bandera camino de la llegada y levanta los dedos índices. Campeón del mundo sub-23 con solo veinte años. Su primera gran hazaña, tan inesperada como merecida por tanto sufrimiento. Oro después de una preparación deficiente, pero, al fin y al cabo, una gran carta de presentación ante el mundo. Estaba exultante.

Ya era el mejor de su categoría, pero la curiosidad le empujaba a saber más. Encontró un ciber para saber los puntos que el triunfo le proporcionaba para el ránking. Ahora quería ver cuánto le separaba del siguiente techo. ¿E Iván, su guía en

el bullicio del Mundial? No había podido contener una fuga en bicicleta de Olivier Marceau, un especialista, y Peter Robertson, otro de los favoritos, que acumularon dos minutos de ventaja. En la segunda transición, Raña ya sabía que el oro se perdía en su horizonte. Aumentó el ritmo de las zancadas al máximo y atravesó la meta solo 24 segundos por detrás de Robertson. Demostraba que era el mejor, pero con una exhibición insuficiente para el primer puesto.

«Cuando abrió la puerta de nuestra habitación la verdad es que no sabía si consolarlo o felicitarlo. Era subcampeón del Mundo, pero por aquel entonces nadie tenía las piernas de Iván».

La proeza de Queenstown tuvo un epílogo a la mañana siguiente. Raña, Gómez Noya y el paratriatleta Santos Caballero se regalaron una ruta en todoterreno por la isla sur de Nueva Zelanda. Subido a una montaña de postal, donde se había rodado la película *El Señor de los Anillos*, Javier soñó un horizonte entre los grandes. Y por primera vez, mientras despachaban unas pizzas, habló de Atenas, de los Juegos, pensó en un futuro de normalidad. Si ese porvenir le sonreía, le gustaría volver a pisar aquel lugar maravilloso en el futuro. Y regresaría once años más tarde, cuando se propuso pulverizar definitivamente la historia.

«Durante aquellos años forjé una gran amistad con Iván. Creo que nos ayudamos mucho mutuamente en los entrenamientos. A los dos días de llegar de Nueva Zelanda, tras pasar más de un mes fuera de casa, se presentó en mi casa. Teníamos unos días de descanso y me propuso dar una vuelta. Desvelados por el jet lag, cogimos su coche a las cinco de la mañana y nos fuimos a desayunar a Cedeira. Y allí seguimos hablando sobre el 2004, sobre los Juegos Olímpicos y sobre cómo planeábamos arrasar en el triatlón mundial... En esa época aprendí mucho de este oficio, lo que supone ser profesional de verdad, y eso es dedicar las veinticuatro horas a tu deporte, no solo cuando se entrena».

Desde que aterrizó en Santiago procedente de Nueva Zelanda, Javier ya era un triatleta. El cambio de piel se había consumado, aquella metamorfosis que le había llevado cuatro temporadas encontró el epílogo en el retorno a Galicia. Su vida como nadador era historia. Desde el cálido recibimiento en el aeropuerto empezó a sentir el sabor del éxito. Su relevancia pública empezaba a crecer. Pero, sobre todo, aquel resultado en Queenstown demostraba que ya estaba para probarse con los elegidos. El año olímpico estaba a punto de empezar y quería acudir a los Juegos de Atenas 2004. Raña era indiscutible, pero él pelearía por alguna de las otras dos plazas del equipo olímpico español. La siguiente cita reafirma su convencimiento. Después de unos días de vómitos antes de la Copa de África de Bloemfontein (Sudáfrica), gana allí su primer título internacional absoluto. Otra reafirmación, otra barrera derribada.

«Había decidido que ya solo competiría en categoría absoluta para intentar ganarme una plaza para Atenas, pese a que aún podía seguir otras tres temporadas en categoría sub-23. Llegué a Bloemfontein con mucha ilusión, pero enseguida me puse enfermo. Me había sentado mal algo que había ingerido y durante cuatro días solo

comí las manzanas que Andreu me traía al hotel. Todo lo demás lo digería mal. Cuarenta y ocho horas antes de la carrera me empecé a sentir mejor, y salí dispuesto a dar el máximo. Ya en el agua me notaba débil pero me las arreglé para salir entre los diez primeros. Luego en la bici se produjo una situación curiosa: los cuatro españoles, Xavi Llobet, Fernando Cabellos, Iván y yo, nos metimos entre los ocho triatletas de cabeza y los cuarenta kilómetros fueron como un contrarreloj por equipos. A día de hoy fue una de las pruebas más rápidas que recuerdo en el segmento ciclista. Empecé a no pasar al relevo porque no podía, de lo débil que estaba, y el belga Axel Zeebroeck, en lugar de recriminármelo a mí, se dirigió a Iván, como capo del equipo: “Tu compañero no pasa”. Raña se situó a mi par y me aconsejó guardar las formas: “Oye, tío, si puedes da algún relevo, aunque sea en la bajada, que si no este se va a enfadar y, como se desorganice el grupo, nos cazan por detrás”. Yo di algún relevo más, aún a riesgo de quedarme, porque iba muerto, y la escapada fructificó. Luego fui capaz de irme corriendo y ganarles a todos, aunque sin encontrarme muy bien. De hecho en los últimos kilómetros me empezaron a recortar la ventaja y, si hubiera siquiera 200 metros más, no habría vencido. Mi primera victoria internacional absoluta me dio mucha moral para lo que tenía por delante».

Las dos plazas libres para los Juegos empiezan a discutirse en el Europeo de Valencia. Javier llegaba como el más joven de la lista de salida, y tocar el podio significaba el pasaporte hacia Atenas. Eneko Llanos terminó segundo y, en la práctica, aseguraba su plaza olímpica. Ya solo quedaba una libre, con el Mundial de Madeira todavía por delante. El octavo puesto de Javier era bueno, pero escaso para lo que podía dar. Raña, que enfocaba su planificación para rendir en agosto, acabó noveno. «Eneko se lo curró. Consiguió meterse en el corte bueno, hizo un trabajo muy fuerte en la bici y se bajó a correr con margen. Yo me había quedado enganchado, no tuve mi mejor día».

El desgaste de entrenamientos le dejó una herencia a la vuelta de Valencia. Una molestia en la cadera complicó el momento más sensible de la temporada. Porque solo tres semanas separaban el Europeo del Mundial. Apenas salió a correr a pie esos días. Aunque lo peor llegó al no verse inscrito en la prueba absoluta de Madeira, sino en la sub-23. La federación española razona que al final espera conseguirle una invitación para la carrera estrella. Pero su círculo no se fía y le aconseja plantarse. «Nos parecía una tomadura de pelo porque hacía meses que le habían asegurado que participaría en la prueba élite», explica el padre de Javier. O compite con los mejores —su única opción para clasificarse para los Juegos— o no va. La selección viaja el miércoles previo a la carrera, y Javier pasa el día distraído en A Coruña, completamente ajeno a lo que sería la rutina previa a un gran evento deportivo. «Me agobié. Llamé a mi amigo Pablo Racionero, con quien había compartido piso hasta el año anterior, y me fui a Coruña, donde él seguía estudiando Ingeniería de Caminos. Pablo entendió lo que ocurría y, sin muchas preguntas, faltó a clase y nos fuimos a un circuito de karts. Competimos por lograr el mejor tiempo, comimos en un restaurante

chino y dimos una vuelta por la ciudad. De camino a casa, ya de noche, mi padre me citó en su cafetería, el Rialto. Allí me esperaban mis padres, Paco Villanueva y algún otro amigo. Mi ausencia en la lista de salida élite había llegado a los medios de comunicación y su presión hizo que la federación española lograra una invitación para competir finalmente en élite. Mi primer pensamiento me devolvió a los karts. ¡Pero si hoy ni he entrenado! Tras hablarlo con mi entorno, decidí volar a Madeira al día siguiente».

Rumbo a otro Mundial, de nuevo con retraso, y de nuevo en una situación incómoda. «El ambiente al llegar era de tensión entre toda la expedición, también porque se decidía la última plaza. El equipo español ni siquiera se reunía para cenar». Empieza a cobrar cuerpo la sospecha de que, haga lo que haga, no irá a Atenas, aunque en teoría un octavo puesto le valdría para agarrar la tercera plaza.

La reunión previa con el director técnico de la federación española confirma en cierto modo esa idea. La charla de Andreu Alfonso con el equipo la víspera de la carrera se transforma en un encuentro con cada triatleta por separado. Entró José María Merchán, entró Eneko Llanos, entró su hermano Héctor, y luego entraron juntos Iván Raña y Xavi Llobet. «Yo pensé: “¡Pero esto qué es!” Así que cuando me tocó la charla solo pedí saber qué necesitaba para ir a Atenas. Andreu me explicó que solo podía mejorar la plata de Eneko en el Europeo con un resultado entre los cuatro primeros, algo que yo veía fuera de mi alcance. Ahí asumí que había una plaza para Llobet por algún motivo. Pero como el criterio anterior por escrito decía que bastaba el octavo puesto del Mundial, pensé que podría valer también».

De nuevo el más joven de todos, Javier se desfondó en Madeira por un sueño. El diez mil final a pie le colocó ante una situación factible, hasta cierto punto. Por delante avanzaban hacia las medallas Docherty, Raña y Gaag, oro, plata y bronce al final. Javier y Hamish Carter discutieron el cuarto puesto durante varios kilómetros. «Nadie contaba con esa situación. Pero en la última vuelta me pasaron más rivales y terminé octavo. Un resultadón en mi primer Mundial absoluto. Acabé con la esperanza de que una plaza olímpica tenía que ser para mí, pues solo un español, Iván, había sido mejor que yo».

Tres días después, Andreu anunció el equipo olímpico y llamó a Javier como primer reserva de un grupo con Raña, Llobet y Llanos. «Me pareció injusto. Porque había sido octavo en el Europeo y en el Mundial. También porque no entendía la táctica de llevar un gregario, algo complejo en un deporte como el triatlón, en el que te puedes quedar cortado ya en el agua. Hasta ese momento nadie había dicho que un miembro del equipo trabajaría para Iván. Yo era joven y podía haber jugado ese papel. Pero nadie me preguntó. Si me hubiesen dicho que tenía que ir a Atenas a ayudar a Iván, habría ido con los ojos cerrados. Incluso así, mis padres y la federación gallega entendían la decisión aún menos que yo». De nuevo Paco Villanueva hizo algunas gestiones para que el gregario fuese Javier, pero asegura que no encontró respuesta en el entorno de Raña.

La calma había durado solo unos meses. La federación gallega denunció la modificación de los criterios de la clasificación olímpica. Según su versión, las normas decían al principio que el duodécimo del mundial iría a Atenas, pero el texto se retiró de la web de la federación española para, a posteriori, justificar una decisión tomada de antemano, con una plaza a criterio del director técnico. «Llobet está porque en España solo hay un triatleta que puede ganar los Juegos. Y ese es Raña. Vamos a poner todos los medios para que lo consiga. Y uno de los medios es contar con la ayuda de Llobet, excelente en el ciclismo, en la primera parte del circuito», declaraba Andreu Alfonso antes de la cita de Grecia.

«A mí lo único que me preocupaba era competir y hacerlo lo mejor posible. Entiendo a Javi y entiendo a su familia, pero también creo que había gente interesada en enfrentarnos», sostiene Raña. Hubo un distanciamiento entre ellos. Y la resaca duró, como mínimo, hasta el final del verano. Con la exclusión de los Juegos todavía en las entrañas, el Campeonato de España brinda el último combate simbólico de la guerra por la plaza olímpica. Callejeando por Valladolid, se crea un grupo de cabeza con solo diez triatletas sobre la bici. Ausente ese día Llanos, Llobet trata de mostrar sus galones como futuro gregario de Raña en los Juegos. Lanza un ataque, Javier va algo justo y del grupo salta para abortar ese intento un rival sin ninguna opción para el podio. Dani Puerta, el antiguo compañero de concentraciones, con el que Javier había crecido en aquellos días de verano, se dispone a rescatarlo cuando más lo necesita. Lo lleva hasta la rueda de Llobet para que, a partir de ahí, recobre el aliento y la balanza se vuelva a inclinar hacia su lado. Esa cara conocida, ese esfuerzo sin mayor interés que el cariño, evita un triunfo que habría sido complicado de asimilar, que se habría gestado en un ataque ante el que nadie quiso reaccionar. «A Xavi le pareció mal, y le decía a Dani: “¿Qué te importa a ti esto?” Se vació por ayudarme. Nada más», explica Javier. «Desde el principio se sentía tensión en el ambiente. Si antes de salir me dicen que iba a poder ayudar a Javi, no me lo creo. Pero la carrera se dio así y me alegré de poder echarle una mano», recuerda Puerta.

Javier se colgó la plata, al cruzar tras el rebufo de Raña la meta de la plaza Mayor. «No vine a demostrar nada. Pero todo el mundo pudo ver con sus propios ojos que Iván y yo somos los dos mejores de España, y si alguien no lo quiere ver, pues es su problema», espetó entonces a unos metros del seleccionador. Le quedaba el consuelo de haber enseñado una vez más que tenía sitio entre los mayores, que había dejado de ser un niño.

Una semana después, la Copa del Rey se celebró en Ferrol. Ganó Javier, y sus amigos de la federación gallega lucieron camisetas con cabezas de burro. Un recado para los responsables de su exclusión de los Juegos. Con Raña, su relación también se resintió. «Ya no tuvimos la amistad de antes, eso es evidente. Pero a Javi le guardo un gran cariño y, siempre que nos vemos, charlamos o salimos a rodar. Entre nosotros hay un respeto mutuo y confío en que el paso del tiempo también le haya ayudado a distinguir entre las personas que realmente le querían y quienes estaban a su lado por

su propio interés. Yo sé dónde estoy y lo que soy. Para llegar a la altura de Javi tendría que ponerme a ganar desde ahora hasta que cumpla ochenta años», razona Raña, molesto con que se le culpe de la ausencia de Javier en Atenas 2004.

«Está claro que en aquel momento nuestra relación se resintió. Iván quería que Llobet fuera su gregario en los Juegos y eso me dejó fuera cuando había hecho méritos sobrados para ir. Pero creo que fueron nuestros entornos los que enrarecieron más el ambiente. Mucha gente quería enfrentarnos, aunque los dos manejamos esa situación lo mejor posible y la verdad es que nunca llegué a tener mala relación con Iván. Cuando nos vimos de nuevo en Manchester, antes de la Copa del Mundo de Salford, y con el equipo olímpico ya decidido, salimos a trotar juntos y hablamos del tema. Yo ya tenía asumido que no iba a los Juegos y trataba de mirar hacia delante. Iván soportaba mucha presión, era el favorito y entendió que la ayuda de Llobet podría facilitarle las cosas o, al menos, proporcionarle cierta seguridad en caso de que la carrera se le complicase en la bici. Creo que los dos entendimos la situación del otro y, pese a que quisieron seguir enfrentándonos desde muchos sectores, a nivel personal nuestras diferencias quedaron solucionadas. Le deseé la mejor suerte en Atenas y él me aseguró que, en no mucho tiempo, yo dominaría el triatlón mundial».

En aquellas Copas del Mundo de 2004, el jovencísimo Javier se convierte en un asiduo del top ten. En la primera, acaba cuarto en Tongyeong (Corea), en la de Salford concluye noveno y cierra prácticamente el año con un sexto puesto en Madrid.

Mientras tanto, Atenas niega al final la medalla que la carrera de Raña merecía. Iván se encontró con un muro en la terrorífica cuesta del cementerio de Vuligmeni, con rampas del 22 por ciento. Y su teórico gregario, todavía más atrás, no estaba para ayudarlo. Llanos terminó vigésimo. Iván acabó vigésimo tercero. Y Llobet no concluyó la carrera ni pudo ayudar a Iván en ningún momento, como se le había pedido. Ese drama, con un esprint de consolación entre leyendas que Raña le ganó a Peter Robertson por el puesto 23, lo tuvo que narrar en directo Javier como comentarista de la Televisión de Galicia. Esas horas sufrió con el calvario de su amigo. Una imagen, la llegada lejos de los focos en el gran día, que tendría su reverso en una de las mayores desilusiones en la vida de Javier, en una tarde nefasta por Pontevedra, donde, saliendo como favorito, estuvo a punto de abandonar en un punto solitario del Estadio de la Juventud.

Tras ver el triatlón olímpico, en realidad, por la cabeza de Javier solo ronda una idea: tiene que añadir un nuevo agravio a una lista que empezaba a tomar consistencia. Alguien le debe unos Juegos.

La lista de los más buscados

Las semanas previas a la final de Londres afilan su cuerpo. Las facciones de Javi lucen más marcadas, su figura se afina, los músculos se pegan a los huesos, no le queda ni un gramo de grasa, pero eso le resta potencia en el agua. Ahora precisa otra marcha. Piensa que se puede quedar cortado, que está en el límite. Ya entrada la segunda vuelta consigue por fin rebasar a varios rivales y empieza a pensar en la transición, en el momento en el que se ha de subir a la bicicleta.

Pese al arreón, sale del lago Serpentine a quince segundos de Varga y a nueve de los hermanos Brownlee, oculto en el puesto decimonoveno. Una distancia salvable a costa de un mínimo desgaste sobre la bici, un esfuerzo matador si diez de los triatletas que iban por delante se sincronizan para romper la prueba y descolgar rivales por detrás. «¡Apura! ¡Apura!», le grita la voz reconocible de su entrenador cuando corre hacia las dos ruedas. «Ese fue el momento más tenso de la carrera, hasta llegar a los instantes previos al esprint final. El riesgo de que se quedase cortado existía, pero hizo la mejor transición de todos», explica Carlos David Prieto, sus ojos para interpretar desde fuera la final del Mundial, la voz que le pedía que apurase aún más, algo tan necesario como difícil. Mientras se quita el traje de neopreno con los pies y se ajusta el casco con las manos, es consciente de que si se engancha algo, necesitará un gasto enorme para alcanzar la cabeza. Hasta la rutina de desvestirse del mono de natación puede frustrar un título o acercarlo.

El kilómetro inicial lo completa sin meter siquiera los pies dentro del calzado de ciclismo. Cuando alcanza a los primeros ya va muerto, con las piernas duras, pero por fin puede parar de pedalear para colocarse las zapatillas. Echa un vistazo para saber quiénes van entre los elegidos e intenta recuperar algo. Sin embargo, a los pocos segundos pasa hacia delante, sabe que los Brownlee pueden lanzar una ofensiva al mínimo descuido, no quiere, como le había ocurrido otras veces en la vida, que ese contratiempo le coja desprevenido.

A los veintiún años necesitaba olvidar la incertidumbre inicial sobre su corazón, el veto para Europeos y Mundiales y la extraña exclusión de Atenas... Comenzaría 2005 en las Copas del Mundo de Honolulu y Mazatlán. Con los billetes ya en casa para volar a Hawái, se enteró de que la batalla para evitar que compitiese por motivos de salud no había terminado. Apoyada en las últimas guías de la Conferencia de Bethesda, una de las cumbres de referencia de la cardiología, que esta vez se había celebrado en Nueva Orleáns, Araceli Boraíta volvió a declarar a Javier no apto para el triatlón. El CSD impuso un nuevo veto. Su licencia se retiraría de nuevo. Por un lado estaba la argumentación científica sobre su caso. Y de forma paralela se abrió una persecución institucional que le hurtó incluso sus derechos como ciudadano. De niño le habían ignorado, pero ahora pretendían destruirle. Le quisieron impedir el acceso a centros de alto rendimiento hasta como visitante, intentaron apartarle de pruebas

populares que carecen del más mínimo filtro de admisión e internacionalizaron el conflicto con episodios surrealistas.

En realidad, el pulso había estado latente durante 2004. No había cesado ni siquiera cuando se había protocolizado el derecho de Javier a competir con su valvulopatía, apoyado en informes favorables. La Federación Española de Medicina Deportiva (Femede) se había alineado con Boraíta en un editorial titulado «Practicar deporte puede matar». Y aprovechó algún episodio de muerte súbita en el deporte, como el del futbolista Milos Feher (Benfica) en pleno partido, para quejarse sobre la situación de Javier. Las dimensiones de la cacería las descubrió golpe a golpe.

El revés resultó casi insoportable al principio. De pronto, lo citaron a una reunión en Madrid. «Les pedí que invitaran formalmente a Nicolás para que nos pudiese acompañar, pero no lo hicieron. Por eso, pensé que en la reunión no se debatiría la cuestión médica, aunque allí vimos que ese era precisamente el motivo de la cita. Y aún encima me dijeron que Nicolás no había ido porque no había querido, que siempre estaba invitado. Les repliqué que nadie lo había invitado formalmente y que deberían haberlo hecho. “Tiene, como mínimo, tanto prestigio como la especialista del Consejo”, les dije. Fue una encerrona. Mi padre y yo no éramos especialistas y no les pudimos discutir nada de lo que nos expusieron».

El CSD anunciaba su decisión como irrevocable, respaldando su tesis con argumentos aparentemente irrefutables, que, sin embargo, el entorno de Javier se encargó de ir matizando. «Los datos demuestran que el triatlón no me está perjudicando», advirtió en público desde el comienzo.

Pero también admitió la posibilidad de abandonar el triatlón si una mayoría de expertos le instasen a hacerlo, aclaró que no ondeaba la bandera de su derecho a decidir, en realidad, solo defendía que se afinase en su diagnóstico. «No voy a decir “hago con mi vida lo que me da la gana y corro”. No es el caso», argumentó ya entonces. No se declaraba en rebeldía, sin más; no sería un kamikaze, sino que pedía un debate de ideas.

Y, con esta premisa, las nubes comenzaron a disiparse como si llegase el verano, muy tímidamente, como lo hace en Galicia.

Para desenmarañar el nudo, buscó opiniones de peso sobre su situación. En Londres, otra vez McKenna fue la primera eminencia en ver a Javier pormenorizadamente. Solo unos días después de que el veto se hiciese público, lo sometió a un nuevo reconocimiento y se reafirmó: «En mi opinión, puede correr sin arriesgar su salud». En Madrid Araceli Boraíta, la jefa de Cardiología del CSD, admitió el «prestigio mundial» de McKenna en «miocardiopatías hipertróficas, pero no en casos como el de Javier». Y reiteró su postura a la luz de las guías de actuación de Bethesda: «Recogen de forma expresa la patología de Javier, incompatible con la competición en triatlón». No se atisbaba una solución, y a nivel político esta vez las puertas parecían absolutamente cerradas. Aunque, después de aquellos primeros días de desconcierto, en su círculo nadie dudó. Javier jamás abandonaría el deporte.

Competiría a mayor o menor nivel, pero no dejaría de fijarse retos, de entrenar, de sufrir y de disfrutar. Esa era su vida.

Javier trató de salir adelante, respaldado por su familia en el plano afectivo, por su médico desde el punto de vista científico y por la federación gallega a nivel institucional. Su círculo señaló un instigador. Ángel Luis López de la Fuente, poderoso subdirector de Alta Competición durante ambos vetos, con gobiernos tanto del PP como del PSOE. Según sus sospechas, fue el responsable de que, a partir de un informe médico, se desencadenase una persecución. «Nunca entendí por qué actuó así. Nos cogió más tirria que la propia Araceli», recuerda Villanueva.

La partida había vuelto a comenzar. Y de nuevo cada movimiento de piezas parecía cambiar el equilibrio de fuerzas.

En junio se abrió al fin una grieta en la postura firme del CSD. Admitió que sería un grupo de expertos el que arbitrara la decisión definitiva, y no solo su jefa de Cardiología. Pero el tema se fue dilatando durante meses. La política no entiende de urgencias cuando no le interesa. Los primeros pasos no transmitieron a Javier demasiada confianza. Quizá algún alto cargo, como López de la Fuente, se había sentido ninguneado cuando se involucró en el debate al secretario de Estado para el Deporte, Jaime Lissavetzky. Así que las represalias contra él se recrudecieron por detrás, aunque ya se hablaba sobre la posibilidad de un debate sereno a nivel científico sobre su situación.

«Lloré, y más de una vez». Consumido por la rabia, por la impotencia, por considerarse víctima de un exceso de celo por un lado y de una demostración de autoridad por otra. «Lo vi todo más negro que en el veto anterior, porque se apoyaba en unas conclusiones de una organización a nivel internacional. No llegué a preocuparme por mi salud, pues ya sabía bien qué era lo que me pasaba, ni tampoco perdí la esperanza. Porque Nicolás volvió a ser muy claro, al matizar que las guías se hacían sobre población normal y que, en último caso, tendríamos que llegar a los autores de las guías».

Rafael Gómez Noya, el hermano de Javier, ya tenía entonces su residencia en Madrid y siguió el asunto con preocupación, pero desde la perspectiva que da encontrarse a cierta distancia. «Esta vez había mucha presión. El carácter luchador de mis padres, que se preocuparon por llegar hasta el fondo, jugó un papel determinante. Cuando se escarbó en el tema, se vio de otra manera», recuerda.

Pero si el anterior veto trastocó sus años de adolescencia, ahora le frenaba cuando era plenamente profesional. Había enfocado su vida hacia el triatlón. Se había trasladado a Pontevedra para entrenar en las mejores condiciones, había cambiado Caminos por Ciencias del Deporte para poder estudiar en su nueva ciudad, y todo volvía a torcerse.

«Mucha gente me pregunta por qué seguí entrenando. Yo lo veo normal. ¿Por qué no iba a hacerlo si era lo que más me gustaba? ¡Claro que aquello me afectó! Estaba triste. Sentía que iban a por mí. Y hasta ya no sabía qué pensar sobre la elección para

los Juegos de Atenas». Algún día flaquearon sus fuerzas. La razón le animaba a salir a correr, pero la presión que conllevaba su caso llegó a ser demasiado pesada. Durante un mes aparcó su día a día, las sesiones interminables desde la mañana a la noche. Necesitaba un respiro, oxigenar su mente antes de seguir su exigente preparación, no quería continuar por simple rutina. Quería una pausa, pero no era capaz de aparcar del todo el deporte.

«Era una situación rara porque estaba triste, desanimado, no quería salir de casa, tampoco para ir al cine o cualquier otra cosa. Pero en realidad él seguía entrenando algo. Igual paraba dos días y una tarde estaba de bajón, yo me iba a correr, y de repente aparecía en el parque haciendo series. Él no aguantaba parado. Nunca se planteó dejar el triatlón. Cualquier persona hubiese actuado de otra forma. Lo más fácil era rendirse, pero muy pronto se puso a entrenar como si tuviese una competición al día siguiente, cuando en realidad no sabía la fecha para volver. Eso me hizo admirarlo muchísimo más», explica Saleta Castro, también triatleta, con la que salía entonces.

«Lo vi más tocado que nunca. No había hacia dónde ir. El único optimista era Nicolás, convencido de que la verdad prevalecería», recuerda Villanueva.

Javier compartía piso en Pontevedra con el entrenador del Centro Gallego de Tecnificación Deportiva, Omar González. Fue otra pata sobre la que se apoyó en los momentos más duros. «Trataba de animarme y proponerme cosas para sacarme de casa. También Jose Rioseco me ayudó mucho. Siempre nos entendimos muy bien, aunque no estuviese tan metido en la guerra como Paco o mi padre».

Tras aquel parón de un mes, con la mente más despejada, decidió volver a poner en marcha la maquinaria de su cuerpo. Y le costó lo suyo. Fue una tarde de primavera cerca de casa. En compañía de los triatletas becados en Pontevedra, jóvenes que ya lo idolatraban, se vio obligado a echar pie a tierra en medio de un repecho. Las piernas se le habían apelmazado, sentía los músculos tiesos y apenas le quedaba energía en la reserva. Aunque esa salida actuó como catarsis. «Después de un tiempo parado y sin saber qué hacer con mi vida, una tarde Omar me sugirió salir con ellos en la bici un par de horas, para que me oxigenara. Realmente entrenaban a diario, pero creo que intuyó que había llegado el momento para proponérmelo. Quizá fue el empujón que me hacía falta en ese instante. Mi cabeza pensó: “Vale, vuelvo a entrenar, voy a trabajar para llegar a mi mejor forma, ya que mi salud no corre peligro. Es posible que no pueda volver a competir a nivel internacional, o ni siquiera nacional, pero allá donde pueda, demostraré mi talento. Al fin y al cabo, esto es lo que me gusta hacer”. Me vestí de ciclista y bajé al punto de encuentro. Los chavales se sorprendieron al verme. Algunos conocían mi situación, y otros no, pero en cualquier caso les motivó verme allí. Salimos bastante rápido, hicimos varias subidas y al principio me encontraba relativamente bien. Un grupo reducido nos adelantamos, pero según fueron pasando los kilómetros mis fuerzas iban a menos... Ya llegando a Pontevedra, solo con otros tres triatletas, iba completamente vacío, pero no quería decir nada,

apenas quedaba un rato para acabar. Pero en el último repecho del día, ni siquiera de un kilómetro, en Poio, me quedé totalmente clavado, y con calambres en las piernas. No dije nada, me eché a un lado y me puse a estirar. Solo se dio cuenta Óscar Vicente —en el futuro también compañero de entrenamientos—, que tendría unos quince años y no sabía qué me pasaba. Entonces monté de nuevo, subimos despacio y ya nos dejamos caer hasta Pontevedra. Ese día decidí que quería volver a luchar, que quería volver a ser triatleta».

Había regresado por puro amor al deporte. Siempre volcado en retos, en su horizonte faltaba ahora un destino claro hacia el que mirar kilómetro tras kilómetro. Pero siguió como el ciclista, sin parar para no caerse, pedalada a pedalada.

«Al dejar de competir parecía que se quedaba sin esa motivación en su día a día. Era muy metódico: entrenar, ganar y fijarse un nuevo reto. Pero el deporte le gusta demasiado. No creo que ni se le pasase por la cabeza abandonar. Si no pudiese competir más, lo habríamos visto corriendo solo por ahí y saliendo en bici, como cuando era un niño», razona su amigo Arturo Calvo. «Sufrió mucho, pero nos parecía imposible que lo dejase», coincide Rioseco.

El deporte era la causa de su preocupación y al mismo tiempo la forma de sentirse vivo. «Tenía otra carga. En muchos medios de comunicación había sido un chico que podría llegar a ser el mejor del Mundo y, de repente, parecía un loco que se podía morir en cualquier triatlón. Y eso le afectó mucho», explica Saleta Castro.

Aunque las puertas a nivel político se abrían muy lentamente, el respaldo de sus médicos le animó a competir de nuevo. Después de seis meses sin pelear contra el cronómetro, reapareció en Pontevedra. Aunque la federación española volvía a denegarle la licencia, corrió con una ficha de la autonómica. Primero venció en Galicia, y luego ganó fuera, recuperando terreno palmo a palmo, sobre el campo de batalla de una guerra que jamás habría querido librar. Siempre en un segundo plano mediático, Nicolás Bayón no dejó de moverse. Su cardiólogo recabó apoyos a nivel científico para defender de nuevo sus tesis cuando le diesen la oportunidad. En llamadas, correos y viajes se cocía una decisión clave en la trayectoria de Javier.

Ese verano de 2005 se multiplicó y no dejó rincón de Galicia sin tocar: Vigo, Viveiro, As Pontes, Vilagarcía... Le sobraba tiempo. Volvió a participar en pruebas de natación, batió el récord gallego de natación de 1.500 metros y repasó alternativas en su calendario, sin descartar nada. Ni siquiera el biatlón, la modalidad del pentatlón moderno que une la carrera a pie y la natación, una especialidad casi desconocida.

El biatlón no debería estarle vetado, al carecer de tramo ciclista, el más crítico para su salud, según la interpretación de las guías de Bethesda. No había motivo para que no lo practicase. Y triunfó desde el primer día. Ganó el Campeonato de España en Camargo, pese a una nueva ofensiva para apartarlo.

«Aquello era como una persecución. Fuimos al campeonato de España de biatlón en Santander y una hora antes de la salida, un sábado por la tarde, el presidente de la federación española de pentatlón recibe una llamada para que no dejaran competir a

Javi porque se podía morir», declara Saleta Castro, testigo directo de aquel suceso. «Llamaron a la Guardia Civil para que parase la carrera», asegura Villanueva. Pero las federaciones cántabra y española le dejaron participar por los certificados médicos de Bayón.

Llegó septiembre, cinco meses después del veto, y el caso seguía sin desbloquearse. Un proceso agotador, de consulta en consulta, de carrera en carrera, de amenaza en amenaza. En esa época Gómez Noya también visitó al cardiólogo Ricardo Serra Grima, que apoyaría las tesis de Bayón. A su llegada a Barcelona, el director técnico de la Federación Española de Pentatlón Moderno, Manuel Montesinos, le propuso visitar el CAR de Sant Cugat antes de la consulta. Por conocer las instalaciones y saludar a otros deportistas. Allí sufrió una situación humillante cuando le prohibieron la entrada, a instancias de un escrito del CSD. «Era una auténtica persecución, como si estuviese en la lista negra de los más buscados. Y allí dentro entrenaba gente que había dado positivo por dopaje», recuerda Javier.

«Era casi un prófugo, cuando apenas un año antes había sido octavo del mundo. Fue una pasada. Como de película. Le quitaban y le daban la licencia como si fuese algo ligero. Le decían igual vas al Mundial o igual no. El de Nueva Zelanda había sido así», comenta Saleta Castro.

Era el campeón nacional de biatlón, tenía la mínima para el Mundial de Mónaco y no había un informe de Boraíta sobre la no aptitud de Gómez Noya para esa modalidad. Pero la Federación Española de Pentatlón Moderno, pese a su firmeza inicial, no llegó a convocarlo ante una nueva oleada de presiones del CSD.

Ganarlo todo en Galicia, cuando había sido octavo del mundo, resultaba demasiado sencillo. Quería algo más estimulante. Y, casi sin que nadie se enterase, se inscribió en la Copa de Europa de Lough Neagh (Irlanda del Norte) con el certificado médico de Bayón. José Ramón Meilán, el nuevo presidente de la federación gallega, mantenía la línea combativa de Villanueva y le expidió la licencia autonómica. Y Javier tampoco encontró en su nuevo reto demasiada oposición hacia la victoria. Sin él saberlo, en la estela de rivales que avanzaron durante minutos viendo como la espalda del campeón se alejaba hacia la meta, sufría un valiente chaval de diecisiete años, que entró undécimo, Alistair Brownlee.

Luego saltó a Francia. El triatleta Carlos Gil medió en su fichaje por el Mulhouse Olympique, que celebró su incorporación con la documentación de Bayón. «Recuerdo su llamada, que me abrió una puerta tremenda. Aunque no conocía exactamente mi situación, competía para este club francés y tenía claro que les podía ayudar. Yo sabía el nivel de las pruebas del Grand Prix y del por entonces muy prestigioso IronTour, donde Iván Raña había sido segundo en la general de 2002».

Todos salieron ganando porque Javier dibujó una hazaña inédita en el IronTour, una prestigiosa prueba de seis días, cada uno con un triatlón en diferentes terrenos y distancias. Venció en las seis etapas. ¿Cómo frenar ahora aquellas ganas de volver a competir? «Disfruté mucho. Podía enfrentarme a referentes como Olivier Marceau

(campeón del mundo en 2000), Carl Blasco (sexto en Atenas 2004) o Valentin Mescheriakov (campeón del mundo júnior en 2004) en una prueba con gran repercusión mediática, seguida por el canal Sport +, con la retransmisión de la última etapa en directo. La prensa especializada francesa no daba crédito, los periodistas no se explicaban de dónde había salido. Llevaba un año desaparecido y arrasé en todas las jornadas, seis triatlones seguidos en seis días, en diferentes puntos de Francia. Supuso también un impulso económico, porque en esos momentos no tenía muchos ingresos. Algunos patrocinadores me habían dejado al perder la licencia y las carreras en las que competía apenas tenían premios en metálico. Me hizo ilusión recibir un coche por la victoria en la general. Y también vi que ya tenía nivel para ganar Copas del Mundo o incluso disputar Campeonatos del Mundo con opciones de victoria. Pero participar en ellos parecía una posibilidad aún lejana».

Javier no había continuado entrenando sin más. Tras aquellas semanas de dudas, se había desfondado como nadie en uno de los deportes más exigentes, con una capacidad de sufrimiento inconcebible. Se había convertido en mucho mejor triatleta desde el ostracismo. «Con rabia, trabajó muchísimo, más incluso de lo que podría haber hecho si compitiera en grandes pruebas», entiende Rioseco. ¿Adónde podría llegar en libertad?

Sus éxitos fueron ganando repercusión. Estaba por un lado el morbo del enfrentamiento entre un deportista y el CSD. Conmovía además la lucha por su causa. Como ya no solo ganaba en provincias, y no solo competía en triatlón, alguien recrudenció su respuesta en el verano de 2005. El CSD instó a varias federaciones a perseguirlo, a impedirle participar en cualquier prueba, incluidas las populares. Era víctima de un exceso de celo que le estaba haciendo más fuerte, que lo convertiría en invencible.

El CSD hizo de Javier su enemigo número uno y algunas federaciones se plegaron a sus dictados. La española de atletismo trasladó un escrito a sus clubes y territoriales para que «extremasen el control» e impidiesen a Javier participar en carreras. Otras se rebelaron contra la orden por su incoherencia. Fue el caso de la Federación Gallega de Atletismo, que presidía Isidoro Hornillos. «¿Cuántos cientos de atletas corren populares sin un solo control médico?», se preguntó entonces. Varias entidades permitieron que Javier compitiera con los mismos requisitos que el resto de participantes.

Vivía en la incertidumbre. Podía llegar a la línea de salida de una prueba en un pueblo y encontrarse problemas. Y entre los deportistas profesionales apenas tuvo apoyos relevantes. Muy pocos se atrevían a defenderlo en público. Pese a las presiones, corrió en la media maratón de Pontevedra y en la carrera Lugo Monumental.

«Lo habían declarado casi prófugo, y debían detenerlo. En cualquier popular se puede competir hasta escapado de la cárcel, pues no hace falta ni licencia. Jamás se deja fuera a nadie. Había una persecución, incluso cuando el tema médico había

estado parado», recuerda Bayón, dolido por la injusticia. E insiste en las contradicciones del veto, ejercido por instituciones estatales cuando la Sanidad figura entre las competencias transferidas a las Comunidades Autónomas.

El entorno de Javier se reafirmaba en que el instigador de la persecución era López de la Fuente. «Cada médico debe defender su tesis, es normal. Y, en ese debate científico, si nos hubiesen convencido, lo habríamos aceptado. Fue el entorno el que lo enturbió todo, como en una jauría. Parecía que una persona que trabajaba en un pueblacho, en Monforte, no podía debatir el tema. Así que tuvimos que darle más peso a nuestra idea con la opinión de expertos extranjeros», explica Bayón.

Se acercaba una reunión decisiva para resolver el futuro del triatleta, pero por detrás la beligerancia aumentaba. Con licencia del Mulhouse francés se apuntó a la Copa de Europa de Palermo. En Italia también arreciaron las presiones sobre la organización. Rafael Gómez Noya y Paco Villanueva fueron testigos del esperpento.

«La organización del triatlón de Palermo recibió un aviso de la federación española para que no me inscribiesen, y desde Italia llamaron a Francia, de donde venía mi ficha. No solo presionó el CSD, sino que Enrique Quesada, el jefe de jueces, también trató de que no participase. Pero el organizador fue inflexible. El final de la carrera resultó raro, porque hubo himnos para las tres primeras chicas, pero solo uno para el ganador masculino», recuerda Javier, que lució en Sicilia el mono de Galicia como un gesto hacia la federación que le apoyaba, como otras veces.

Cruzó la meta en segundo lugar, y aún guarda aquella plata en su casa, pero su resultado desapareció de la clasificación de la ITU hasta hoy y no se computaron sus puntos para el ránking. «Fue un infierno. Para él no se trataba solo de prepararse para una carrera, entrenar, descansar, comer... Debía estar pendiente de si le dejarían participar. Un desgaste enorme. Durante aquel viaje pensé que nadie podía aguantar aquella pelea continua», recuerda su hermano. «Quizá por todos esos problemas, maduró antes. Se comporta como un señor desde los veinte años», matiza Saleta Castro.

Las gestiones políticas se eternizaban. Primero, su lucha había llegado al Parlamento Gallego y concitó una inusual unanimidad en el arco político autonómico. En el Congreso, intentó mover el tema la diputada socialista Isabel Salazar, pero resultó inútil. Y las reuniones iniciales en Madrid ratificaban el veto.

Hasta que una visita a Lugo del entonces secretario de Estado para el Deporte, Jaime Lissavetzky, había permitido a finales de mayo iniciar una nueva estrategia, que se había ido atascando por la burocracia.

En Lugo había competido Gómez Noya desde chaval. Así que el alcalde, José López Orozco, accedió a propiciar un encuentro para que el secretario de Estado conociese la versión del deportista. Una visita para inaugurar unos campos de fútbol permitió la breve reunión en el restaurante La Palloza.

Lissavetzky, que solo conocía vagamente los argumentos que sus colaboradores del CSD sostenían sobre el caso, explotó ante lo que consideró una encerrona. Sus

formas hirieron a sus interlocutores. Trataban de explicarle sus motivos para que Javier pudiese volver a competir. Villanueva y Bayón intentaban hacerse oír, con Orozco a un lado. Y el responsable del deporte español se fue abriendo tímidamente a razones, a medida que apelaban a su condición de científico —químico de formación— para permitir un debate riguroso sobre el tema. Sin comprometerse a nada, aceptó estudiar el caso y escuchar a todas las partes.

«Lissavetzky creía que estábamos falsificando certificados y que nos negábamos a una reunión de expertos, cuando era justo lo que pedíamos. Y aceptó tratar el tema», recuerda Villanueva.

Pero luego cayeron hojas y hojas del calendario mientras Javier perdía oportunidades de ampliar su palmarés internacional. Por eso se había llegado al otoño en una situación tan tensa. Rioseco, que como entrenador vivió el conflicto desde un segundo plano, aplaude la estrategia reivindicativa de Villanueva: «La opción de ir por las malas era la correcta».

Si en la Conferencia de Bethesda habían aflorado los argumentos para que Javier no compitiera más, Bayón acudió a la raíz del problema, a los autores de las guías.

La razón se fue imponiendo. Con el paso del tiempo, el CSD terminó convocando una reunión multilateral en la que se expondrían los informes de cinco cardiólogos de prestigio internacional. La cumbre se retrasó hasta diciembre. Se citaron una decena de personas, entre políticos, federativos y médicos, y se aportaron las conclusiones de los expertos en un ambiente tenso, que incluyó amenazas personales. «Si te están apuntando con una pistola, ¿cómo te quedas delante? Puedes recibir un cañonazo», cuenta Bayón que le espetaron alguna vez. Y, de forma velada, le advirtieron también de represalias en sus oposiciones a una nueva plaza en el sistema público de salud. «Ten cuidado, que a lo mejor te repercute», llegó a oír.

«Entre nuestros expertos, elegimos precisamente a las personas que habían hecho las guías sobre las que se apoyaba Boraíta», recuerda Bayón. McKenna y los estadounidenses Robert O. Bonow y Robert G. Thompson respaldaron que la salud de Javier le permitía competir, mientras que se posicionaron en contra el español Arturo Evangelista y el italiano Antonio Pelliccia.

En diciembre, la batalla había terminado, aunque todavía colearía hasta febrero. El CSD amagó con exigirle firmar un consentimiento informado y dilatar el proceso, y Javier se reservó el derecho a tomar medidas legales para que le resarciesen de ese año que pasó sin competir con la selección y en otras pruebas. «Pero estaba tan cansado de tantos líos que no me apetecía uno nuevo. Tenía muy claro quién había estado a mi lado y ya solo quería disfrutar. Sobre todo habían sido mi familia y amigos, y Nicolás Bayón, Omar González, Jose Rioseco, Paco Villanueva, José Ramón Meilán, Antonio Pérez Montecelo y José López Orozco, que se mojó sin tener por qué».

En marzo, volvió a correr en Doha.

Tiger Woods

Correr y ahorrar. Volar y guardar. Alcanzado el grupo de cabeza sobre la bici, toca encontrar la posición idónea, bien acoplado, para no gastar más energía de la necesaria. A ese ritmo no hay espacio para mucho más mientras se dan relevos para abrir hueco con los rezagados. «Si te encuentras cómodo, significa que vas lento y los de atrás te pueden alcanzar. Así que piensas en economizar al máximo, juntarte al triatleta de delante, hundirte bien por la aerodinámica, respirar como debes, ir bebiendo...». Nada que ver con sus escapadas despreocupadas de crío, con su Motoreta roja, con su Trek 800 de montaña, bici tras bici, verano tras verano. Con doce años, en salidas junto a los amigos de su padre, empezó a engordar las piernas que ahora giran el plato grande, la elección para todo el circuito de Londres. Javier lleva desarrollos similares al resto de la élite del triatlón: 53-39 delante y 11-23 atrás. Le esperan sesenta minutos a medias entre 52 y 38 kilómetros por hora en el circuito rápido y sin giros bruscos de Hyde Park, que en realidad se estira hasta los 43 kilómetros, tres más que el estándar olímpico. Los tres favoritos para el mundial vuelven a vigilarse de reojo, como un rato antes en el pontón de salida. Le rodea el grupo, pero en realidad pedalea solo, sin aliados a los que recurrir ni socios a los que deber nada. Nunca forzó estrategias de equipo, coherente con la cicatriz que le había dejado el reparto de plazas para Atenas 2004. Siempre demostró una destreza impecable para reponerse de las heridas.

Solo tardó unos meses en fijar un nuevo orden en el triatlón mundial. Los descubrimientos, las victorias y el aprendizaje marcaron su reaparición en 2006. Casi en cada carrera, derribaba un muro, casi en cada cita, llenaba su mochila de experiencias. Los problemas que habían trabado su progresión hicieron que ahora se sumergiese en un torbellino de sensaciones. De sentir la alegría de terminar cerca del ganador, pasó pronto a notar la presión por acariciar cada triunfo.

Tenía experiencia y resultados al máximo nivel, pero 2006 resultó un año iniciático. Dio un estirón asombroso, pero también comprobó que el más fuerte no gana siempre. Empezó a competir en marzo al calor de Doha, quemado por un sol que abrasaba sus brazos a 40 grados, y demasiado sacrificado en el tramo ciclista. La versión más salvaje de un deporte exigente ya sin ningún aditivo. Lamentó la décima plaza final, un éxito a ojos del resto, asombrados al no saber de dónde venía, pero insuficiente para él, consciente de que «había hecho una mala carrera y tenía capacidad para estar mucho más adelante». Solo una semana después se colgó la plata en Aqaba (Jordania). Allí compitió de manual, hasta quedarse a pie solo junto al ucraniano Vladimir Polikarpenko, que lo entretenía con cantos de sirena a un par de kilómetros de meta. «Era perro viejo y me iba diciendo que yo era el futuro de este deporte, que estaba haciendo las cosas muy bien, que mi nivel era increíble... Hasta que me despisté un poco, me cambió el ritmo en una bajada y se fue. Hoy yo habría

seguido otra estrategia, pero el segundo puesto era magnífico, mi primera medalla en la Copa del Mundo». En Aqaba abrió su racha triunfal de tres años de podios en el calendario de más prestigio. Venía de competir casi en la clandestinidad, así que en ese 2006 disfrutó en todo el planeta. No había otra cosa que le llenase más, la pasión por correr, la adrenalina de la competición, la camaradería con los rivales con los que más sintonizaba. Luego ganó la Copa de Europa de Estoril. Más tarde se retiró tras varias caídas en Alexandropoli (Grecia), sobre un circuito que se convirtió en una pista de patinaje cuando empezó a llover y el aceite y la suciedad de la carretera hicieron que muchos se fueran al suelo. Y llegó fino en junio a la Copa del Mundo de Madrid, la del relevo en la jerarquía en España. Porque subió al podio de la Casa de Campo por delante de Iván Raña, al que también había superado en Jordania. Firmó una victoria con un valor simbólico enorme y que le ungía entre los favoritos en todas las pruebas. En los últimos kilómetros corría sin pensar demasiado, porque no se creía lo que estaba a punto de conseguir. Derrotar a un mito, coronar una primera gran cumbre, demostrar al resto todo lo que iba a ser capaz de hacer de ahora en adelante. Los triunfos valen tanto como uno los siente, y estaba a punto de agarrar un trofeo singular.

Aunque todavía faltaba tiempo para que, en las distancia cortas, a su alrededor, todos le respetasen como a uno de los grandes. Apenas unos días antes de su triunfo en Madrid, se había sometido a una analítica junto al resto de triatletas españoles. Y los resultados arrojaron unos índices de 39 por ciento de hematocrito (nivel en sangre de glóbulos rojos, que transportan el oxígeno), guarismos atípicos para un triatleta de élite antes de afrontar una prueba de primer nivel, bajos en comparación con la mayoría de rivales. E iba corto de hierro, algo que el director técnico de la federación española, Andreu Alfonso, le instó a paliar con inyecciones. Se negó. Cada organismo sigue sus propios ritmos. Su cuerpo no era normal, por muchos motivos, y le permitía soportar cargas de entrenamiento infernales con el hematocrito bajo. Competía en plenitud incluso con un índice reducido (justo lo contrario de lo que persigue el dopaje con EPO, subir sus niveles). No tenía por qué tomar nada a 48 horas de la prueba. Así se lo confirmó por teléfono su cardiólogo personal, Nicolás Bayón. «Si nunca me habían inyectado nada, ¿cómo iban a hacerlo dos días antes de una carrera? Pero aquello me añadió presión, al ir contra el criterio de Andreu». La relación con el director técnico, que le había excluido de Atenas 2004, no terminaba de fluir. La corrección se imponía, pero sin llegar a disipar todas las nubes de la desconfianza.

«Pese a las diferencias que tuve con Andreu en aquella época, creo que fue un buen director técnico y ahora, con el tiempo, lo considero el mejor que tuve. Tomó una decisión a mi juicio equivocada que me privó de ir a unos Juegos, aunque lo hizo pensando en que lo mejor era hacer un equipo para Iván. Pero en las carreras nos ayudaba bastante, nos daba charlas y sin duda entendía. Vivía el deporte e hizo cosas buenas para el triatlón en España». La estruendosa victoria de Javier en Madrid

facilitó que la brecha no creciese. El foco se puso en su ascendente jerarquía. «Ganar supuso un refuerzo extraordinario. Por el nivel de los rivales, por como controlamos la carrera, por la presencia de Iván... Me daba palo ganarle al jefe, por el tremendo respeto que le tenía. Pero fue el primero en venir a felicitarme, y él también estaba contento de volver al podio porque había pasado un 2005 complicado con una mononucleosis y muchos problemas». Por piernas Javier podía ser ya, prácticamente, el mejor del mundo, pero aún le quedaba perfilar todas sus aristas para llevar su deporte un paso más allá de lo conocido hasta entonces. La táctica en carrera, su capacidad para esprintar, su resistencia al calor, su manejo en determinadas situaciones sobre la bicicleta... Matices que gotean con el tiempo, hasta terminar empapando a un triatleta. En su caso, detalles para hacerlo casi invencible. Pero Javi quería demostrar sus galones en cada carrera. Tras dos etapas como proscrito, se generaba más presión que la exterior. Algo bueno y malo a un tiempo.

Las altas temperaturas le alejaron hasta el quinto puesto en el Europeo de Autun (Francia), que sufrió incómodo en el agua, lastrado por una avería en el cambio de su bici y deshidratado a pie. Otro infierno de calor que encumbró al local Frédéric Belaubre. «Solo quería terminar y sentarme. Tenía la sensación de ir corriendo muy lento. Crucé la meta y me tiré en un campito junto a Jose Rioseco. No me quería ni levantar. No sé si hasta perdí el conocimiento». Pasado el mareo, su cardiólogo le regaló un presagio: «Esta carrera te ha llevado al límite, quizá no vuelvas a sufrir tanto en toda tu vida». Y acertó.

El quinto puesto de Autun tampoco era tan malo. Mejoraba el octavo de su único Europeo, dos años antes. Al mismo tiempo, su regularidad le situó en la lucha por la Copa del Mundo, cuando esta aún valía como el principal termómetro para medir la fiabilidad de un triatleta, antes de que el Campeonato del Mundo, una cita de un solo día hasta 2008, se decidiese en un calendario de varias carreras y concitase el mayor interés del público. Empezó a estirar un reinado de tres años sin bajar del podio en esa clase de eventos. Agarró un bronce en Corner Brook (Canadá) detrás de Kris Gemmell y Whitfield. El subcampeón ese día, el mito de Sídney, le regaló elogios sinceros, que significaron el inicio de una sólida relación de amistad. También asombrado por su rendimiento en Madrid, le presentó sus respetos el australiano Brad Kahlefeldt, futuro íntimo rival. «Empecé a conocer en persona a los antiguos ídolos que veía en vídeo. Yo era algo tímido y me gustó que, en general, no había grandes egos entre ellos y podían reunirse en un bar después de una gran prueba», explica. Las leyendas iban reconociendo sus progresos porque siempre son las primeras en calibrar el valor de un purasangre.

Pero llegó el Mundial, en otro maldito día de sol en Lausana, y coronó a Tim Don. Javier solo fue décimo. «El calor me debilitó. En carreras duras todavía no estaba curtido. El resultado me sirvió para mantener los pies en el suelo, pero acabé muy cabreado». También su padre, su principal apoyo y su primer crítico. Con carácter para defenderle ante cualquiera y caliente también al analizar sus resultados.

Nadie con más autoridad que Javier padre para corregir algún despiste, incluso ahora que el niño ya era un adulto. Claro que no hay nadie más exigente que Javier hijo, maniático del perfeccionismo, profesional en cada detalle. Tras la decepción, aquella voz que le había querido engatusar en Aqaba, ahora le reconfortaba en la fiesta posterior a la prueba, la de Vladimir Polikarpenko. «Me hacía ver que tenía todo un futuro por delante porque algún día dominaría el triatlón». Otra profecía de un gigante que, paradójicamente, no consiguió en un Mundial el triunfo rotundo que su trayectoria sostenida quizá merecía. La dificultad de rendir el día clave en las circunstancias concretas, la tumba de tantos sobresalientes deportistas engullidos por la responsabilidad.

Javier tradujo el décimo puesto de Lausana en un estímulo más para volar en la Copa del Mundo. El posterior oro en Hamburgo le situaba muy cerca del título y elevó un peldaño más su popularidad. Por primera vez bajó de 30 minutos en el triunfante diez mil final a pie en una ciudad tradicionalmente volcada con el triatlón, con 200.000 personas junto al circuito y televisión en directo para Alemania. «Comparada con la victoria en Madrid, era otra dimensión, y me dio más fama. Empecé a vivir las carreras como favorito». Llegaron más embarazosas victorias ante Raña, como en el Campeonato de España de Pulpí. «Seguía dándome reparo ganarle, pero Iván jamás cambió su actitud hacia mí por una derrota. Allí levantó mis brazos y lo asumió todo con la mayor deportividad. Siempre fue así. Para mí seguía siendo un referente, igual que hoy en día porque conozco su capacidad de trabajo y su pasión por este deporte».

Llegado el otoño, dos citas en extremos del globo sentenciaron su título de la Copa del Mundo. Recibió la plata en Pekín tras Belaubre y venció en Cancún tras un duelo final a pie con el checo Filip Ospaly. Había vuelto en marzo como meritorio y en noviembre lucía como campeón destacado. Tanto, que no tuvo ni que viajar al último evento a New Plymouth (Nueva Zelanda). «Era impresionante. Salvo el Europeo y el Mundial, todo había ido bien. A nivel internacional la gente se sorprendió. Sabían que había sido el mejor sub-23, pero, si no conocían mi historia, me habían visto desaparecer para luego volver y arrasarlo». Este repentino ascenso suscitó algunas reticencias. Las peores palabras las vertió una revista francesa que tituló «*Gomez, réalité ou supercherie?*» un texto en el que deslizaba sospechas de dopaje vinculando su éxito con la operación Puerto, la investigación de la Guardia Civil que dejó decenas de bolsas de sangre sin atribuir a ningún deportista. «Eso nos hizo a todos los españoles sospechosos porque la justicia no instó a identificar de quién eran las bolsas. Pero me parece grave que te vinculen de esa forma, sin argumentos». En su discurso, Javier desde siempre ha hablado claro contra los tramposos, pidiendo sanciones más duras.

Los patrocinadores que lo habían abandonado en 2005, cuando se quedó fuera de los grandes eventos internacionales, asistían incrédulos a su demostración de autoridad. Contratos aún pequeños, cuya ruptura había significado un revés anímico

más que un agujero económico. Algunas condiciones de la época anterior, cuando era casi adolescente, eran irrisorias, como un bonus de la marca Polar de 400 euros por un posible oro olímpico en Atenas 2004. Ahora la situación era la contraria: algunos de sus acuerdos se habían llenado de ceros en función de objetivos, grandes y pequeños, y raro era el día en que regresaba en avión sin la medalla sobre los hombros y alguna prima por haber liderado alguno de los segmentos.

2007 estuvo a punto de ser su año más completo. ¿Por qué miraría atrás en aquella calle de Hamburgo? ¿Por qué no avanzó con seguridad hacia la alfombra azul? ¿Qué importaba donde viniese su rival? Aún le persigue la duda de si no fue aquel gesto del cuello el que le privó del Mundial y, por tanto, de la temporada más espectacular jamás vista hasta la fecha. Pero la campaña fue larga y le regaló enseñanzas. Descubrió que su cuerpo chirriaba al recluirse en altura. Por sobreentrenamiento o incomodidad, le descolocó su primera concentración en la estación invernal de Sierra Nevada con varios miembros del equipo español. Enjugó esa molestia con un flechazo en su primera visita a Australia, una de las patrias del triatlón, un país enamorado del deporte, un lugar donde podría vivir. «Se respira un ambiente atlético, gente de sesenta años surfeando con normalidad, personas en bici y corriendo por todas partes... Me encantó. Nos alojamos en Noosa, y la atmósfera en la Sunshine Coast era fantástica». Envalentonado, durante una sesión en la piscina se presentó a Greg Bennett, otro de sus referentes, ex número uno mundial durante 2002 y 2003.

La triatleta Cristina Azanza, en su libro *Triatlón con Javier Gómez Noya. Técnicas, consejos y claves del campeón mundial* (Timun Mas, 2010), recoge el delicioso relato de Bennett de aquel encuentro. «Como atletas siempre nos estamos midiendo contra los demás. Nuestros egos son gigantescos y nos negamos a aceptar que alguien puede ser mejor que nosotros. Cuando oímos hablar de un nuevo joven atleta que hace cosas increíbles, inmediatamente decides que no te gusta. Esto ocurre exclusivamente por el ego. Es la manera que tiene nuestro cerebro de animar al cuerpo a estar listo para la batalla. Es más fácil enfrentarte a alguien que no te gusta porque encuentras fuerza interior que a lo mejor no lograrías en otras circunstancias. Cuando Javier llegó al escenario mundial, no me gustó nada a pesar de que ni siquiera le conocía, pero así yo estaba listo para la batalla. No me importó nada que no me gustase, aún sin conocerle. Es más, así es como quería que fuese... Estaba preparado para la pelea. Me hice la película de que Javier sería un atleta arrogante, lleno de sí mismo y de su propia importancia. Entonces le conocí. Acababa de terminar un entrenamiento de natación en la piscina Noosa Aquatic, en Australia, con mi mujer Laura. Sabíamos que Javier había llegado a la ciudad para correr en la Copa del Mundo. Le dije a Laura con un ligero tono despectivo: “Ahí está ese atleta español... Gómez“. De repente, Javier se acercó y en un inglés perfecto me dijo: “Hola, Greg, qué ganas tenía de conocerte“. Pasó a felicitarme por mi éxito reciente en Estados Unidos y me dijo que algún día, a lo mejor, él también lo lograría.

Charlamos unos diez minutos y después se despidió y se tiró al agua para hacer su entrenamiento de natación. Me había deslumbrado. Era uno de los tipos más simpáticos que había tenido el gusto de conocer, era educado y su humildad llegaba a tal punto que daba la impresión de no creerse lo bueno que era. Me sentí aplastado porque todo el empuje que me había dado el que no me gustase Javier se había desvanecido; ahora, ¿cómo iba a lograr animarme a mí mismo y enfrentarme a él? Ahora nos hemos hecho buenos amigos e incluso entrenamos juntos. Todavía sigo sorprendido por su humildad y su saber estar con los pies en el suelo».

Ese 2007 de Javier iba a superar cualquier precedente. Su arranque en las cuatro primeras fechas del calendario de máximo prestigio fue alentador. Segundo en Mooloolaba tras Kahlefeldt, campeón en Lisboa tras soltar al australiano y a Ospaly en la última vuelta, plata al esprint en Madrid ante el checo y, por último, bronce en Des Moines (Iowa), en la carrera con más dinero en juego, una locura de ataques constantes en la que cruzó la meta tras Rasmus Henning y el neozelandés Bevan Docherty. Javi ya era líder indiscutible, favorito siempre y rutilante estrella del planeta triatlón a sus veintitrés años. Por eso se le indigestó un segundo puesto en Madrid. Defendía el título en España y se dejó llevar de un lado a otro durante los días previos a la carrera para entrevistas, actos de promoción, sesiones de fotos y compromisos publicitarios. Todo el bombo que a partir de entonces supo apartar de las jornadas previas a una cita importante. «No disfruté y eso afectó a mi rendimiento. Si hubiera tenido una semana tranquila, creo que habría ganado, pero entonces no lo podía decir, claro». El valor del descanso y el entrenamiento sin agobios, otra enseñanza más para el futuro.

El primer pico de ese 2007, en cambio, lo había fijado en el Europeo, que aún le faltaba. En Copenhague le arrojaron sus padres, Villanueva, Meilán... Listos para celebrar un título que merecía. Llovió, Tim Don se cayó, Javier estuvo a punto de ir al suelo y la criba le dejó para el final con dos alemanes a los que luego volvería a enfrentarse en instantes clave. Primero descolgó a Daniel Unger, y ya hacia el final soltó a Jan Frodeno, aprovechando uno de los típicos repechitos donde solía apurar el paso para ganar, cuando para el resto la cuesta se convertía en muro. «Al día siguiente saboreé el éxito de verdad, una victoria que me quitaba presión para el resto del año». En la maraña de telegramas, cartas y felicitaciones, asomó un correo electrónico de Bennett, quizá las palabras que más le calaron, pendiente desde la otra parte del globo de lo que acababa de lograr.

Ya campeón de Europa, su regreso a la Copa del Mundo resultó todavía más dominante, aunque cada zancada hacia el título encerró historias paralelas. Arrasó en Salford (Reino Unido), donde se consintió una escapada de Kahlefeldt que le exigió una proeza luego a pie. Allí les siguieron en la meta nombres de leyenda, Whitfield, Don, Raña y Docherty. No era una victoria más, sino un alarde ante la vieja guardia. «Fue como una revolución. Los grandes empezaban a tenerme miedo porque veían que no tenía puntos débiles. Muchos cambiaron sus entrenamientos para cubrir

carencias y hacerme frente». Casi dos minutos detrás, vigésimo, cruzó la meta la promesa local, Alistair Brownlee, el paliducho chaval de Yorkshire que, con diecinueve años, ya podía presumir de un currículum potente, vigente campeón mundial y europeo junior. Por primera vez, Javier fue consciente de que se había cruzado con Alistair en una carrera. Tras la victoria en Salford, repitió oro en Tiszaujvaros (Hungría), mientras su material extraviado volaba de aeropuerto en aeropuerto. Con gorro, gafas, bici, casco y zapatillas prestadas, también triunfó. Allí donde un día disfrutó de su primer viaje internacional de triatlón, donde vistió los colores de la selección por primera vez en un Europeo juvenil por relevos que acabó en fracaso, esta vez sintió un placer diferente desde la cima. Camino del oro, una anécdota ilustra el pánico de sus rivales. Ya a solas con Gemmell durante el diez mil definitivo a pie, escuchó al neozelandés transmitirle calma. «Afloja, que ya se quedaron». Pero no entendía bien el mensaje porque la victoria estaba aún en juego. Al felicitarse tras cruzar la meta, su rival se explicó. «Me había pedido pausa porque no me iba a disputar la llegada». Para revalidar la Copa solo faltaba ya la puntilla en Pekín en septiembre.

Con ese título encarrilado, en la práctica ya solo le separaba una carrera de una triple corona inédita, lograr en un mismo año el Europeo, la Copa del Mundo y el Mundial. Este se discutía a finales de agosto en Hamburgo. En 18 meses podía pasar del ostracismo de su segundo veto al olimpo de una cumbre nunca antes pisada. ¿Y el corazón? ¿Estaba su caso olvidado? Dos días antes de la prueba de Alemania, falleció el futbolista Antonio Puerta, que había sufrido una parada cardiorrespiratoria durante un partido con el Sevilla. Arreciaron llamadas en su móvil de periodistas buscando el testimonio de un deportista señalado años atrás por un riesgo similar. «Me preguntaron si sentía miedo. Y en realidad me generó una cierta ansiedad. Mi caso no tenía absolutamente nada que ver con el del futbolista, pero a la prensa eso le daba igual». Ya en carrera se sucedieron escaramuzas clásicas que obligan a tomar decisiones clave. Javier salió del agua delante y sudó en una fuga junto a Belaubre y el francés Stéphane Poulat, un esfuerzo en vano sobre la bici que no llegó a cobrarse más de veinte segundos sobre el gran grupo. Una mala transición le exigió otro arreón para pasar a controlar a pie desde posiciones avanzadas. «Entonces se bajó el ritmo, parecía que esperaban a que yo cambiase». Tras unos kilómetros, se quedaron con él Frodeno, Unger, Kahlefeldt, Gemmell, Whitfield y el británico William Clarke. Poco a poco, fueron cediendo los rivales. El penúltimo, Kahlefeldt. Y finalmente Javier soltó a Unger en una de las subidas donde su potencia le solía dejar solo. Corría el sudor por su rostro mientras abría un hueco. Resistía a la fatiga como si fuese la de toda una vida. Pero al rato miró atrás para comprobar su ventaja, una señal que su rival interpretó como un síntoma de flaqueza, para recuperarse, alcanzarlo a unos doscientos metros de meta y ganar ante su gente. Tendidos sobre el suelo, destrozados por el esfuerzo, Javier felicitó al nuevo campeón, que luego, borracho de felicidad, pidió ese día matrimonio a su pareja. Con un octavo puesto como techo, el

subcampeonato no era tan malo para Javier. «Quizá aún no tenía la mentalidad suficiente para ganar un Mundial. No me sentí muy fresco corriendo, ataqué casi más por obligación que por convicción, porque no tenía fuerzas, y el hueco que abrí no fue suficiente para mantenerlo hasta el final. Según Daniel, encontró energías porque corría en casa y pudo creer otra vez en la victoria al verme mirar atrás varias veces».

Con Javier crecía también José Rioseco, entrenador de natación al principio y ya auténtico experto en las últimas tendencias de triatlón. «Ese año 2007 varió el enfoque. Si antes había unos cinco campeones que se repartían los títulos, a partir de entonces Javier empezó a ganarles con normalidad. Entendió que podía aspirar a la victoria siempre. Desde entonces, por consistencia y regularidad, ya fue el mejor. Luego Alistair logró hazañas, pero no se acercan a las de esa etapa de superioridad de Javi», reflexiona el entrenador que lo acompañó de la infancia a la plenitud. Cuando cerró ese 2007 llevaba trece pruebas de la Copa del Mundo sin bajarse del podio, una cifra que estiró hasta diecisiete cuando acabó el siguiente año, el último antes de crearse las Series Mundiales. Jamás se había visto nada igual.

Al margen de títulos y tiempos, acababa de conseguir algo más importante, trascender y fijar el nuevo canon de triatleta. Cuando la ITU permitió el *drafting* —acoplarse a rueda en grupos durante el segmento ciclista— hubo un primer cambio en la forma de competir sobre distancia olímpica. Los especialistas en alguna de las tres modalidades se la jugaban en la parte que más les convenía. La llegada de Javier marcó una segunda transformación. Surgió el primer campeón completo, sin carencias, inabordable en los tres terrenos.

Hasta la novedosa tiranía de Gómez Noya, no eran demasiado extrañas las victorias protagonizadas por escapados en bici. Estos vencían gracias a la osadía de una aventura en solitario o una alianza en ruta, pero sin ser grandísimos corredores. Abundaban los triatletas con un punto débil en alguno de los tres sectores de la prueba.

«Quizá fui el primer modelo de triatleta completo. Hasta entonces había gente que corría bien porque venía del atletismo y luego mejoró muchísimo nadando, como Kahlefeldt, pero a los que les costaba enganchar con el primer grupo en el agua y podían quedarse descolgados ya en ese inicio. Iván era más completo, pero también podía tener algún problema al principio. A veces el que más corría era un mal nadador y terminaba lejos en muchas pruebas. En mi caso, venía de la natación y solía acabar ya ese segmento entre los cinco primeros, luego en bici demostraba que rendía también en circuitos duros, y además corriendo era de los más rápidos», razona Javier. «Él introdujo un punto más en todas las disciplinas. Hasta entonces apenas había triatletas capaces de nadar en esos tiempos, se defendía perfectamente sobre la bici y era el más veloz también corriendo», coincide Raña.

«En los primeros momentos, no me sentía como el rival a batir porque otros tenían mucho más nombre que yo. Creía que a los más grandes les superaba porque no estaban finos, pero ahora, con perspectiva, lo analizo de otra forma. Si nadaba

delante, iba bien en bici y corría más que nadie, ¿cómo me iban a ganar? Esa era la preocupación de muchos. En un día malo, yo acababa tercero, mientras que otros caían al puesto 25», reflexiona Javier.

Acabaría completando casi tres años sin bajarse del podio, la tiranía del «Tiger Woods del triatlón», como lo bautizó el canadiense Simon Whitfield, campeón olímpico en Sídney 2000, aquella carrera que había abierto definitivamente los ojos de Javier para el triatlón. «Es el mejor competidor que este deporte ha tenido jamás», le elogió la leyenda. «Alcanzó las diez victorias en la Copa del Mundo en tres años; yo necesité doce años para conseguir once».

«Él podía hacer el mejor tiempo en cualquiera de los tres sectores. Ningún otro triatleta había sido así hasta entonces. Le iba cualquier tipo de carrera», coincide Omar González.

Los Brownlee también lo reconocen. «Gómez, sin ningún punto débil, posiblemente fue el primer triatleta espléndido en las tres disciplinas, la mayor amenaza para todos. Antes de que nosotros apareciésemos, él era el nadador más rápido, el ciclista más rápido, un corredor que podía cambiar el ritmo y destrozarnos a todos. (...) Corriendo tan cerca de tus talones que hasta tocaba tus pies, demostrándote el esfuerzo que estaba haciendo, poniendo sus labios en forma de embudo y jadeando duro», destaca Jonathan en su libro autobiográfico junto a su hermano, *Swim, bike, run* (Penguin Books).

«Todo eso lo logró en un deporte sin apenas tradición en Galicia, sin haberse ido a vivir fuera de su tierra, sin salir de Ferrol y Pontevedra. Durante un tiempo aprendió de Raña, pero representan dos métodos diferentes. Iván es un superatleta del sufrimiento, con una capacidad agónica increíble, mientras que Javier resulta más metódico y eficiente. Él compite como siempre, pero entrena como nunca. Competir es lo fácil porque lo difícil se esconde en su día a día. Por eso ganó tantísimas pruebas. Quizá otros trabajan más horas, pero Javi lo hace a plena concentración. Cambió el triatlón por su rendimiento sin fisuras y sus ataques a pie entre el kilómetro tres y cinco. Quienes quisieron plantarle cara tuvieron que doblar la apuesta, y él terminó igualándola», explica Bayón, quizá la persona que mejor conoce el funcionamiento de su organismo, como el engranaje de un reloj de precisión.

La mirada perdida

Las primeras gotas comienzan a teñir de oscuro el asfalto. El cielo encapotado desde el amanecer amenaza ahora con volver loca la carrera. El agua alimenta lo aleatorio, ensancha el espacio para el error. Los favoritos la detestan. Nunca es grato terminar por los suelos o tener que arriesgar al máximo porque un segunda fila apueste por jugársela a tumba abierta. Nervios. Demasiada tensión. Sobre todo en el grupo de los mejores. Apenas quince unidades con medio minuto de ventaja. Atrás Mola, Murray, Riederer... Los grandes que no han logrado el corte en el lago Serpentine. Desde la cabeza de la prueba, los Brownlee giran una y otra vez la mirada hacia sus compañeros de escapada. Tratan de identificar a los que no colaboran, a los que ahorran fuerzas dando pedaladas resguardados a rueda. Incluso se descuelgan hasta la cola de esa avanzadilla para reprender a los que minimizan el gasto de energía. Javier pasa puntual, empujado por el respeto a un código, impulsado por el honor y porque, si no lo hiciese, probablemente lo coserían a demarrajés. «Creo que es una obligación. Cuando vas en un grupo hay que colaborar, aunque en ese momento me daba lo mismo que nos cogiesen o no».

«Siempre le aconsejo que se reserve, que se proteja más, porque los Brownlee corren en equipo y no están los dos solos, en muchas ocasiones reciben el apoyo de otros triatletas con los que entrenan», explica Carlos David Prieto. De hecho, en Estocolmo, hacía pocas semanas, habían ensayado lo que podría ser una estrategia para Londres. Le habían lanzado a Javier varios ataques antes de la última transición. Solitario en la réplica, no fue capaz de responder al último empujón del mayor de los británicos. Alistair se colocó las zapatillas de correr con más de 20 segundos frente a los perseguidores. Javier, que aquel día voló sobre la última parte del trazado de la capital sueca, destrozó a Jonathan y recortó la diferencia con Alistair, al que, sin embargo, no pudo atrapar.

Los reproches de los hermanos comienzan a surtir efecto. El grupo acelera la marcheta y, con el transcurso de las vueltas, se amplía la ventaja respecto al pelotón principal. Ya son casi 40 segundos. No habrá reagrupamiento. Las nubes también deciden apartarse de la primera línea de la escena. Por unos instantes, remiten las ligeras precipitaciones. La gloria estará donde se presumía que iba a estar. Tres grandes nombres para un título mundial.

La presión sobre Alistair se agiganta. Domina las series a su antojo y en un trazado similar, un año antes, aupado por el aliento de su público, se había colgado el oro en los Juegos Olímpicos. Depende de sí mismo. Necesita menos puntos que nadie para ser campeón. La sombra de una lesión en el tobillo, que aireó en la prensa a pocos días de la gran final, parece lo único que le puede apartar del éxito. «Las temporadas son largas y hay momentos en los que no estás al cien por cien. A mí me había tocado en San Diego, adonde llegué con fiebre; y en Kitzbühel, una prueba en la que terminé decimotercero después de una fuerte caída en bici durante la

concentración previa que hice en Manzaneda [Ourense]», indica Javier.

Alistair baja la cabeza. Hurga en las manetas de las marchas. Prepara el arsenal para una aceleración. Como en Suecia, a por la meta con la única compañía del sonido de su respiración. Tal vez, un derroche injustificado. Una decisión sin encaje en cualquier estrategia racional. Está a punto. Javier estrecha la mirada. Es cuestión de segundos.

Quedaba muy poco para que hiciese las maletas hacia Corea y nada iba según lo previsto en su preparación para los Juegos de Pekín 2008. Herméticos, Javier y su entorno guardaban con celo que llevaba casi dos meses sin poder entrenarse en plenitud de condiciones. Para el público y sus adversarios continuaba siendo el máximo candidato a colgarse el oro en los Juegos que exhibirían a Occidente el poderío del gigante asiático. Muchos ya habían descontado la medalla.

Entra en la cafetería del Centro Galego de Tecnificación Deportiva. Tiene una cita con quien puede poner fin a su calvario. «Paco me había recomendado que hablase con un médico. Me empezaba a desesperar. Lo saludé y me senté a la mesa. Le comenté lo que me dolía y qué clase de ejercicios me resultaban muy difíciles de realizar». Pero pronto se percata de que en ese cara a cara tampoco le solucionarán sus problemas. «Las preguntas que me hacía eran extrañas. Él giraba toda la conversación sobre mi estado de ánimo. Y yo volvía con el dolor... Entonces me di cuenta de que me habían mandado a un psicólogo... Recuerdo que aquello me molestó muchísimo».

Incluso sus allegados, su círculo más íntimo, consideraron la posibilidad de que su dolencia en el tobillo izquierdo fuese producto de la presión, que el subconsciente le estuviese jugando una mala pasada a quien solo le faltaba una medalla olímpica. Le habían realizado varias pruebas. El diagnóstico que había prevalecido hasta ese momento: una tendinitis en la inserción del Aquiles. «Cuando hacía las series fuertes en la pista de atletismo me molestaba mucho y se hinchaba, pero casi ni se apreciaba. José Bodoque, fisioterapeuta de la federación española y amigo, estuvo una semana en mi casa y me trataba todos los días. Me ponía vendajes para tratar de minimizar el juego de la articulación, para descargar un poco la presión sobre la zona. Y eso, aunque con molestia, me permitía ir entrenando. Su presencia fue un apoyo psicológico importante».

Los veteranos, los pesos pesados, se habían encargado de colgar el papel de favorito a la estrella emergente. Razón no les faltaba. Javier había mostrado un dominio abrumador. Había dibujado un 2008 en el que pocos habían podido acercar el resuello a su nuca. Pero esa forma de trasladar el control de la carrera hacia él también formaba parte de una táctica planificada en la sombra. Ellos preferían competir sin esa carga sobre sus espaldas. «Años más tarde, Whitfield y Docherty me confesaron que se habían puesto de acuerdo para decir en todas las comparecencias públicas que era el indiscutible número uno para el oro». Querían saber cómo

respondía a la presión, ese ingrediente invisible capaz de achicar las piernas, de contraer el alma.

Entre todas sus victorias, una desató un pánico desconocido entre sus rivales. Javier ganó la Copa del Mundo de New Plymouth 2008 con un tiempo de 29.37 en el 10.000 final a pie. No acusó, siquiera, el esfuerzo para lograr la prima por salir primero del agua, y aflojó en los últimos metros hacia la cinta de llegada. Asombroso. Kahlefeldt cruzó la meta con la sensación de haber firmado el mejor triatlón de su vida, pero entró medio minuto después. Desde su casa, Whitfield se frotaba los ojos ante lo que veía. A la mañana siguiente, el canadiense salió a correr espoleado por la rabia de sentir a un rival fuera de su alcance. Y por primera vez en su vida completó en menos de ocho minutos su habitual circuito de Beacon Hill Park, en Victoria. Desde entonces encontró un antídoto contra el cansancio. «A veces empiezo a aflojar durante un entrenamiento. Cuando sucede, solo me digo “Javier no va a aflojar, así que tú tampoco puedes. Tienes que seguir”». Otro día, añadió otro estímulo, al llevarse el cartel que indicaba el lugar del triatleta español en la zona de transición. La tabla con su obsesión, «Javier Gómez», la situó en el jardín de su casa, justo delante del rodillo donde pedaleaba, para motivarse. «Tendrás noticias de mí», dejó escrito en su blog.

Los éxitos de Javier habían azuzado a sus rivales. Ajustaban sus entrenamientos y le intentaban inquietar fuera de carrera. «Como dijo una vez el nadador americano Gary Hall Jr. “Si no le derrotas en la piscina, derrótale en el aparcamiento”», bromea Whitfield.

Javier conocía a la perfección el circuito de Pekín. Había sido el recorrido donde, en septiembre de 2007, casi un año antes, había hecho una demostración sin precedentes. Sin querer, en la última parada de la Copa del Mundo, dejándose llevar por la recurrente afición de los grandes campeones de explorar sus propios límites, adivinó el futuro, vislumbró lo que se convertiría en norma en los próximos años. Su habitual cambio de ritmo del kilómetro cinco se anticipó. Elevó la frecuencia de sus zancadas prácticamente al inicio del 10.000. Pronto acumuló tanta ventaja que el trecho final, el que le conducía hacia una nueva victoria, lo usó para llevar a cabo un ejercicio de memorización. Iba anotando mentalmente cada palmo, cada curva del futuro trazado de los Juegos. No hacía un calor sofocante. Eso lo transformaba todo. Era un paseo más ameno. Sentía el esfuerzo llevadero. Y así alcanzó la llegada sin proponérselo.

En aquella prueba también comenzó su relación con la triatleta alemana Ricarda Lisk. Y en diciembre se marcharon juntos a Sudáfrica. Ella acostumbrada a hacer las pretemporadas allí. Escapaba del gélido invierno que en noviembre se instala en el centro de Europa, para no abandonar el continente hasta que en abril la primavera derrama, por fin, algo de luz. «Me quería convencer de que la acompañase durante la siguiente pretemporada. Pero, para mí, 2008 no era un año cualquiera. Estaban los Juegos y no quería arriesgar, no quería hacer cosas que no tuvieran sentido». Aceptó

ir en diciembre de vacaciones y comprobar si el lugar se adaptaba a lo que necesitaba para ponerse a punto.

Ya había acordado con José Rioseco que el entrenador solicitaría una excedencia en su trabajo para centrarse en exclusiva en su preparación. La expedición a Sudáfrica en febrero la completó Ramón Ejeda. Su presencia le ayudaría a expresarse durante los entrenamientos. Una referencia para saber si las cosas van por el buen camino. Está el cronómetro, sí. Pero todos luchan contra el tiempo. La cuestión, cuando estás en la cima, es conocer si mantienes las diferencias con los demás, si no te has dormido, si progresas tanto como los que vienen por detrás. Y luego, claro, llega la hora de la verdad. Las competiciones son la balanza del deportista, que siempre espera con expectación que se incline hacia su lado.

Y el primer arreón dibujó una enorme sonrisa en el rostro de Javier. «En marzo estaba a tope. Me repetía una y otra vez: “Si estoy así ahora, ¿cómo estaré en unos meses!” Quizás había subido demasiado deprisa, aunque yo tenía la sensación de que no había hecho nada especial entrenando y creía que tenía margen de mejora». El éxito comenzó a bañar sus vitrinas. Bloemfontein, Mooloolaba, New Plymouth... Avanzaba la campaña y no se descabalgaba de la gloria. Hacía pleno en las pruebas de la Copa del Mundo, el primer puesto se había convertido en su guarida. «Me hizo especial ilusión la Copa de Europa de Pontevedra. Había mucha gente en la calle. La ciudad se había volcado para acoger por primera vez una cita tan importante a nivel internacional». Era abril. Un día frío, de sol perezoso y con el agua helada. «Quizás la más fría en la que nadé nunca. Por momentos, me preguntaba: “¿Qué hago aquí?”». Pero quería ganar ante su afición, la que desde que había fijado su residencia allí, lo animaba a diario. Le mostraba su apoyo como a un vecino de toda la vida. En el tramo ciclista estuvo a punto de perder el primer grupo. Un pinchazo cuando iba primero lo descolgó. Sin embargo, un compañero suyo en el equipo francés, Frankie Batelier, se vació para que enlazase. Corriendo, pese a tener los músculos agarrotados, se impuso con suficiencia. Aunque no era una prueba del máximo nivel, tuvo un eco importante. Pero, sobre todo, se sentía reconfortado por haber triunfado en casa. Desde la cumbre, se daba un homenaje en sus orígenes.

Sin embargo, el dulce despertar de año olímpico acumularía en breve contratiempos significativos. El horizonte, limpio, de un azul metálico hasta ese momento, empezaba a apagarse. El Campeonato de Europa de Lisboa le sirvió para ponerse en alerta. Ya se sentía señalado por sus rivales. Ratificada su superioridad, el oro de Pekín podría ser una guerra de todos contra él. Los grandes nombres le estaban transfiriendo paulatinamente la responsabilidad de convertirse en un líder. Pero era consciente de que existían otras amenazas. En cuarenta kilómetros en bicicleta, frente a un único enemigo, es posible engendrar un aluvión de emboscadas. El Europeo lo confirmó. En un abrir y cerrar de ojos, se vio enjaulado en el pelotón perseguidor. Nadie colaboraba para echar abajo la escapada. Acabar corriendo a su lado era un derroche estéril para sus rivales. Preferían que se desgastase antes. Y ni siquiera así

parecía que alguien tuviese opciones de ir a pie tan rápido como él. Tras la segunda transición, solo pudo remontar hasta el séptimo lugar. El francés Belaubre se colgó el oro y su compañero de selección Tony Moulai, la plata; el tercer peldaño del podio lo ocupó el suizo Olivier Marceau.

Hablar de la posible solución para aquel tipo de estratagemas parecía un tabú. Después de lo que le había sucedido en Atenas y, aunque tal vez era la respuesta más adecuada, nadie se atrevía a plantear la posibilidad de rodear a Javier de triatletas españoles que trabajasen para él. No tenía sentido. «Iván también tenía sus opciones». Más tarde, esto quedaría en un segundo plano. Se tamizaría por la intranquilidad de los acontecimientos y por el convencimiento de que había pocas posibilidades de que en los Juegos sucediese algo así. «En cierto modo, llegamos a la conclusión de que no era tan preocupante. Los grandes aspirantes a las medallas no eran excelentes ciclistas. A ellos también les convenía un sector controlado, sin sobresaltos. Y pronto volví a ganar, de forma autoritaria de nuevo, en la Copa del Mundo de Madrid. Por primera vez compartí podio con Alistair Brownlee, cuyo bronce le clasificó para los Juegos».

La temporada se deshojaba y en el almanaque Javier había marcado otra fecha en rojo, el 5 de junio. Le prestaba tanta o más atención que a los Juegos. «Aún no me había empapado del espíritu olímpico». Por eso, ganar el Mundial de Vancouver en junio continuaba siendo una prioridad. «Asumía que era la carrera que realmente otorgaba el prestigio. Ya tenía la Copa del Mundo, pero un Mundial... Un Mundial era otra cosa». Nadie parecía tener la suficiente energía como para apartarlo de su destino, de aquel que un día había pronosticado Vladimir Polykarpenko en la carpa de Lausana, mientras digería su décimo puesto en el Mundial de 2006. «Dominarás el triatlón mundial». No le creyó. Lo veía a leguas de distancia. Pero el vaticinio, viniendo de quien venía, le sirvió para edulcorar el mal trago.

«Al principio, sentí una pequeña molestia al pisar. No le di demasiada importancia. Siempre ando con dolores raros que acaban por desaparecer». Había llovido mucho en abril y eso había obligado a Javier a utilizar en demasiadas ocasiones clavos en la pista. Aunque quizás no era consciente, se enfrentaba ya al desgaste de un fondista. «Hacía ocho series de mil a 2.40. No sé si había muchos triatletas capaces de correr en esos registros». El dolor, lejos de remitir, se acrecienta. Se sienta en el avión rumbo a Canadá con ese runrún obstruyendo sus pensamientos. Todo da vueltas alrededor de una misma idea. Cada pequeño gesto se convierte en un modo de averiguar si todavía sigue ahí. Si no se ha escapado para siempre. Cuando no lo siente, respira aliviado. ¿Será definitivo? No. Es machacón. Vuelve y vuelve. Y cuando regresa, se hace más presente.

En Vancouver comparte habitación con Iván Raña y Ramón Ejeda. Ante la ausencia de persianas en el hotel, empapelan las ventanas con periódicos para poder dormir. No querían que un hilo de luz perturbase su descanso. «Era una manía que heredé de Iván y que con el tiempo he ido perdiendo». Se despierta el día de la

carrera. No se olvida de las rutinas. Siempre las rutinas. Sale a correr 20 minutos. Hace frío, mucho frío y llueve. Lleva los cascos puestos. El sonido atronador de Metallica se le incrusta en la cabeza. Unos ejercicios de movilidad de nuevo en el hotel y coge la bici para ir a la piscina. Se zambulle en el agua. Suelta los músculos y recuerda la conversación que había tenido con José Rioseco durante el viaje. «Hay que dar el cien por cien». Hoy es el favorito.

Cuando se aproxima a la primera transición, percibe que está delante. Se encuentra bien. Todo su organismo responde a sus estímulos como debería. Empieza a dar pedales y se acomoda entre las primeras plazas para cubrir los cuarenta kilómetros muy rápido. Ritmo vivo hasta en la subida del repecho, un desgaste que se podía pagar luego a pie, pero que al mismo tiempo impidió que hubiera movimientos extraños. El grupo iba justo solo con aguantar. Se ha olvidado del dolor. La agitación de la carrera lo enmascara. Una nueva transición. Ajusta las zapatillas a los pies y acelera. «Eran tres vueltas de 3,3 kilómetros. Y después de la primera, giro la cabeza y veo que todavía aguanta un grupo de veinte corredores... “¡Pero esto qué es!” Sabía que tenía un punto más para cambiar, pero me puse un poco nervioso. Luego cuando hice un primer cambio, vi gente ya muy justa y nos quedamos tres, Docherty, Reto Hug y yo».

A partir de ahí, experimenta una sensación que ya se había vuelto familiar. La de ser el hombre a batir, el que marca las diferencias, al que el resto se encarga de vigilar. «Si alguien te intenta soltar porque va delante, te pegas a él y si revientas, revientas. No hay mucho más. Pero si eres tú el que tienes que dejar a alguien, cambias hasta al límite sin saber cómo va el otro. Si él va peor que tú y aguantas unos metros, se queda, pero si va bien, te va a remachar luego. Conoces a los rivales y te imaginas que si tú no vas bien, ellos tampoco, pero es un juego psicológico difícil de controlar». Antes de la última vuelta ejecuta su famosa aceleración. «Era conocido en aquel entonces por mi cambio a partir del kilómetro cinco. Muchas carreras las solucioné así. Si iba bien, era como un esprint hasta meta, pero desde la mitad del 10.000». Nadie le aguanta. Recupera su versión de solista hasta que tumba la cinta con el pecho.

Lo acaba de lograr. Ya tiene el título que le quitaba el sueño. Derrota a Docherty, aunque se había imaginado una celebración más dulce para el objetivo por el que había luchado hasta la extenuación, por el que se había dejado la vida. Pero aquel, como se encarga de recitar, tampoco era un año cualquiera. Llegaban los Juegos y no había mucho margen para las alegrías. Habla con sus padres. Están emocionados. Él también, pero no se puede parar. Ahora no. Y en la cabeza persiste la lesión, la maldita lesión. «Ni siquiera lo disfruté. En cuanto acabé con los compromisos de la victoria (podio, entrevistas, antidóping...) me fui al hotel preocupado. Era como si haber ganado el Mundial quedara en un segundo plano por la molestia, que no me llegaba a impedir competir, pero estaba ahí. Tenía dos meses por delante claves de cara a los Juegos. En el hotel me vio Marta Villar, la fisio que venía con el equipo.

Me decía que sí, que lo tenía inflamado, pero que no se veía nada muy grave. No apreciaba diferencia con el otro tendón. No se veía más engrosado. Un pelín ahí abajo, pero no una tendinitis típica, con el tendón como un chorizo. Después había una especie de fiesta en un hockey arena donde se entregaban las medallas a los grupos de edad. Fui a desgana. Tras una hora en la que solo me saqué fotos con triatletas de otras categorías, seguía notando esa molestia incluso al caminar. Me fui sin avisar a nadie. Tomé un taxi y en el hotel traté de pensar con claridad cuales debían ser los pasos a seguir a partir de entonces. Tenía cinco o seis días de descanso activo y guardaba la esperanza de que eso me ayudara a recuperar mi tendón».

Ya en casa, de nuevo en Galicia, la lesión se recrudece. Pasa por varias consultas. Radiografías, resonancias... Y dolor, más dolor. Y el fisioterapeuta en su casa. Tratando de amansar lo que parecía una tendinitis. Y la molestia que no se acorta. Y termina enojado despidiéndose educadamente de un psicólogo en la cafetería del Centro Galego de Tecnificación Deportiva de Pontevedra. «Él vino a verme con toda su buena intención».

No había ni un milímetro para detenerse. Había que seguir adelante. Camuflar lo máximo posible la debilidad, ocultar los vendajes, hasta las muecas de desánimo. El alto rendimiento es un universo caníbal. Si alguien adivina un flanco descubierto no lo dudará, se tirará a degüello. Continúa entrenando. Se consumen los días y ya empieza a temer que su nivel de forma haya bajado sustancialmente. Además, no está seguro de que en esas condiciones pueda aguantar un desafío tan exigente como el de Pekín. Así que retoca los planes porque le parecía demasiado arriesgado competir. Se toma la Copa del Mundo de Tiszaujvaros (Hungría) como único test previo. Buena carrera y triunfo ante un gran rival como Kahlefeldt, que también arrastraba en secreto una lesión en la cadera. «Yo sabía que en los Juegos necesitaría correr más rápido para ganar. La molestia estaba ahí, en cada paso, pero la iba soportando. Ya solo había dos opciones: seguir adelante como pudiera hasta Pekín, esperando que no me rompiera completamente, o parar y recuperar la lesión de forma adecuada, lo que suponía renunciar a los Juegos». Elige pelear.

De pronto, justo antes de partir hacia la isla de Jeju, en Corea, donde quedará concentrado con el equipo español, se abre una puerta a la esperanza. Lo van a infiltrar. Una inyección de moral, pero se consume en un instante. El tratamiento no le alivia lo que esperaba. No esquiva el runrún. «Quería que, al menos, desapareciese el dolor, y eso a esas alturas ya era una gran noticia, aunque no resolviese la lesión. Pero el dolor seguía ahí. Una decepción. Y ya pensé que podía haber algo más que la inflamación en el Aquiles». Al poco de instalarse en Asia, libra otra guerra. Se ve obligado a combatir el sofocante calor, catalizado por una humedad pegajosa. Nunca había rendido bien con esa meteorología. Está habituado al clima atlántico de Galicia. Se crece cuando el mercurio no se dispara. Ahora le cuesta hallar horas del día para hacer entrenamientos de calidad. Siempre bajo la tiranía de la deshidratación. Hasta el agua tiene sed. Y está la lesión, la maldita lesión.

Un día antes de su estreno en unos Juegos sale a trotar por el entorno del circuito de Pekín. Por el mismo de su exhibición de un año antes, por el mismo en el que había hecho de Alistair cuando ni el propio Alistair siquiera sabía lo que eso significaba. El cielo por unas horas se conserva cubierto y una leve brisa refresca el ambiente. «Rogaba que se quedase así. Era perfecto para mí».

Pero después de la noche, cuando suena la alarma, el bochorno ya se ha apoderado de la capital. «Había que llevar los botellines de agua helados y aun así cuando los empezabas a beber estaban tan calientes como un caldo. Es una sensación muy desagradable». Nada bien posicionado y en la bicicleta se acomoda en las primeras posiciones. Pocos segundos después de accionar la maneta del cambio de marchas, todos los ojos se fijan en él. La misma sensación que vivirá Alistair en Londres cinco años más tarde, cuando en un día de lluvia fina correrá como principal favorito para ganar el Mundial. Nadie ve el vendaje. Nadie se centra en el tobillo. Lo único que el resto de triatletas murmuran hacia sus entrañas es: ¿En qué kilómetro nos va a triturar?

Aparcan la bicicleta. A solo 10.000 metros de balancear el metal. Algo de flato. Se toca la zona abdominal. Nada extraño en él cuando le aprieta la temperatura. Va por eliminación. Se quedan delante Frodeno, Docherty, Whitfield, Raña y Javier. El ritmo, asumible. Se puede elevar un par de peldaños. Y es Iván el que se encarga de despedazar el grupo. Ataca cerca del ecuador y solo Javier se pega a su espalda. «Era el momento ideal. Si hubiese estado bien, si hubiese tenido gasolina, era la ocasión para haberlos dejado atrás. El grupo estaba roto y solo tenía que darle continuidad». Pero todo lo que había atravesado en los últimos meses comienza a desplomarse sobre su cuerpo. Y los pies pesan más. Y el flato le incomoda como nunca. Y el calor lo tortura como siempre.

Los cogen. Se reagrupan. Un nuevo cambio elimina a Raña. Whitfield también se descuelga y hace la goma. Cuando los de delante aflojan, él se aproxima; cuando tiran, se aleja. A falta de un kilómetro, Javier solo intuye el bronce. Un nuevo parón permite a Whitfield alcanzar la cabeza de carrera. «Yo iba muerto. No me quedaban fuerzas para disputar la tercera plaza». Ve volatilizarse la medalla. Frodeno es oro; Docherty, plata; y Whitfield, bronce.

Entra noqueado en la meta. Un cuarto puesto que tardaría tiempo en apreciar. Se sienta en el césped. Todavía tiene la mirada perdida. Lo acompañan Ricarda y José. No habla. Traga desilusión. Escuece. Casi tanto como algunas decisiones que tomará después de concluir sus vacaciones. Ya puede descansar.

Tensa los maxilares. Revoluciona las pedaladas e intenta acercarse a la estela de Alistair. No lo puede dejar escapar. No tan cerca de bajarse a correr, cuando ya ha realizado un sacrificio descomunal para controlar la carrera. Gira la cabeza y busca con la mirada a Jonathan. «¿Y tú qué? ¿No quieres ser campeón del Mundo? ¿Solo quieres ser segundo?», le espeta con el organismo a 180 pulsaciones por minuto. La figura de eterno gregario de Alistair no se descompone por el reproche. Un último golpe de riñón y ya siente el alivio del rebufo. Lo que tenga que pasar, sucederá a pie. En el 10.000 decisivo, donde se juegan los campeonatos, donde desde el principio del año había focalizado los esfuerzos para mejorar. Ahora libera los pies y los apoya sobre los pedales. El día sigue gris, plomizo, uno de esos días tan británico que encoge el alma, que derrumba el ánimo, como si el cielo se propusiese tocar las puntas de tus pies. Pero aun así las pulsaciones se elevan un punto. Las primeras zancadas son reveladoras, las que transmiten más información, y la impaciencia por sentir las, por ver cómo va el resto, incrementa la excitación.

Agarra la bici por el sillín y se pone a trotar a su lado. Lo hace como un robot. Ha ensayado tantas veces en su vida este ritual que puede hacerlo sin pensar en ello. Sabe de memoria cuál es el sitio donde debe dejarla colocada, desprenderse del casco y calzarse las zapatillas de correr. Acaba de meter el pie derecho y arranca con fuerza, con determinación. Jonathan está cerca, casi hombro con hombro. Pero falta una sombra en su campo visual reducido por la fatiga. Pocos metros más atrás Alistair se retuerce de dolor. Cada encontronazo con el suelo de Londres se le clava en las entrañas. Retrocede posiciones bruscamente como si de pronto fuese arrastrado por una corriente. «Me giré un par de veces hacia atrás y ya vi que no venía, que se estaba quedando cada vez más rezagado». Aun así, no se fía.

El ritmo es vivo, pero Alistair ha realizado exhibiciones portentosas durante la temporada (en San Diego había corrido en 29.30 minutos sin apenas rodaje) y a pleno rendimiento sería capaz de enjugar la diferencia que los separa con una vuelta de tuerca. Su papel puede ser una estratagema. Siempre es complicado jugar contra dos triatletas de tanta calidad y que funcionan como un equipo. Ellos arman una emboscada donde menos te lo esperas.

El cronómetro avanza y Javier ya no vuelve a girar la cabeza hacia atrás. El recuerdo de Alistair se empieza a difuminar. Ahora se centra en vigilar a Jonathan. Lo tiene tan cerca que podría adivinar sus pulsaciones. De repente se da cuenta de que casi sin proponérselo se han quedado los dos solos en cabeza. La situación con la que había soñado durante los días previos a la gran final, la que le garantiza depender de sí mismo. El Mundial deja de ser una quimera para aproximarse a la realidad. Pero queda demasiado por delante. Intenta procesar cómo debe gestionar esta nueva fase, cuáles tienen que ser los siguientes pasos. Quizás nada ha cambiado. De hecho, si lo analiza fríamente, el plan original está más vigente que nunca. Se había planteado

como primer objetivo ganar la carrera y eso es lo que ahora tiene que hacer. Centrarse en ganar la carrera. A Jonathan ya lo había tumbado un año antes en el mismo escenario durante los Juegos. Volverlo a hacer no semeja un desafío desproporcionado. Aunque tal vez hoy no tenga las piernas tan ligeras como entonces. Nota los músculos agarrotados, apelmazados por el frío y el agua. Es consciente de que también debe dosificar sus ataques. La victoria, si llega, no será sencilla.

El diagnóstico no dejaba lugar a dudas. Después de pruebas exhaustivas en la clínica Povisa de Vigo, los médicos descubrieron aquello que había permanecido oculto, que solo había aflorado en el dolor de una pisada. Javier tiene una fractura por estrés en el talón de Aquiles. La lesión que lo había perturbado desde que había ganado el Campeonato del Mundo de Vancouver y que se convirtió en un quebradero de cabeza en la preparación para los Juegos de Pekín ya tiene nombre.

«En ese momento nos dimos cuenta de que incluso algunas cosas que habíamos hecho para tratar de mitigar las molestias habían sido contraproducentes», admite Javier, con una mueca de resignación mientras se lleva a la boca la taza de té que desde hace rato ha dejado de estar caliente, como si con ese sorbo tratase de diluir aquella experiencia.

La forma en la que Alistair frunce el ceño viendo cómo se le escapa un Mundial que ya estaba anotado en su palmarés y la de Javier rumbo a la meta de Pekín son instantáneas calcadas. Las separan cinco años. Es la única diferencia, pero el gesto es el mismo, el que identifica a un ganador cuando sus cimientos se vuelven de hojalata. Dos figuras hercúleas encogidas cuando solo les falta un pequeño paso para adivinar la gloria.

La pregunta que le hacen y que él se hizo es también idéntica. ¿Había competido demasiado en una temporada donde los Juegos tendrían que haber sido su prioridad? «Probablemente sí. Pero es que entonces los Juegos no eran la única prioridad. Quería ganar como fuese el Mundial. Era muy importante para mí, el título que más me apetecía. Todos los grandes del triatlón tenían un Mundial... Y luego competí en pruebas a las que no habría ido si hubiésemos sabido el verdadero alcance de la lesión. Pero necesitaba confianza, sentir que podía rendir como era capaz de hacerlo».

«Lo del pie pudo influir, pero sigo pensando que el calor fue la clave. Si el día fuese como los que estábamos teniendo, con temperaturas más suaves, Javier habría ganado. Porque fíjate que ese día hacía tanto calor que aún a la sombra era imposible parar de sudar», explica su hermano.

La diferencia entre regresar a España con un metal en la maleta o con las manos vacías era gigantesca. Lo pudo comprobar en el aeropuerto de Peinador cuando su vuelo con escala en París tocó tierra. Mientras otros habían sido recibidos como héroes por una multitud, a él solo le esperaba un grupo reducido. Su familia y algunos amigos. Pero era un recibimiento mayor del que se había imaginado. Siempre fue

consciente de que los triunfos atraían a las masas y las decepciones se masticaban en la intimidad. Por eso, su sonrisa se estiró cuando las puertas automáticas que delimitaban el acceso a la zona de equipajes se abrieron de par en par.

Con la gammagrafía en la mano, con la constatación de que tenía una fractura en el talón, nunca había estado tan claro que lo que necesitaba era reposo. Vacaciones para liberar la mente de la tensión de un año frenético, de una temporada demoledora que había acabado en China de una forma amarga. Y también se abría de par en par un período para reflexionar, para meditar sobre las cosas que quería cambiar.

Después de reposar las piernas, después de olvidar una campaña con el sinsabor de haberse quedado sin paladear el sabor del podio olímpico en Pekín, toma una de las decisiones más complicadas de su trayectoria deportiva. Prescinde de José Rioseco, el hombre que lo había entrenado en la piscina desde que era un crío, el que lo radiografiaba con un simple mirada a los ojos, el que le había enseñado a conocerse, a escuchar los latidos del corazón en cada largo. Pero ahora sentía que era preciso poner tierra de por medio. Savia nueva para edificar un proyecto repleto de ilusión, otro arreón para aproximarse al máximo a la excelencia.

Rioseco habla con un chorro de voz intenso y una feliz melancolía. Mueve con cuidado sus manos gruesas y pinta una sonrisa en su cara de bonachón. Rememora la última vez que cenó con Javier. Jamás lo había visto así de exultante. Su discurso se traslada al pasado y emerge sin proponérselo poco después de Pekín, cuando Javier había regresado de sus vacaciones por el Índico. Entonces el hilo sostenido y fuerte por el que sus palabras brotaban de la garganta empieza a entrecortarse. Y adelgaza y se vuelve más fino. Y la mirada se pierde. Y la sonrisa se emborrona. «Personalmente me pasó factura. Había hecho un gran esfuerzo para mover a mi familia desde Ferrol a Pontevedra para estar con Javi y no me lo esperaba. Sobre todo, porque estaba convencido de que en el vuelo de vuelta desde Pekín habíamos aclarado todo lo que teníamos que aclarar y allí acordamos que seguiríamos adelante juntos. Pero lo entiendo... yo lo entiendo... y estoy seguro de que también fue duro para él».

La frustración se incrustó en el ánimo del reciente campeón del Mundo, que maduró los cambios lentamente hasta dar un vuelco radical a la gestión de su carrera.

«El cuarto puesto de Pekín me dejó muy afectado, más de lo que la gente pueda pensar porque tampoco lo exterioricé. Había sufrido muchísimo para llegar a la carrera. Había aguantado el dolor y entrenado lo mejor que podía bajo aquellas circunstancias. Había dado absolutamente todo lo que tenía en la competición y me quedé a las puertas de las medallas. Eso es parte del deporte y lo entendí. Pero cometí el error de leer la prensa y ver comentarios de gente, que realmente me afectaron porque los consideraba injustos. Periodistas deportivos que ignoraban el triatlón durante los cuatro años que dura el ciclo olímpico, y que apenas conocían el orden en el que se disputaban los tres deportes, de repente hablaban como expertos, criticando duramente mi actuación y acusándome de no haber podido con la presión. En ese momento también entendí lo que significan los Juegos, donde los deportes pequeños

se vuelven grandes a nivel mediático por unos días. Todo el mundo opina y todo el mundo sabe.

Mentiría si dijera que disfruté de esa experiencia olímpica. Para mucha gente estar en la Villa, formar parte de un evento así, ya es un gran logro. Y sin duda lo es. Yo lo enfoco como una competición, la más importante, y todo lo demás es un negocio de dimensiones monstruosas montado a su alrededor, que no me llama demasiado la atención. Para mí lo mejor de los Juegos son las competiciones, ver a los mejores medirse con los mejores. El resto no me interesa. Después de la carrera, Ricarda, que había sido decimoquinta, quería ir a fiestas y eventos organizados por patrocinadores y amigos. En definitiva, le apetecía disfrutar de la experiencia olímpica, pero yo iba por cumplir, porque mi mente estaba en otro lado. Lo único que quería era irme a casa.

Antes de volver a Galicia, volé a Hong Kong para firmar un contrato importante con un patrocinador con el que estaría durante cuatro años. Era una buena noticia, pero yo seguía dándole vueltas a la competición, a la preparación previa, a lo que había hecho mal. Una tarde en The Peak, el punto más alto de la isla, con excelentes vistas a la ciudad, empecé a replantearme el futuro y qué dirección le iba a dar a mi carrera. En ese momento me hubiera gustado poder seguir compitiendo para olvidar el mal trago de Pekín, pero con la lesión no era posible. Ahora lo prioritario era regresar, hacer todo lo posible para recuperarme y ver cómo afrontaba el futuro. Algunas ideas iluminaron mi mente.

Después de cumplir con algunos compromisos en España, me fui de vacaciones a Isla Mauricio, con el objetivo de despejar la cabeza para que cuando volviese tuviese claro el rumbo que iba a tomar mi vida. Y fue allí donde decidí que necesitaba cambios y el más radical suponía dejar de trabajar con Jose. Esa era una decisión dolorosa: Jose es mi amigo, el entrenador que me formó y con quien había compartido mucho más que entrenamientos. Sentía que necesitaba ese cambio, nuevas aportaciones y nuevas ilusiones, incluso siendo consciente de que Jose es uno de los mejores entrenadores del mundo por ese *feeling* especial que es capaz de tener con el atleta y que pocos consiguen. Desde ese momento también intuí que no volvería a tener un entrenador fijo como había sido Jose. A partir de entonces yo era el CEO de mi propia empresa y contrataría a gente que me iba a ayudar en los diferentes ámbitos (entrenador, mánager, fisio...), gente que pudiera aportar cosas nuevas y detalles a mí ya establecida forma de trabajar. Si tuviera que asociar mi carrera a un entrenador, ese sin duda sería Jose, con el que más tiempo pasé y el que me formó».

Asesorado por su entorno y por sus propias sensaciones, Javier escoge al asturiano Omar González, precisamente quien había sido su compañero de piso durante una de las etapas más desoladoras de su vida, la del segundo veto, en la que estuvo a punto de arrojar la toalla, cuando llegó a replantearse el futuro, cuando vio más lejos que nunca su sueño, el de ser deportista profesional. Viejos conocidos para

un nuevo comienzo. Por delante, desafíos que ni siquiera imagina. Sin saberlo estaba a punto de sumergirse en una nueva era. No solo en lo personal, sino mayor de lo que entonces podría imaginar.

Debido a la lesión en el talón de Aquiles, los entrenamientos de carrera quedaron eliminados de las rutinas diarias durante los meses siguientes. Era como regresar al principio. La natación volvía a estar en el centro, recobraba el papel protagonista. Y también el ciclismo, como cuando salía los domingos con la grupeta de su padre. De hecho, para compensar la falta de kilómetros en la pista y para incrementar sus capacidades sobre el manillar, Javier se apunta al club ciclista Cambre (A Coruña). Siempre le había gustado el mundo del pedal. En verano no apartaba la vista de las retransmisiones del Tour. Por fin iba a conocer el trajín de las etapas desde dentro de un equipo aficionado, las iba a vivir en primera persona. La excitación de la nueva experiencia también hace que la herida emocional de Pekín apenas supure.

«En realidad, a mi hermano no lo vi tan jodido. Estuve con él después de la carrera... ya no recuerdo si ese mismo día por la noche para cenar o al día siguiente. Pero la sensación que tengo es que él no había sufrido una derrota de proporciones descomunales. No se le notaba así, por lo menos. Hombre, estaba fastidiado, pero nada desproporcionado... como podría estar en otra carrera. Creo que fue con el paso del tiempo cuando se dio cuenta de que quizás se le había escapado la ocasión más clara que probablemente tendrá jamás para proclamarse campeón olímpico», asegura Rafael.

La recuperación va por buen camino y también sus pinitos en el pelotón. Le va cogiendo el gusto a rodar en manada y a ponerse a tirar delante de todos cuando hace falta trabajar para el equipo. Sobre todo, cuando la carretera gana pendiente, se pone cuesta arriba. Bajo esas condiciones demuestra que es capaz de hacer sufrir hasta a los escaladores más finos. Sus compañeros están sorprendidos. Nunca habían pensado que aquel triatleta acostumbrado a rendir sobre segmentos de cuarenta kilómetros pudiese aguantar los esfuerzos prolongados por encima de los ciento cincuenta.

Aquella época la conoce a la perfección Omar González, meticuloso, puntillista en la descripción. Cuando coge carrerilla es difícil pararlo. «Recuerdo el Trofeo Iberdrola, en Zamora. Se fue un grupo de escapados y había opciones de que un corredor del Cambre ganase la etapa si cazaban a los de delante. Yo iba en el coche con el director y me pregunta: “¿Javi podría ponerse a tirar?” Le digo que por supuesto. Y dicho y hecho. Pasa delante en un pequeño puerto que había y de repente empieza a hacer una escabechina hasta tal punto que tiene que aflojar para no dejar descolgados al resto de compañeros».

Nueve meses después de Pekín, vuelve a competir en un triatlón. Lo hace en casa, en la Copa de Europa de Pontevedra, donde las calles están abarrotadas por sus propios vecinos. Domina gran parte de la prueba, sin embargo en el 10.000 final cede ante el ruso Dmitry Polyanski. Todavía le falta rodaje, el mismo que le había robado

la fractura en el talón. Pero las sensaciones son positivas. Con tan poco entrenamiento a pie, aún es difícil de derrotar, parece que sigue siendo la referencia.

Aunque estos buenos presagios se torcerían al poco de empezar el nuevo formato del Campeonato del Mundo: las Series Mundiales. Viaja a Madrid para la primera parada e irrumpe en escena un jovencísimo británico que deja sorprendido a todo el mundo. Alistair Brownlee se sube al primer peldaño del podio y Javier es tercero por detrás de Courtney Atkinson.

«Lo había visto en los Juegos. Había estado muy activo en la bicicleta, pero luego, cuando nos bajamos a correr, pagó el esfuerzo... Terminó en el puesto décimo o por ahí», asegura Javier, mientras mueve el dedo índice de la mano derecha de arriba a abajo, como agitando la memoria. «En Madrid todavía no era consciente de lo que estaba ocurriendo. Pensaba que Alistair había tenido un gran día y yo, como siempre allí, no había estado todo lo fino que quería. Pero en Washington, cuando me quedé solo con él, ya sabía que aquello no era una casualidad».

Alistair había crecido viendo como Javier agarraba la cinta de meta una y otra vez en las mejores pruebas del mundo. Por eso un par de años antes, en septiembre del 2007, sintió un subidón diferente cuando por primera vez había podido correr a la par del triatleta más autoritario del planeta, aunque fuese en una prueba mediana, la final del Grand Prix francés en La Baule. «Bajé de la bici y corrí realmente duro durante los primeros dos kilómetros y medio. Estábamos solo cuatro, el flamante campeón del mundo Javier Gómez, Will Clarke, Stuart Hayes y yo. Pensé: ¡Guau! ¡Estoy corriendo con Gómez! Al tercer kilómetro él de repente lanzó un ataque y salí tras él. Sentí como si estuviese esprintando al máximo solo para aguantarlo. Una idea seguía martilleando mi cerebro: ve a por él, ve a por él, ve a por él. Will y Stu se descolgaron. Pero no podía soportarlo. Seguí a Gómez durante tres kilómetros zancada a zancada hasta que me quedé atrás. Will y Stu remontaron para ganarme en el esprint final. Pero para mí lo importante no era eso. Intenté ir con el mejor corredor del mundo, en un momento en el que él lo estaba dominando todo, cuando nadie lo habría siquiera pensado», recuerda Alistair en el libro en que repasa la mayor rivalidad de la historia del triatlón.

Aquel año y medio entre el Grand Prix de La Baule y la segunda prueba del Mundial del 2009, en Washington, había transformado a Alistair de promesa en alternativa. El inglés enlaza otro triunfo en Estados Unidos y alumbra otra pequeña revolución en el triatlón. Le da una vuelta de rosca a todos los segmentos. Endurece las carreras desde el primer kilómetro hasta el último. Y especialmente devastador resulta su 10.000 final, en el que no deja ni un segundo para oxigenarse. Se lanza a tumba abierta después de la transición, ejecuta un cambio colosal para el que solo él está preparado. Con esas armas, el año se convierte en un paseo triunfal. Javier consigue una victoria parcial, lo derrota en el Europeo de Holten (Holanda). Es uno de los pocos momentos que le permiten adelgazar el rostro de preocupación. Se prepara a conciencia para la gran final del Mundial en la Gold Coast (Australia), pero

de nuevo el británico se cruza en el camino. Alistair llega a coquetear con bajar de veintinueve minutos (29.04) en la parte a pie. Un tiempo estratosférico.

«El desenlace de Gold Coast fue diferente a la tónica general de esa temporada, cuando todas las pruebas habían sido rápidas desde el principio, con bicis muy agresivas en las que se rompía el grupo. Aquí, en un circuito plano y con buena carretera, el grupo se paró bastante y el segmento de ciclismo fue un trámite antes del final a pie. Yo estaba corriendo muy bien y pensaba: “Vale, vamos a hacer un 10.000 frescos, a ver cómo responde Alistair”. Salimos muy fuerte y al tercer kilómetro habíamos descolgado al único que nos aguantaba, un Frodeno que no daba crédito a la velocidad a la que íbamos. Nos quedamos solos y le cambié de ritmo varias veces y finalmente en el último kilómetro me machacó. Había hecho la carrera a pie más rápida de mi vida, pero no había sido suficiente». Un sufrimiento compartido. En las piernas y la cabeza aquella victoria obligaron a su rival a atravesar el infierno a pie. «Tuve que dar cuanto tenía, vaciarme todo, para ganar la prueba. La carrera fue muy igualada: Gómez atacó despiadadamente, una y otra vez, y yo me exprimí para adelantarle, solo para mostrarle que podía. Nunca antes había estado en una batalla tan psicológica», recuerda Alistair en su libro. «El lanzó un ataque final tremendo en la colina de la tercera vuelta. Lo rebasé en lo alto, eché un vistazo a su cara y supe en aquel instante que había ganado».

En el Europeo de Holten ganó Javier; en la final del Mundial de Gold Coast venció Alistair. El dolor extremo alcanzó a ambos. Para el británico, esas dos pruebas representan el mayor umbral de sufrimiento físico que han experimentado juntos en toda su vida.

La temporada siguiente, ya en 2010, el británico no comparece por lesión en las primeras pruebas. Y a Javier unas molestias en la cadera también lo alejan de la competición y de los primeros puestos del podio. El pulso entre los dos favoritos se pospone. «Empecé con los problemas cuando me preparaba en Noosa (Australia). La lesión me tuvo un mes y medio sin correr e hizo que me perdiera la primera carrera en Sídney. Fue un momento duro. Tenía ansiedad por volver a ganar después de tantos segundos puestos del año anterior y había completado un invierno bueno. Así que la lesión fue un palo duro. Tanto que un día me fui a una tienda de música en Noosa, me compré una guitarra y me pasaba el día tocando para tratar de evadirme y no pensar demasiado».

Jan Frodeno, el oro en Pekín, se beneficia de la circunstancia y se pone al frente de la clasificación. Cuando regresa al tope de su potencial, Javier derrota a Frodeno en Hamburgo; y solo siete días después, en Londres, ya con Alistair recuperado, desmonta al británico a poco más de un kilómetro de la meta con un cambio endemoniado. El inglés, que lo perseguía soldado a su sombra, se queda sin fuerzas. Hasta tal punto, que entra caminando y lo tienen que sostener al cruzar la llegada lejos de los primeros puestos. Frodeno es tercero en la meta. Pero esas dos exhibiciones, más su posterior plata en Kitzbühel, le sirven a Javier para volver a

poner a tiro el Mundial antes de la gran final. Los cálculos son complejos. En Budapest precisa ser primero o segundo y que Frodeno entre al menos cuatro puestos por detrás.

No semejaba factible. Todos creían que el alemán conseguiría subirse al podio. Había un helicóptero preparado para trasladar a Frodeno a Alemania, donde le esperaba una recepción con los honores de un gran campeón. Pero el día amaneció lluvioso y frío, y a Frodeno ese invierno dentro del verano se le sumó al peso de la responsabilidad. Y, de pronto, el cuerpo le dijo que no y la cabeza no supo hacerle cambiar de opinión. Se desfondó en el último 10.000 y acabó en el puesto 41. Ni siquiera figuró al final entre los tres primeros de la general del año. Javier, que controló la carrera a pie a su antojo, fue segundo en Budapest. Alistair lo superó en un esprint que él ya no necesitaba disputar.

Era bicampeón del mundo. Un premio para una temporada repleta de dudas. Y dura, terriblemente dura, en el aspecto psicológico. De nuevo, las lesiones. Y, por primera vez, la sensación de que quizás se le había empezado a secar el combustible. Pero su determinación en el tramo decisivo había borrado la agonía. Le había permitido volver a creer. «Hubo momentos muy difíciles. No quería correr. Tenía miedo de que le pasara lo del talón, que si se echaba a correr, acabaría fastidiando la cadera por una fractura de estrés. Y de ahí vino su peor racha de resultados. A principios de año tuvimos que hacer una labor minuciosa para convencerlo de que estaba bien», explica Nicolás Bayón. «Y entonces enganchó Hamburgo y Londres... y todo volvió a ser como antes». La historia le devolvía lo que Frodeno le había quitado en Pekín 2008. Allí lo tenía todo para ganar y ni siquiera entró en el podio; en Budapest, al alemán solo le faltaba el último esfuerzo para alcanzar el Mundial y terminó engullido por la regularidad de Javier.

De todas formas, es consciente de que antes de los Juegos de Pekín, la medida de todas las cosas era él. En cambio, en esta campaña había constatado que Alistair era imparable cuando estaba bien. Y esa idea fue anidando en su subconsciente.

«Quizás yo soy más regular, puedo rendir en otras distancias, terrenos... en ese sentido soy mejor triatleta», echa la mano a la cara y desvía la mirada hacia el té que todavía humea encima de una bandeja. Lo hace como un acto reflejo, como si se ruborizase al tratar de profundizar en el debate sobre cuál de los dos es mejor. «Pero a Alistair le he visto hacer cosas que jamás le había visto a nadie».

«Tranquilos, que corro yo»

Y la mente se libera.

Durante hora y media no ha parado de procesar información. Vigilar rivales. Calcular diferencias. Actualizar estrategias. Intuir debilidades. El triatlón se decide en tres partes, se piensa, se sufre, se espera. Al guion previsto lo sacuden giros inesperados. Pero el nudo de la historia vuelve a cambiar en un instante. Hasta aquí. Ya todo es simple. Solo, junto a Jonathan Brownlee, tiene nueve kilómetros por delante para alcanzar su tercer Mundial. Casi media hora para palpar las costuras de su rival. Si encuentra espacio para soltarlo pronto, lo intentará en su zona preferida, cuando el camino se empine. Si intuye robusto al inglés, se resignará a confiarlo todo al esprint final. En su memoria, visualiza los dos escenarios como si los tuviese ahora ante sí, una película que ya vivió con final feliz otras veces junto el menor de los hermanos.

Segunda vuelta al circuito. El público va quedando atrás. Y Javier procesa el griterío casi ininteligible a favor de Jonathan como si recibiese él las palabras de aliento. «Por primera vez en toda la carrera, me convencí de que ganaba el Mundial. Hasta entonces, todo era complicado. Porque para ser sincero, en el grupo de bici no había visto a nadie en condiciones de superar a Alistair, como yo necesitaba». Pero la cabeza puede ahora pensar demasiado. Y por un instante, en un punto de giro, ve como aquel triatleta que antes se retorció de dolor ahora rebasa rivales. «¿Y si sigue adelantando y luego Jonathan lo espera y le deja terminar segundo? En esa situación ya no dependería solo de mí». ¿Está realmente tan lesionado? «Luego lo ves a las cinco de la mañana en una discoteca, o haciendo trekking en el Kilimanjaro. Algo no te encaja. Así que no nos creíamos del todo la lesión. Pensábamos más en que, al hablar del pie, estaba tratando de manejar el estrés», se sincera Carlos David Prieto. Lesionado o superado por la situación, al final de otra temporada extenuante, el favorito vuelve a descolgarse del grupo. Quinto, sexto, séptimo... Adiós, Alistair.

Tercera vuelta. Un abismo divide la final de Londres en dos pruebas distintas. Un par de caballos desbocados galopan hacia el título. O el subcampeonato. Por detrás, ya lejos, otros cincuenta permutan sus plazas, algunos rebasan rivales engullidos por el esfuerzo, otros sienten las piernas tiesas y ya intuyen el puesto final que les concederá esa aritmética del Mundial que prima el último evento. Por libre, la figura desgarrada de un aspirante en tierra de nadie. Alistair ya se mueve por la carrera ajeno a cualquier código. Se para cuando su camino se cruza con el de Jonathan. Grita y gesticula como un hooligan, le pide cabeza a su hermano pequeño. ¿Cabeza? ¿El triatleta más impulsivo del mundo? «A veces puede parecer un loco. Porque en carrera no obedece a la lógica. También es temible por eso. Ataca en lugares donde parece imposible ganar algo, gasta energía sin nada a cambio. Al final el cuerpo lo paga. Lo había pagado esta vez», razona el entrenador de Javier.

Suena la campana. La última bala antes del esprint. Con el puente que cruza el

Serpentine en el horizonte, Javier prueba un cambio de marcha, en subida, durante un minuto largo. Jonathan aviva la respiración y responde como el fantástico rival que es. Afloja uno y afloja el otro. Las fuerzas no dan para más. El año se decidirá en un esprint. No vale la pena desgastarse en más cambios de ritmo. «¡Cómo podía estar pensando tantas cosas! Señal de que iba bien». La táctica ralentiza ligeramente el diez mil final a pie. ¿Qué esperar de la recta de meta? Justo doce meses atrás, Javier había batido a Jonathan en los metros decisivos de la final de Auckland. Quince días antes, le había arrebatado en los últimos pasos la segunda plaza de Estocolmo. Dos recuerdos ahora vívidos para alimentar su confianza. Sí, llega en mejor forma que nadie al último kilómetro. Alistair ya no existe. Vuelve a intuirse el mejor, pero debe demostrarlo en la alfombra azul.

En el otoño de 2010 Javier tenía todavía veintisiete años, pero aún le faltaba el podio olímpico. Ahí empezaba el camino a los Juegos de Londres. Una estrategia arriesgada al condicionar dos temporadas en plenitud por un solo objetivo. Competiría menos antes de la gran cita de Hyde Park para que justo allí aflorase su pico de forma. 2011 sería el banco de pruebas. Y el Europeo de Pontevedra, la ciudad donde vivía, una especie de ensayo general. Debía volar ese día de junio y testar su rendimiento.

Pero ese pausado viaje a los Juegos encerró luego tantos contratiempos que se pasó dos años resolviendo problemas junto a su equipo, buscando soluciones, alterando el plan inicial a la terca realidad.

Tras la concentración en Australia, se desperezó con un quinto puesto de rodaje en Mooloolaba y firmó un triunfo épico en la bahía de Sídney, primera parada del Mundial. Arrancó en posiciones de privilegio, pero estaba a punto de firmar una de las remontadas de su vida, la remontada de su vida. Pedaleaba el grupo medio a ciegas, sobre un circuito que no había podido ni probar, y los cuarenta kilómetros sobre la bici se convirtieron en un juego de sorpresas. De pronto cruzaban una mediana, al rato se encontraban giros bruscos sin señalizar, algunos triatletas sufrieron las primeras caídas y una fina capa de lluvia, una película que se mezcla con el aceite que siembran los coches sobre el asfalto, completó el cuadro. Javi se fue al suelo. Más rabia que dolor, ajustes en la cadena y puesta en marcha. Culebreó por un circuito técnico y, cuando bajó a correr, tenía a medio centenar de rivales por delante. Diez kilómetros para sentir de nuevo un placer casi olvidado, el de adelantar contrarios, cinco, diez, veinte, en una caza despiadada. La adrenalina anestesió el dolor de la caída sobre la cadera. «Planeé la primera vuelta al máximo para ver adonde podía llegar». En ese paso inicial por la meta ya era sexto, cada vez más cerca de los de siempre, los Brownlee Brothers. Cada adelantamiento se volvió más caro. «Vas más rápido que todos y te creces. Corría con rabia. Me veía superior». Alistair se cayó en un giro. Y Jonathan sacó la bandera blanca a ochocientos metros de la línea de llegada. Javier ya tenía una victoria redonda en Australia.

Vigente campeón mundial, todavía seguía montado en la ola buena, pero se desplomó en solo unos meses, envuelto en preguntas que no siempre tenían una respuesta clara.

El desastre nuclear de Fukushima frustró la cita de Yokohama y el Mundial continuó en Madrid, un circuito donde le merma una contumaz alergia. En la Casa de Campo Alistair y Jonathan solo le dejaron el bronce. Pero el verdadero reto llegaba veinte días después, en Pontevedra, ante su gente. La cita en casa recreaba la presión y la ilusión que encontraría 14 meses después en los Juegos.

Por tiempos, sensaciones y descanso, la puesta a punto parecía perfecta. El día salió caluroso como casi nunca en Galicia. Y a la incomodidad de Javier se le unió una sombra que molestó todo su recorrido. El británico Harry Wiltshire. En el agua lo sumergió un par de veces, le cegó el paso hacia la boya, lo llevó contra las rocas. En la primera transición lo atascó y, ya subidos a la bici, entorpeció los relevos. Hasta que el grupo perseguidor en el que se repartían los esfuerzos comenzó a gritarle. Javier tragó agua a nado, se ahogó en estrés, quedó rezagado y tuvo que remontar en el tramo ciclista. «Iba muerto, con sensación de sed. Empecé a correr por honor. A pie los Brownlee se fueron muy pronto, así que pensaba ya en una tercera o cuarta plaza». Las piernas remoloneaban, faltaba el aire. Vio pasar rivales. En una zona medio oculta por el graderío de la recta de meta del Estadio de la Juventud, se paró. Quizá lo mejor era retirarse y zanzar esa agonía. Y de pronto escucha una voz familiar. «Voy suave, ven conmigo. Ha venido toda esta gente a verte y tienes que acabar. Hazlo por ellos». Iván Raña, su viejo amigo, le rescataba en uno de los instantes más amargos de su vida. Continuaron hablando. Conversación para anestesiar la frustración. Puestos 40 y 41 para dos gigantes, un palo para Javier similar al de Iván en Atenas 2004, cuando había entrado junto a Robertson, ya peleando solo por migajas.

«Javier, queremos hablar contigo sobre lo que pasó en la natación, para conocer tu punto de vista», le pide Enrique Quesada, el responsable de los jueces de la ITU, nada más cruzar la meta. Una de las causas del hundimiento tenía nombre: Harry el Sucio, como le apodaron en Pontevedra. ¿Qué había fallado? ¿Otra vez el calor? ¿La falta de hidratación? ¿La alimentación? Le costó abandonar la zona de la carrera. Estaba en casa y no podía irse de allí sin pararse con amigos y conocidos. La noche se hizo larga, y al final solo una idea se abría paso entre tanta confusión. «El equipo británico iba a llevar a los Juegos a los Brownlee más un gregario, porque el criterio que habían fijado en el Reino Unido para conseguir la plaza por méritos objetivos era inalcanzable para el resto. Y pensé que Harry había venido como un matón, a por mí, para convertirse en olímpico. Lo que tengo claro de todo el caso es que Harry no salió a hacer la mejor competición posible, como el resto de atletas. Salió a por mí, a complicarme la vida desde que me encontró en la segunda vuelta de natación, utilizando cualquier medio para que yo no acabara la prueba o terminara sin opciones de podio. ¿Por qué? No tengo ninguna duda de que alguien le indicó que lo hiciera.

Había competido contra Harry muchas veces y nunca había tenido problemas con él ni se le conocía por ser agresivo. Resultó muy frustrante para mí por cómo había preparado esa carrera. Jamás había vivido una situación así en este deporte. El calor me pasó factura, desde luego, pero el estrés y el sobreesfuerzo de la lucha con Harry me eliminaron completamente. Pasé de ir cómodamente instalado en la quinta posición en el agua a perder más de veinte posiciones en tan solo trescientos metros».

Como un gabinete de crisis, su entorno más cercano se sentó a hablar tras el sexto puesto de Hamburgo. «El deporte no es una ciencia exacta. Intentamos aprender de ese palo de Pontevedra. Eliminar aún más factores de riesgo. Debíamos tener aún más cuidado con la alimentación y la hidratación en días de tanto calor», apunta Omar González. Javier escuchó también a su padre, a Nicolás Bayón, a Paco Villanueva. Quizá solo necesitaba ganar para oxigenar la mente. Así que cogió confianza en la asequible Copa de Europa de Banyoles antes de volver al Mundial. Cuarto en Londres víctima de una escapada, segundo en Lausana —donde agarró el subcampeonato del Mundo en distancia esprint, tras Jonathan, pese a sufrir unos días antes un proceso febril— y sexto en la gran final de Pekín. Ahora Alistair igualaba los dos títulos mundiales de Javier.

El resultado de China era frustrante, aunque le bastase para amarrar el bronce del Mundial 2011 y la plaza olímpica.

Otra vez la misma duda. Quizá había competido demasiado, quizá había sobreentrenado. Primero, obsesionado con el Europeo en casa; y luego, dolido por ese revés. En los dos días clave, en Pontevedra y Pekín, se volvió intrascendente, apagado por la fatiga.

Héroe en Sídney, subcampeón mundial esprint en Lausana y bronce en el Mundial de distancia olímpica. Incluso así, despedía su año más pobre desde el fin del veto, 2011. Si antes tenía un problema con Alistair, ahora tenía dos porque había emergido Jonathan. Wiltshire fue sancionado con seis meses sin competir, después de un proceso largo que incluyó videoconferencias desde distintas partes del mundo y el relato de varios testigos. Pero ya no había reparación posible para el derrotado. Ya al día siguiente de la prueba se había disculpado con Javier, sembrando el hilo de la sospecha de una maniobra orquestada por los británicos. «Me dio a entender que tenía instrucciones. La realidad es que fue a Pontevedra a acabar conmigo». La novia de Harry también admitió en una conversación privada que había actuado movido por alguien.

Con el tiempo el episodio fue quedando atrás. Para ir con más calma en la temporada olímpica, Javier empezó a entrenar todavía antes. Y reforzó algunas voces en su equipo de trabajo. Ninguna le producía más confianza que la de Nicolás Bayón. «Cobró un papel más importante a nivel técnico en los entrenamientos a pie. Ya no era solo un consejero. Nos guiamos más por lo que hacían la mayoría de fondistas de Estados Unidos. Pasé a entrenar más controlado por el pulsómetro para no pasarme de ritmo al inicio de la temporada. Evitaría el error de cuatro años antes en Pekín. Al

estar tan bien tan pronto, o te viene una lesión, o te fundes de cabeza, o tienes fatiga». Enseñanzas que solo calan con el paso del tiempo, porque el deportista casi siempre quiere entrenar más y competir pronto para probarse.

La apuesta cambió. Elevó las horas de gimnasio, los ejercicios de propiocepción y fuerza específica y la musculatura del glúteo. La sangre solo podía bombear a unas pulsaciones determinadas en cada etapa. La mayoría de sus rivales siguieron pegados a la rutina. Concentración en Australia, Copa del Mundo de Mooloolaba, Series Mundiales de Sídney... «Yo estaba en casa. Con ese pulso tan bajo, corría el diez mil en 31 minutos y pico. Y Nicolás tenía que tranquilizarme. “Aún con ese ritmo, habrías ganado esas pruebas. Ya habrá tiempo de que revientes. La preparación fue muy progresiva, enfocada a un solo objetivo y con pocas competiciones de preparación para no interferir en los entrenamientos. Estuve más tiempo en Pontevedra y en lugar de ir a Australia volví a Sudáfrica parte del invierno, ya que el viaje resulta más fácil, sin cambio horario. Con la única idea de prepararme, sin ninguna competición».

Soltó las piernas con una victoria fácil en Miami, en una carrera sin *drafting* sobre la bici y, por fin, casi un año después de su última victoria, volvió a exhibir toda su jerarquía en el Europeo de Eilat, donde solo faltaron los Brownlee y manejó la prueba con plena autoridad. Un oro para alimentar su confianza y creer en lo que hacía. Al menos durante unos días. Porque el fatalismo no le abandonó. Un par de semanas después, estaba postrado en la cama. Jarras de té y zumos de fruta formaron su dieta durante la enfermedad, el sudor le empapaba por la noche, los médicos debatían sobre el diagnóstico y el tratamiento, y el termómetro se disparaba por encima de los 40 grados. «Al no remitir la fiebre, a veces se hace una cobertura antibiótica, pero en esas fechas habríamos sentenciado sus opciones en los Juegos. Se tomaron decisiones clave que al final lo salvaron», recuerda Bayón con esos ojos abiertísimos con los que grabó desde el principio la carrera de aquel niño que no tenía límites. Y a continuación comparte su admiración por la respuesta de un cuerpo y una cabeza privilegiados. «Si sientas durante diez días a cualquier atleta olímpico en un sofá, te advierte que no va a los Juegos. Pero Javi tuvo el valor de volver a prepararse otra vez sin apenas tiempo». Su círculo sospecha que en aquel avión de camino al Europeo de Eilat pudo haberse contagiado de Marina Damlaimcourt, que habría viajado ya tocada con mononucleosis y un parvovirus.

Sídney y San Diego habían sido sus dos primeros descartes en el Mundial, que ahora era lo de menos. Así que en Madrid no se arrastraría sin fuerzas. Por primera vez faltó en la Casa de Campo. Su sensación era horrible y los datos de los entrenamientos le enviaban señales aún más preocupantes. El parón en mayo había debilitado sus piernas y quebrado su ánimo. Once días duró la tortura. Hasta que Bayón le aconsejó salir a caminar por Mourente, alrededor de su casa. Al regresar, agarró el móvil. «Nicolás, no me veo corriendo ni hoy ni dentro de un par de meses».

El joven triatleta Óscar Vicente le marcaba el ritmo en la pista. «Si no me ganas el

domingo en Canet, no lo harás nunca», lo picó Javier antes de la liga española de clubes. Mientras sus rivales se zurraban en el Mundial, el triatleta más grande hasta la fecha se descomponía en cada segmento de una prueba menor. «Salí vigésimo del agua después de una natación malísima, pero enganché pronto en bici, en un grupo de siete en el que no había nadie más de mi equipo, el Fluvial. Una excusa para no dar relevos. Pero algo fallaba. Bajaba piñones y no había manera de encontrar la cadencia. Al final a pie me quedé solo con Vicente Hernández, cambié el ritmo de farol y abrí un hueco definitivo para ganar. No estaba bien.

«Cuando volví a los entrenamientos, la primera sesión dura en la pista fue de seis series de 1.500 metros, serviría para ver dónde estaba exactamente. Óscar estaba en forma y me ayudaba en las series. Habitualmente él tenía que tirar el primer kilómetro y luego, según yo iba acelerando, algo menos. Ese día marcó siempre el ritmo, y le tenía que pedir que lo bajara porque me quedaba. Si dos semanas antes hacía cada serie de 1.500 a ritmo controlado en 4.10 o 4.15, las estaba haciendo a 4.30 o 4.32 con diez pulsaciones por minuto más de lo habitual. Me costó volver a encontrar sensaciones, pero trabajé más centrado que nunca para que volvieran».

Faltaban apenas dos meses para los Juegos. El parón por la fiebre había devuelto su cuerpo a principios de invierno. El pulso y el cronómetro eran implacables. Solo cabía esperar a que el sol volviese a salir gracias al ejercicio que había acumulado ese año 2012 antes de la enfermedad. «Como había hecho un tremendo trabajo de base, cuando apretó el acelerador, al final el cuerpo respondió», entiende Omar González. Con descanso, paciencia y perseverancia, se perfilaron sus rasgos, se soltaron las piernas y se aflojó el estrés. El bloque de las seis últimas semanas hacia los Juegos, el trabajo más exigente en la pista, a pulsos máximos, a ritmos de auténtico bicampeón del mundo, podía elevarlo casi hasta donde había previsto al empezar la temporada. Pero solo si todas las piezas encajaban ya sin ningún contratiempo.

Le faltaba competición. Los tres grandes se reencontrarían en Kitzbühel, cada uno arrastrando su particular historia. Javier emergía tras el virus, Alistair reaparecía tras una lesión de Aquiles y Jonathan asumía al fin un papel principal en el Mundial gracias a las ausencias. El mayor de los Brownlee firmó una exhibición memorable, el pequeño siguió su estela y Javier se tuvo que conformar con el bronce. «Hice un carrerón, intenté aguantar y, al final, salí desmoralizado. Alistair había aparecido por primera vez en Austria y nos había dado un repaso. Se escapó con su hermano en bici, los alcanzamos y volvió a irse al inicio de la carrera a pie. Hizo el 10.000 en un minuto menos que el año anterior, cuando también había ganado. ¿Cómo se le gana a alguien así? A Jonathan lo veía más asequible. Lo más positivo de esa carrera fue que superé al sprint a Bryukhankov y Polyanski».

Añoraba la garra que solo aflora al enfrentarse a una prueba tras otra. Faltaban 17 días para que sonasen los himnos en Hyde Park y también Richard Murray fue capaz de ganarle sobre distancia sprint en Hamburgo. Pero cada entrenamiento alimentaba ahora poco a poco su confianza. Era otro. En las series no se vaciaba hasta la tortura

como en las horas previas a sus anteriores Juegos. No hacía falta. Había recuperado la ligereza sobre el mismo tartán donde un año antes había querido retirarse del Europeo de Pontevedra. En cierto modo se debatía entre dos ideas encontradas. Sentía que Alistair y ahora también Jonathan le superaban de forma habitual, pero ejecutaba entrenamientos en tiempos estratosféricos.

A su alrededor, se intentaban interpretar datos como quien desentraña un jeroglífico. ¿Hasta qué punto iba a llegar en el instante óptimo a la cumbre olímpica del 7 de agosto?

«Volaba. Pero no sabíamos si aún era capaz de algo más», coincide su entrenador de entonces, y añade un matiz: «Quizá estaba tan fino como los Brownlee, pero entre la enfermedad y las últimas derrotas, sobre todo en Kitzbühel... Tan importante es llegar fuerte físicamente como sentirse ganador mentalmente. Y eso aún no lo tenía».

La apertura de los Juegos la disfrutó por la tele desde Pontevedra. La mística de la ceremonia le atraía, pero asistir no era lo apropiado once días antes de competir. Y, cuando en su fuero interno se debatía entre el placer y la obligación, el resultado siempre caía del mismo lado. No vería encenderse el pebetero. Apuró los días en casa hasta que un comentario inocente en las redes sociales le situó en medio de una monumental polémica de trazo grueso. Lamentó que el fútbol olímpico no reuniese a los mejores y que el juego sucio —engaños al árbitro, caídas simuladas, protestas— iba contra el espíritu de los Juegos. Algunos medios generaron tal revuelo que, solo unas horas después, Javier se explicó más pausadamente en un amplio comunicado donde argumentaba sus recelos.

El fin de semana previo a la prueba viajó a Londres. Renunció al bullicio de la Villa Olímpica de Stratford para acomodarse en un coqueto hotel de Kensington, nadar en su piscina de siempre en el centro de Londres, correr y rodar por Hyde Park y minimizar todas las distracciones que acompañan a los Juegos. Ganar era ahora más difícil que cuatro años atrás en Pekín. Pero la presión era inversamente proporcional a su favoritismo. Eso lo tranquilizaba. No tenía la ansiedad de verse señalado por todos ni la preocupación por la lesión en el pie que había acompañado su anterior experiencia olímpica. Pese a las dificultades de los meses anteriores, todo fluía de otra forma. Tras la cena la víspera de la carrera, empezó a rumiar un temor absurdo que se retroalimentaba a medida que le daba vueltas. ¿Y si no era capaz de dormir? ¿Y si no encontraba el descanso apropiado? Se retiró a su cuarto muy pronto, sufrió las voces que escupía la televisión de la habitación de al lado, dio golpes en las paredes de papel de fumar para pedir respeto y, justo cuando salía al pasillo para quejarse, cesó el ruido. Suavemente, le envolvió el sueño.

Por la mañana, descorrió las cortinas, comió un plátano, hizo unos ejercicios en la habitación y salió a correr. Ya estaba en marcha. En la cafetería del hotel, donde todo el personal habla español, un establecimiento cómodo hasta por su escaso número de habitaciones, donde cualquier voz se oía en toda la planta baja, le saludan dos rostros tensos hasta el dolor cuando llega para desayunar.

Javier los mira y esboza una sonrisa. «Vosotros tranquilos, que corro yo».

Junto a Omar, como en los días cumbre de cada temporada, le arropaba en Londres Javier Theilacker, su mánager. Lo había conocido unos años antes, al ligar su imagen a la multinacional de la representación IMG, pero cuando se cerró aquella etapa continuaron juntos y el vínculo se volvió de amistad. Theilacker gestiona patrocinios internacionales y la relación con grandes eventos, y aporta su ingenio al grupo en momentos puntuales del año, cuando todo se enmaraña.

Javier pedaleó hasta el parque, alucinó con la cantidad de gente apostada junto a las vallas desde tan temprano, guardó la bici, hizo un par de progresivos a pie para desentumecerse y nadó en el lago ya con el neopreno de competición. Todo estaba listo... Menos sus zapatillas. Cuando entraba en la cámara de llamadas alzó la vista y distinguió a su padre gesticulando y braceando. Las zapatillas no estaban en su sitio en la zona de transición. Colocó el material y regresó a su puesto ya sin apenas margen. En Londres firmó un triatlón para enseñar en las escuelas. En cada segmento calcó la estrategia predeterminada. Nadó a los pies de Varga para formar un primer grupo ciclista de cinco unidades, que completaban los Brownlee y el italiano Alessandro Fabian. Por detrás se unieron otros diecisiete triatletas, pero los ojos de Javier no llegaron ni a identificar a la mayoría. El peligro se reducía a dos siluetas de mono azul marino. Amagaron varias veces con arrancar, escarceos que controló siempre desde posiciones adelantadas. En otro arreón también apareció la figura rotunda de Jan Frodeno, el defensor del oro de Pekín, para estirar el grupo y abortar la fuga del mayor de los hermanos. Porque los Juegos representan la competición por países, pero las banderas se entrelazan con otros intereses. Javier renunció a presionar para llevar un gregario a Londres. Mario Mola, aún joven para apuntar al podio, y Josemi Pérez tendrían libertad en carrera. Para mover los hilos de la prueba, sobre todo en bici, los Brownlee contaban con el británico Stuart Hayes y algunos otros socios, habituales compañeros de entrenamientos, el eslovaco Varga, el italiano Fabian, el ruso Ivan Vasiliev...

Camino de Buckingham, entre el griterío, la voz del francés Laurent Vidal le trajo buenas noticias: «Jonathan tiene una penalización». Debía parar quince segundos en alguno de los pasos por meta por irregularidades al salir del agua y subir a la bici. Un margen que podía ser decisivo.

Empezó el 10.000 final a pie en la estela de los hermanos. Tras la primera vuelta, 2.500 metros de ritmo con el sello Brownlee, ya estaban los tres solos. Primer alivio. La medalla olímpica parecía encarrilada porque Frodeno y los franceses Vidal y David Hauss iban ya 25 segundos por detrás. Con el bronce en el bolsillo, quiso dejarse ver y se situó segundo, entre Alistair y Jonny, un movimiento acompañado del murmullo del público. Al segundo paso por meta, sus ojos buscan un mensaje en el rostro de su entrenador. Omar veía al favorito con mala cara, pero al final con una mueca le aconseja calma porque cinco kilómetros se pueden hacer muy largos todavía.

«Creo que fue la decisión correcta. Alistair recibía el viento de frente al ir delante todo el tiempo, y Javi marchaba muy justo. Un mes después de la carrera repasamos juntos el vídeo y tuvimos las mismas dudas. ¿Y si hubiera podido ver su cara de sufrimiento? ¿Y si lo hubiese adelantado unos instantes para probar un cambio de ritmo? ¿Qué habría pasado? La decisión de aguantar era la más lógica tal como estaba de fuerzas», razona Omar González.

Para lanzar ese ataque irracional, faltaba en la memoria el recuerdo fresco de un triunfo contra el entonces vigente campeón del Mundo.

Alistair escribió luego que esta vez él tampoco podía intuir el verdadero estado de su rival por la atmósfera irreplicable en Hyde Park. Era incapaz de descubrir pistas. «Cuando corres contra alguien tan a menudo como nosotros hemos competido con Gómez, llegas a saber cómo están corriendo incluso cuando ellos van escondidos detrás de ti: por el sonido de su respiración, por el ritmo de sus pies sobre el asfalto. Esta vez no. No podías oír ni tu propia respiración ni los pies; menos aún de algún otro».

Ya a casi cuatro kilómetros de meta, el primero en derrumbarse fue el menor de los hermanos, que además todavía debía parar para cumplir con su penalización. El mayor reaccionó avivando aún más el ritmo. Demasiado. La diferencia se fue estirando hasta que en la última vuelta las medallas ya quedaron repartidas.

«Durante los cinco primeros kilómetros, sentía que íbamos muy rápido, aunque me veía con margen para atacar hacia el séptimo o el octavo. Pero Alistair fue muy fuerte. No es fácil correr toda la carrera delante, tirar con dos rivales detrás. Fue capaz de incrementar el ritmo poco a poco a mitad de carrera hasta reventar primero a su hermano y, tras una ligera bajada, abrir un pequeño hueco que no pude recuperar. Puse todas mis energías en tratar de seguirle, hasta que se fue marchando. La opción de atacar se desvaneció progresivamente».

Tendido sobre la alfombra azul, Javier estiró el brazo para felicitar al campeón.

La ceremonia se demoró porque el menor de los hermanos había sufrido un desvanecimiento tras cruzar la meta.

«No cometí ni un error. Llegué vacío tras darlo todo. Gané una plata, no perdí un oro. El último 10.000 estaba homologado esta vez también por la federación internacional de atletismo, la IAAF. Alistair venció con 29.07 después de dejarse ir en los últimos metros, así que para ganar yo habría necesitado sobre 28.50, un tiempo que en ese momento estaba fuera de mi alcance tras una bici a casi 45 km/h».

Había sacado también lo mejor de su rival más poderoso. «El momento de la carrera en que empiezas a relajarte depende de contra quien compites. A veces, como en algunas de las batallas que he tenido con Gómez, hay dolor hasta la línea de meta», reflexiona Alistair en su libro. «Muy pocos de los diez kilómetros a pie de un triatlón son tranquilos. El primero será siempre muy rápido, y el segundo no será mucho más lento. El ritmo bajará entonces, antes de incrementarse hacia el final. Necesitas ser capaz de lidiar con esos ataques, aguantar si Gómez lo revienta, o

tomarte un respiro en los dos kilómetros finales después de una hora y cuarenta minutos de brutal carrera».

La duda sobre el preciso estado de forma del subcampeón olímpico se resolvió muy pronto. En las siguientes carreras exhibió un punto más de velocidad a pie. Asaltó la banca en Des Moines, el triatlón Hy-Vee, el de mayores premios del año. De vuelta al Mundial encadenó segundos puestos en Estocolmo y Yokohama, y en la final de Auckland superó al esprint a Jonathan, que se llevó el título de ese 2012.

Javier libraba dos asuntos a la vez. Por un lado estaban sus ciclos de cada temporada, llegar bien a cada carrera, solventar lesiones y contratiempos, pero también mantenía una evolución constante como triatleta. Aunque había fijado el nuevo canon en aquella etapa casi invencible de 2006 a 2008, no había dejado de impulsar mejoras. Pulir las aristas de un cuerpo ya casi perfecto. En la videoteca de sus éxitos faltaban más victorias al esprint. Le costaba superar a sus actuales antagonistas si las medallas se dirimían justo sobre la alfombra azul. Los Brownlee lo sabían, por eso a partir de ese final del 2012 se sorprendieron de la reinención de un deportista a punto de alcanzar la treintena. «Alistair y yo pensamos que en 2012 alcanzó su pico de forma más impresionante, realmente corrió más rápido de lo que esperábamos», asegura el menor de los hermanos.

De hecho, Jonny Brownlee no se imaginaba que Javier lo apuntillaría en la última recta de Auckland. «[El final] se redujo a dos, Gómez y yo, justo como había pasado en Estocolmo, justo como había sucedido antes con Al en Londres. Hagámoslo, Jonny. A quinientos metros del final, los dos estábamos pegados. Su mano derecha chocando con mi codo izquierdo en cada zancada. Solo un esfuerzo más. A doscientos metros apretamos. Gómez no sabe esprintar, o al menos él nunca había sabido antes. Hoy era diferente. Por un momento lo rebasé, pero a cincuenta metros de meta me adelantó de nuevo», recuerda el menor de los hermanos en *Swim, bike, run*. Javier ya podía esprintar y ganar. Era todavía mejor que antes. Un aviso de cara al futuro.

En el epílogo del 2012, Javier alimentó su ansia de nuevos retos con el oro en el Mundial X-Terra de montaña en Maui (Hawái), en su debut en una prueba de ese tipo, sobre terrenos escarpados y paradisíacos, sin tener experiencia en ese campo.

«Ese año me volví a sentir ganador.»

Creerse el mejor, ser el mejor

*P*ara acariciar la cinta de meta con su pecho necesita esprintar en el momento preciso. Con ochocientos metros por delante, tiene espacio para visualizar el final de su vida. Para llevar a su terreno ese instante decisivo idea un desenlace con tres elementos: un ataque en falso que se apaga como una llama en la tormenta, el desgaste del viento en el rostro de su rival y un arreón definitivo en el que aflore ese punto de velocidad que ha buscado durante todo el año. Matices para una escena sublime que termine con un inquietante silencio en la recta de meta. En su memoria se desdibuja ya el recuerdo de la caída que le había hecho tocar fondo al inicio del verano.

Aquellas cuatro semanas de régimen espartano en la soledad de Cabeza de Manzaneda (Ourense), junto a la estación de esquí. Cuatro semanas fascinantes para revestirse de escalador, retorcer un cuerpo necesitado de oxígeno y demostrar su estirpe de ciclista. El desafío ideal para romper la rutina mediada la temporada 2013. El diseño de las Series Mundiales de Kitzbühel incluía un puerto de montaña con rampas de hasta el 22% sobre la bici y un recorrido algo menor que el estándar de la distancia esprint, 750 metros a nado, apenas 16,5 kilómetros de ciclismo y solo 2,5 a pie. Una cierta ventaja en el momento de coronar el puerto austríaco sobre las dos ruedas podría valer el oro. Un triunfo en los Alpes reforzaría su liderato provisional del Mundial. La inercia de la felicidad de la plata olímpica, la intuición de acercarse al nivel estratosférico de Alistair y el aire fresco de otro cambio de entrenador habían dibujado un sobresaliente inicio de 2013 tras desentumecerse en la bahía de San Francisco como el más rápido de los fugados de Alcatraz. Triunfo en Mooloolaba. Victoria tras victoria, como unos años atrás. Su regularidad le aupaba también en el Mundial: exhibición en Auckland, octavo puesto por la fiebre en San Diego y platas en Yokohama y Madrid. En ese instante clave de la temporada, la novedosa carrera en Kitzbühel podía avivar su reconquista o relegarlo otra vez tras los hermanos. Alistair solo había comparecido en Estados Unidos y Jonathan le había superado en las otras dos carreras.

Su cuerpo responde después de tres semanas de concentración en el monte. Sus piernas ganan potencia sin perder frescura a pie. Los últimos siete días de concentración en Manzaneda deben servir apenas para ajustar unas cualidades sin descuidar otras.

En una de esas mañanas frescas de verano, coronado un repecho, se abre un horizonte casi virgen ante sus ojos e inicia el descenso. La felicidad tiene que ser algo parecido a aquella sensación que le invade cuando vence al sufrimiento en una agradable soledad. Aviva el ritmo en el descenso con el alivio de sentir la brisa en la cara, hasta que una mala maniobra lo precipita por el asfalto. Solo los ojos inquietos de Carlos David Prieto, su nuevo entrenador, grabaron la escena. El triunfo en

Kitzbühel pasaba a ser una fantasía.

Parar le convierte en un león enjaulado. Esa misma tarde corre una hora, ritmo suave, para palpar los daños de la caída, contra el consejo de su entrenador. Cada noche le cuesta más conciliar el sueño. Al final aflora la fiebre como consecuencia de las heridas y le cuesta moverse al despertarse cada mañana.

Prieto le había acompañado en ese viaje alrededor del mundo durante 2013. Finalizado el ciclo olímpico, Javier había sentido que su etapa con Omar González se había consumido. El balance era excelente, pero pasar juntos tantas horas durante cuatro años le pedía ahora algo diferente. Y escogió la complicidad de su viejo compañero de habitación en los viajes con el Fluvial, entrenador de aficionados, otro loco del triatlón. El elegido para compartir salidas y someterle a largas sesiones de una especie de psicoanálisis alrededor del globo. Entrenar era comprender, ajustar entrenamientos y cambiarlo todo sobre la marcha. Porque la vida retuerce la planificación de la temporada y en realidad poco se aplica al final como indican los libros.

Sus huesos se habían ido al suelo algunas veces en carrera. Cuando reiniciaba su trayectoria en 2006, echó pie a tierra hartos de encajar golpes en aquel firme resbaladizo de Alexandropoli. Y ya doble campeón mundial, un enganchón de la cadena de su bicicleta le lanzó contra el suelo durante las Series Mundiales de Londres de 2009. Pero ahora era distinto. Aquella brutal caída en Manzaneda, el momento más dramático del año, solo había trascendido para el círculo más cercano de Javier. «Me hice quemaduras de segundo grado en el brazo, la cadera y la pierna, heridas más dolorosas que un corte profundo. Quería seguir y hacerlo lo mejor posible en Kitzbühel, pero mi cuerpo se resentía cada vez más. Durante tres días me subió la fiebre y el dolor se agudizó. Apenas podía dormir. Fue una lástima porque en el último test en un puerto de nueve kilómetros había promediado 435 vatios durante veintisiete minutos, números que me daban mucha confianza para la carrera».

En los Alpes, oculta las heridas hasta que se destapa el neopreno. Pero se derrumba al subir el puerto, huérfano de confianza y sin vatios suficientes para mover la cadena al ritmo de los mejores. Decimotercero.

Había volcado un mes del verano para que, al final, el resultado de Austria ni contase para su clasificación. Quince días después, arrancó un bronce sobre la distancia esprint de Hamburgo tras Jonathan y Alistair. Su puesto de líder era ahora solo aparente, pues incluía ya sus cuatro mejores resultados previos a la final, por solo tres de los Brownlee, de mayor peso que los suyos. Estocolmo, un mes después, le brindaba una mínima oportunidad para mejorar. Solo con un oro o una plata podría descartar ese tercer puesto de Alemania. Pero la temporada le había desgastado como ninguna. ¡Como para añadirle más kilómetros! En contra de su idea inicial ya había ido a Yokohama para aprovechar su poderoso arranque del año. Si viajaba ahora a Suecia, completaría las siete paradas del Mundial previas a la final de Londres. Y en medio había ganado el Europeo de media distancia de Calella, otro reto refrescante

para la mente, anticipo del futuro en largos formatos que podría aguardarle tras los Juegos Olímpicos de Río.

Escuchó a los suyos y decidió. Si quería ganar el Mundial, debía ir a por el Mundial. Al precio que fuese. Correría el 25 de agosto en Estocolmo, volaría después a Iowa para revalidar el IronMan 5150 de Des Moines el 1 de septiembre y finalizaría quince días más tarde en la final de Londres. ¿Una locura? Adelante con la locura. La historia solo recuerda a los valientes.

«Si llego a plantear esa idea en un trabajo para la Universidad, me suspenden. Diseñar una temporada es muy bonito, pero en la práctica hay que adaptarlo todo a la fatiga, a las sensaciones de cada semana, a las enfermedades, al extravío de una bici... Creo que ningún deporte exige semejantes esfuerzos. Hoy sufres en un continente y pasado mañana en otro. La gente se asombraría al ver entrenar a Javi. Ahí radica lo realmente sorprendente. La determinación en cada sesión, como si el día anterior no hubiese existido», razona Carlos David Prieto.

En marcha estaba un desafío a la lógica, al que se le iba a añadir otro incordio. Días antes de viajar a Estocolmo, el tendón le dio un aviso que lo devolvió a la camilla del fisioterapeuta dos sesiones al día, un recordatorio del estresante 2013 al que había sido sometido. Encajar dos visitas al día al recuperador en pleno verano convierte su horario en una especie de Tetris asfixiante. Jornadas en las que también reparte cinco sesiones de entrenamiento, comidas, descanso... En esas circunstancias, cuando asoma una lesión o siquiera una molestia, se vuelve invisible, olvida el teléfono y las veinticuatro horas del día piensa en triatlón. Un bucle de preocupaciones y entrenamientos que retroalimenta el estrés.

El intento de Suecia deja un rastro de señales contradictorias. Vence Alistair gracias a un ataque en bici mientras Varga y Jonathan tapan a Javier cuando se descolgaba tras dar la cara en un relevo. Aun así, ya en la treintena, brinda una demostración inédita a pie, con un tiempo para las hemerotecas, diez mil metros en 29.02. El mejor parcial registrado jamás en distancia olímpica. Ese ritmo, que brota de la rabia, ofrece claroscuros. Descolgó a Jonathan por las calles del centro, aunque no llegó a cazar a Alistair. Esa plata le permite descartar el bronce de Hamburgo para la general del Mundial, pero ahora le relega en la clasificación tras los dos Brownlee. Sumas y restas sobre las que, en realidad, se imponía lo esencial. El ritmo de sus piernas en el tramo clave de la temporada representaba un mensaje nítido con matasellos hacia Hyde Park.

Reeditar el título del Mundial de IronMan 5150 en Des Moines le obligó a diseñar entrenamientos casi en penumbra, a encadenar vuelos sin apenas adaptar sus biorritmos al horario americano. Ganó en Iowa y regresó crecido de confianza. «Durante algún tiempo Javi había llegado a considerar a Alistair casi invencible. Me empeñé en hacerle ver que su regularidad y la variedad de carreras en las que triunfaba (la media distancia, la montaña o las pruebas sin *drafting*) le hacían superior. Desde Hamburgo le había aconsejado que los Brownlee debían verle la

espalda en carrera. Tenía que probarlos, para que supiesen que ya podía echarles un pulso a pie», recuerda la voz que más escuchó durante meses, de la mañana a la noche. Ese baño de autoestima terminó calando.

Ese intangible le impulsa ahora que ejecuta el plan definitivo en Londres. A 500 metros de meta, adelanta a Jonathan por su derecha, lo justo, sin llegar a distanciarse siquiera, y a continuación afloja como si le faltasen fuerzas. Si el cebo funciona, dejará que el inglés le adelante cuanto antes para que se desgaste con el aire como quien traga un veneno. Y el menor de los hermanos, que compite en casa, responde al estímulo unos segundos después, en la recta más desprotegida de la corriente de aire. La megafonía anuncia el relevo y el público jalea la maniobra de un título encarrilado. Va delante, pero no encuentra una marcha más para descolgar al español. Javier avanza escondido en su estela, a solo centímetros de la valla, paciente. Reserva lo poco que puede guardar en semejante momento del año y de la carrera. El circuito ofrece un suave viraje a la derecha y se abre a sus pies la alfombra azul, apenas metro y medio detrás de las huellas de Jonathan. El momento de salir del rebufo en un hectómetro de leyenda. Contiene la respiración y necesita 20 metros para alcanzarlo. Durante otros 30 corre casi en paralelo, sufre lo indecible, pero la silueta del inglés se descompone, y ya es consciente de que el título es suyo. Y completa los 50 definitivos con el chute de saberse otra vez el mejor. Lo acompaña el silencio que sucede a la tempestad, un sigilo sobre el que se alza un grito liberador.

«*Fuck, yes!*».

Una expresión malsonante en boca de un hombre modélico, que siempre ha tenido un comportamiento intachable, que ha sabido ganar, pero, sobre todo, que ha digerido la derrota con honor y deportividad. Nunca un mal gesto hacia un rival, nunca una excusa y nunca una palabra subida de tono. Solo ahora. Porque esto significa demasiado. Es la culminación de horas y horas de entrenamiento; de haberse sabido sobreponer al paso del tiempo, al relevo generacional; de haberse adaptado a ese ritmo infernal que le proponían los Brownlee. Otro, después de haber sufrido todo lo que él había sufrido en el pasado, habría abandonado. Se habría dicho que ya era suficiente. Pero él solo entiende la vida como un ejercicio de superación personal y ese era un punto y aparte. «Al día siguiente varias personas me preguntaron qué había dicho al levantar la cinta. Y la verdad es que no lo sabía. Volví a ver el vídeo por curiosidad y me reí al leer mis labios. La verdad es que “juro” muchas veces en inglés, y en ese momento me salió así después de tanta tensión y esfuerzo contenido, ya que había conseguido lo que parecía imposible. Tras ocho carreras por todo el mundo se había decidido el mundial en los últimos 20 segundos, en casa de mi principal rival y donde el año anterior me había proclamado subcampeón olímpico».

Sobre el silencio que retumba en todos los rincones de la zona de llegada, se multiplican ahora las voces familiares que le dan armonía a la escena. Escucha nítida la de Theilacker, que le regala el primer achuchón. Instantes después, Mario Mola alcanza el bronce, y el abrazo entre los dos españoles cierra el círculo que habían

abierto chocando sus palmas en plena carrera de Auckland cinco meses antes. De nuevo en la cumbre, la consecuencia de tantos pequeños detalles para reinventarse.

Tirado sobre la alfombra azul, Jonathan se levanta para felicitar al campeón. ¿Qué decirle al derrotado cuando uno se siente la persona más dichosa sobre la Tierra? «Lo siento, tío».

Jonathan todavía se preguntaba de dónde había sacado fuerzas para rebasarlo a un palmo del final. «Me adelantó a falta de un kilómetro y lo agradecí porque había viento en contra. Pero en realidad él no me pasó con fuerza, así que yo creía que él debía de estar cansado. Después de derrotar a Alistair en Hamburgo aquel año, yo pensaba que tenía un buen esprint, y sentía que ganaría hasta que Javier me adelantó a diez o quince metros de la meta».

Javier tiene con Jonathan una relación más franca que con Alistair. En la victoria y en la derrota. El hermano menor ya se había disculpado de la maniobra que le había tapado en Estocolmo, cuando Alistair se fugaba en bici, y ahora reconoce al campeón con elegancia. Ya cuando había digerido el bronce de los Juegos en Hyde Park, por detrás de Javier, dejó escrita su admiración: «No tengo problema, además, por ser derrotado por Gómez. Es un gran triatleta. Debió haber ganado el oro en los Juegos de Pekín, y es un buen tipo. Pero me impactó lo rápido que corrió. Aquello fue lo más rápido que ha corrido jamás. Ninguno de nosotros lo esperaba».

Alistair, que cruza ahora la meta de la final de Londres en el puesto número 52, se pierde en el bullicio alrededor de la llegada. «Recuerda Pontevedra», le había susurrado su entrenador antes de irse al agua. Y el desplome del campeón olímpico supera su pesadilla de aquel Europeo. Acaba de tumbar a los dos Brownlee en la final del Mundial, sin llegar líder, en su casa y al esprint. Una revancha tan celebrada por su padre en la grada como por Javier sobre la alfombra azul. Su mente asimila ahora lo que parecía improbable, su tercer Mundial, y la memoria le lleva a Budapest, su otro título casi inesperado.

«Javi había conseguido generar a los Brownlee cierto estrés con su progresión de las últimas semanas. Debía intentarlo hasta el final. Los mejores tienen molestias en casi todas las carreras. Hay que convivir con ellas. Solo un detalle podía ser suficiente para devolver la situación a nuestro favor», razona Prieto. La cadena de compromisos que suceden a un título, ceremonias, controles antidopaje, entrevistas y felicitaciones, devuelve luego al campeón a la bici. Regresa como un ciclista más al hotel de concentración, se ducha y celebra la victoria en un restaurante italiano, donde repasa la carrera de su vida, ahora ya también junto a sus padres, su hermano, uno de sus primos y Bayón. La ITU había organizado luego la fiesta de final de temporada en un pub del centro de Londres. Allí aguanta junto a su entrenador apenas un rato antes de terminar el día como un turista, en un local cualquiera con un kebab y un refresco.

Con el siguiente amanecer, se abre paso la rutina, el precio que paga el campeón. A las nueve de la mañana ya trota por Hyde Park. Horas después, vuela a Pekín. Ya

ha vuelto «al oficio», como le gusta decir a su cardiólogo. La celebración y las vacaciones pueden esperar.

La libertad

«Me llamó y quedamos para cenar. Se sentó y no paraba de hablar. Cuando le empezaba a decir algo, él me cortaba. Lo conozco desde hace muchos años, somos amigos, y nunca lo había visto tan extrovertido. Normalmente soy yo el que hablo y él está callado. Pero esta vez era diferente, apenas pude tomar la palabra. Se había liberado de un peso». José Rioseco levanta la mirada y sonríe. Nada describe mejor lo insólito de aquella cena con Javier que esa sonrisa limpia y redonda. La idea de que aquella victoria resultó liberadora la comparte todo su círculo. «La plata olímpica fue algo increíble, pero al fin y al cabo has quedado segundo. Y él quería ganarles, y ganarles de la manera en que lo hizo fue algo único. A mi hermano le molestaba mucho que en algunas pruebas daba la sensación de que ya lo empezaban a presentar como alguien del pasado. Aquella carrera de Londres fue su manera de decir: “Todavía estoy aquí, que a nadie se le olvide”», indica su hermano.

Con la sensación de que tras aquel título memorable, con un final apoteósico en Londres, se había abierto un enorme claro, Javier arrancó una nueva etapa. También a nivel personal. Tras la ruptura con Ricarda Lisk, inicia una relación con la triatleta neozelandesa Anneke Jenkins. Y será un año en el que probará cosas nuevas, como entrenar en grupo o disputar el Mundial de media distancia. Pero, sobre todo, intentará afianzar esas toneladas de confianza que había recuperado con aquel desenlace demoledor.

Viaja a Fuerteventura, su refugio habitual cuando las primeras borrascas del invierno se cuelan en el otoño y riegan Galicia de agua y frío. Ese frío del que es imposible despojarse, porque en su camino hacia los huesos lo acompaña un catalizador tan eficiente como la humedad. Bajo la eterna primavera canaria pone a tono los músculos. Conoce al milímetro los caminos y las pistas de arena fina por los que acumula kilómetros. Lleva muchos años pisando los mismos sitios, tocando los mismos azulejos, flotando en la misma agua, rodando por el mismo asfalto, pero si tiene una ventaja respecto a otros competidores, esa es que no le asfixia la rutina.

Y regresa al pasado. En marzo, cuando el debut en las Series Mundiales se aproxima, acompañado por su entrenador y los triatletas Henri Schoeman, Pablo Dapena, Jesús Gomar y Cesc Godoy, que componen su núcleo de preparación, inicia una concentración en Nueva Zelanda. Aconsejado por Kris Gemmell eligió Wanaka para establecerse antes del arranque en Auckland. Una zona muy próxima a Queenstown, el punto donde hace once años había empezado todo, en el que se proclamó campeón del mundo sub-23 y al que aseguró que volvería en una mañana de diciembre de 2003.

Su comienzo es estratosférico. Arrolla en Auckland, donde realiza un cambio de ritmo impecable en la mitad del 10.000 para descolgar a Jonathan. Algo similar sucede en Ciudad del Cabo veinte días más tarde. El menor de los Brownlee tampoco puede contener su ataque. Está desatado. Las piernas fluyen y la cabeza responde. Se

siente con valor suficiente como para empujar al límite y para hacer ver a los demás que está por encima del resto. En Yokohama realiza una exhibición abrumadora. Con todos los favoritos en liza, solo Mario Mola consigue aguantarle hasta el esprint y allí, evidenciando sus progresos en esta suerte decisiva, Javier lo derrota sin contemplaciones. Pleno. Tres victorias en tres carreras. No tiene freno.

Pero no se acomoda bien a la distancia esprint. En Londres, sobre un recorrido la mitad de largo que en las anteriores pruebas y un desarrollo más explosivo, finaliza en sexta posición. Allí se empieza a fraguar la lesión en la planta del pie que lo mantendría en jaque hasta el final de temporada. Pero el calor de Chicago, que esta vez derribe al resto de sus contrincantes, lo devuelve al primer peldaño del podio. Ya tiene cuatro triunfos. El tetracampeonato está encarrilado. «Esa victoria me sorprendió porque las últimas semanas habían sido irregulares, no había corrido bien por molestias en una fascia. Pero esta vez las altas temperaturas se aliaron conmigo. Cuando nos bajamos a correr a pie, tenía muy malas sensaciones. Podía sentir mi fascia quejándose. Pero al cabo de un kilómetro vi que podía ser mi día. Íbamos muy despacio, Mario no tomaba la iniciativa, Murray se había quedado pese al ritmo lento, Pereira tampoco quería tirar... A los jóvenes les estaba pasando factura esas condiciones extremas, igual que a mí años antes, cuando empezaba a ganar carreras. Así que, dentro de mis dificultades, me fui creciendo. Más que nunca tenía que hacer una prueba de desgaste, sin grandes cambios, y la gente poco a poco cedería. Así, con unos discretos 31.30 en un circuito lleno de curvas y con calor sofocante, logré una victoria clave para encarrilar el Mundial».

De todas formas, se siente preocupado. Esas molestias incipientes en el pie se empiezan a enquistar en el ánimo. Ya lo ha vivido más veces. Dolores que aparecen de la nada. El cuerpo protesta por la acumulación. Debe parar, pero no es el momento oportuno. Tiene que competir. Debe reemplazar la sexta plaza de Londres. No puede llegar a la gran final con ese lastre. En Hamburgo, todavía tocado, acaba cuarto. Ahora tenía algo de margen para descansar. Cinco semanas hasta Estocolmo y seis para viajar a Edmonton a la cita más decisiva de la temporada. Evoluciona favorablemente. Nota cómo la inflamación remite y cada vez puede entrenar con más soltura. No hay nada como volver a sentir que todo está en orden, que puede volver a acelerar al máximo sin que nada se resienta.

Y aprieta el pedal a fondo, porque siete días después de la final del Mundial sobre distancia olímpica también quiere disputar el título planetario de media distancia. Para ello, tiene que acumular kilómetros y kilómetros, pero al mismo tiempo no puede perder intensidad en sus sesiones de calidad. «En Nueva Zelanda, durante abril y mayo, la preparación fue muy dura, porque es el momento de la temporada donde el volumen se empieza a compaginar con entrenamientos de alto nivel. Esa zona mixta se hace absolutamente insoportable», comenta el triatleta gallego Pablo Dapena, quien esa temporada formó parte del grupo de preparación de Gómez Noya. «Te duele todo, piernas, brazos,... el cuerpo entero. Llegaban los viernes, nuestro día de

descanso, y yo solo quería tumbarme en la cama y ponerme a descansar». En esa mezcla de dos tipos de sesiones se ha sumergido ahora Javier, justo antes de la fase determinante de la campaña. Su minuciosa disciplina le permite soportar estas cargas fuera de lo común. «Lo que de verdad lo diferencia del resto es la capacidad de descanso. Acaba su entreno, estira, se marcha para casa y a la cama. Hay mucha gente que no es capaz de hacer eso, él ni siquiera toma algo, ni una caña. Vive en una monotonía que tiene asimilada», recalca su compañero.

Finalmente, Javier decide viajar a Estocolmo. Ya no es solo lo que él consiga, sino lo que evite que consigan sus adversarios por el título, Jonathan Brownlee y Mario Mola. Dos días antes de la carrera, se enfangan los planes. Una dolencia gastrointestinal lo deja fuera de combate. Apenas puede comer. Cualquier cosa le sienta mal. De todos modos, sale a competir. La ciudad amanece encharcada y continúa lloviendo. Cuando la senda hacia el Mundial parecía reluciente, despejada, ahora se cubre de clavos. Por las calles de la capital sueca, Javier hace algo que en contadas ocasiones había consumado: se retira. Exhausto y sin opciones de mejorar sus resultados anteriores, opta por el abandono. Es lo más recomendable, pese a que hiera su orgullo de campeón.

Lo peor es no saber si está en condiciones de rendir en la gran final para la que apenas falta una semana. Allí no necesita ganar, solo vigilar a Jonathan y Mario. Entrar cerca de ellos le daría el tetracampeonato, la cifra mágica de la que solo Simon Lessing puede presumir.

«Claro que crecen las dudas. No sabes cómo vas a responder. Estaba haciendo muy buenos entrenamientos en Pontevedra, pero luego surgieron esos problemas estomacales y quedé tocado. Sabía que la carrera en Edmonton iba a ser muy exigente, que Alistair y Jonathan tratarían de que algo extraordinario sucediese».

Conforme pasan las horas, Javier progresa. Vuelve a comer con normalidad y recupera el vuelo que había perdido en Estocolmo. Estaba relativamente preparado. «Volví a encontrarme bien. Pero en tan solo una semana, y con un viaje transoceánico por medio, no sabes si el cuerpo va a estar totalmente recuperado para la carrera más dura y decisiva del año, donde mi principal rival, Jonathan, contará con la ayuda de uno de los más fuertes, su hermano Alistair».

Una natación deficiente en Edmonton lo deja enganchado en puestos retrasados. Por fortuna, Jonathan también se encuentra en problemas. El primer viraje tan cerca de la salida le había perjudicado. A él no le gusta el revoltijo de las aguas abiertas, prefiere la calma de la piscina. Pero ya contaba con ello. Sabía perfectamente que aquella baliza se iba a convertir en un embudo. Tras la primera transición se vacía. Delante, Alistair ya ha empezado a jugar y se distancia. No le preocupa. Está descartado para el Mundial. Mantiene la tranquilidad y entra en el primer grupo. Con Mario Mola también rezagado, su única misión es ponerse a la rueda de Jonathan Brownlee. Solo se mueve si el británico se mueve. Cumple con diligencia. Y en la carrera a pie, no defrauda. Lo tiene todo bajo control. Solo le queda disfrutar. El título

ya es suyo y también hay espacio para permitir que Mola alcance el subcampeonato del Mundial. Javier lleva años padeciendo las estrategias de los Brownlee y quiere tomarse una dulce revancha. Apura el paso. A Alistair ya no le pueden dar caza, pero va a probar a Jonathan. Se propone saber si está preparado para discutirle el título, si está a su altura. En pocos metros obtiene la respuesta. Jonathan se descuelga, se deja caer lentamente. Solo Mario permanece junto a él y así caminarán hasta poco antes de la alfombra azul, donde Javier no le disputa el esprint al mallorquín. Entra tercero. Suficiente para ser el número uno. Ya es una leyenda.

«Tengo más respeto por Javi que por ningún otro triatleta. Desde que lo admiraba cuando era un júnior, hasta estar en la misma carrera, y luego disputarle el mayor espectáculo en los Juegos Olímpicos. Ha sido un rival fantástico», reflexiona Alistair Brownlee sobre el pentacampeón mundial. El menor de los hermanos comparte el elogio, pues creció intentando alcanzar a un mito viviente. «Oí hablar por primera vez sobre Javi cuando era un joven triatleta en un campus de la federación británica. Nos decían que si queríamos batir a “Gómez“, teníamos que hacer nuestros entrenamientos bien para poder correr lo suficientemente rápido. Javi era el nivel que nosotros teníamos que alcanzar. Estaba en lo más alto de nuestro deporte. Él es uno de los más rápidos nadadores, ciclistas y corredores. Eso significa que siempre va a estar en la lucha por la victoria».

¿Cuál sería la dimensión de Javier, vista su carrera con perspectiva? «En la historia del triatlón él estaría en el podio (ha logrado medalla en todo lo que ha hecho). Los próximos años determinarán en qué peldaño», consideran. «Su habilidad de mejorar el rendimiento a lo largo de la temporada y su consistencia en un período tan largo de tiempo lo hacen diferente... Si tuviésemos que pensar en otro deportista, lo compararíamos con Roger Federer», coinciden ambos hermanos.

Una leyenda viva, pletórica, que solo piensa en el horizonte, que se ha mentalizado para escribir en la historia. «Ahora mi hermano no va a parar... Todo lo que ha conseguido se lo ha ganado a pulso... Y está más convencido que nunca de que puede seguir ganando».

Se levanta del amplio sofá que domina la habitación. Es un cuarto de la última planta de la casa familiar a las afueras de Pontevedra. El lugar que escoge para tocar la guitarra, su pasatiempo predilecto cuando necesita evadirse del trabajo, de una vida enfrentado al cronómetro. «¿A cuántas cosas me he visto obligado a renunciar para llegar hasta aquí? A ninguna. Me sorprende lo que piensan otros deportistas. Pero yo estoy aquí porque durante este tiempo solo he hecho lo que más me gusta hacer».

Ferrol, otoño de 2014

Epílogo

por CHRIS McCORMACK

Recuerdo vivamente la primera vez que pronuncié el nombre de Javier Gómez. Yo acababa de competir en el triatlón de los Juegos de la Commonwealth en Manchester, en el verano europeo de 2002. Durante un entrenamiento en bici en Girona con el entonces campeón mundial ITU, Iván Raña, oí hablar por primera vez del talento de un joven triatleta llamado Javier Gómez. Cuando un campeón mundial habla tan bien de las habilidades de un deportista, te llama la atención. En ese momento Raña era el corredor más letal de nuestro deporte. ¡Y elogiaba con tanta autoridad y convencimiento las cualidades de Javier Gómez! «Macca, atento a él en el futuro.» Charlamos mucho tiempo de sus impecables habilidades como multideportista. Un auténtico ciclista, alguien de una nueva era, que venía de una familia de nadadores y con una formación perfecta para la carrera. En aquel momento, tenía una combinación de cualidades pocas veces vista antes. Aunque el deporte evolucionaba, y con tantos triatletas empezando cada vez más jóvenes, era la mezcla que sabíamos que veríamos algún día. Hasta ese punto de la historia de nuestro deporte, lo más parecido a este tipo de competidor fue Simon Lessing e incluso él tenía debilidades de las que Raña dijo que Javier Gómez carecía.

Menos de 12 meses después, vi a Javier ganar su primer título mundial sub-23 en Queenstown, Nueva Zelanda. Nunca en mi vida había visto a nadie con tanta fuerza bruta en las tres disciplinas. Un triatleta que podía acabar una carrera de forma tan eficaz y con un esfuerzo tan controlado. Cuando lo hacía él, parecía fácil y natural. Queenstown era una carrera dura por caminos irregulares y un circuito muy técnico y serpenteante que hacía difícil encontrar un buen ritmo. Javier era un deportista joven, que competía con la experiencia de un veterano, pero a la vez tenía la velocidad y agilidad de uno de su edad. Era cautivador y hermoso para la vista. No se suelen encontrar estas cualidades en un chico de veinte años, pero viéndole era obvio que estábamos ante alguien muy especial.

Los años siguientes fueron buenísimos para mí como espectador. Como triatleta que se había alejado de las carreras ITU para buscar retos en Ironman, seguí con un gran interés el circuito de la Copa del Mundo. Fue increíble ser testigo del dominio de Javier en el calendario ITU antes de los Juegos de Pekín. En mi opinión, estábamos ante un atleta que representaba la perfección de las pruebas multideporte. Un competidor que no tenía debilidades y que se entregaba con una potencia y una velocidad en los últimos 10 kilómetros a pie jamás vistas antes en el triatlón. Los corredores a pie con mucho talento, como Simon Whitfield, Brad Kahlefeldt y Peter Robertson, podían esprintar, pero se volvían vulnerables frente a un atleta que podía resolver cualquier situación de carrera que se presentase y todavía quedarle el

«punch» definitivo. Un impresionante ataque final, iniciado a mitad del último segmento, dejando a los mejores del mundo frente a alguien con unas condiciones anaeróbicas sin precedentes.

Javier podía igualar el ritmo de los mejores corredores al principio de la carrera y después superarlos al final. No existía absolutamente nadie que pudiera batirlo en aquel momento. Inauguró el nuevo paradigma del competidor ITU. Los oportunistas que lucían en una sola disciplina, pero que podían ser vulnerables si no iba todo a su favor, ahora se quedaban desfasados. Con Javier vino el nuevo estándar. O compites con ese nuevo modelo y te preparas para correr a ese ritmo devastador, o te extingues. Eso es exactamente lo que Javier aportó. Tenía todas las cualidades para enfrentarse a cualquier problema en natación, ciclismo y carrera. Nunca se había visto algo así antes. Por primera vez en mi trayectoria aprecié un cambio en mi deporte al que no podía enfrentarme. Como atleta profesional, puede ser difícil de digerir. Ver una modalidad que has dominado y admitir que los rivales ahora hacen cosas que para ti son imposibles. Cuando aceptas eso, pasas de ser un competidor a ser un fan. En eso me convertí con la nueva forma de competir de Javier Gómez. Él representaba el siguiente nivel, una nueva ola de talento y habilidad con la que los de mi generación habían soñado, pero que nunca habían visto. Un atleta impecable en natación, ciclismo y carrera. Él fue el primero.

Yo solo podía admirarlo desde la distancia y seguirle mientras acumulaba títulos por todo el mundo. Fue impresionante. La llegada en 2009 de la dinamo inglesa, Alistair Brownlee, me abrió el apetito aún más para sentarme a admirar lo lejos que había llegado mi deporte y lo increíbles que eran estos atletas. La rivalidad entre Brownlee y Gómez actuó como catalizador para el triatlón, inspiró a la siguiente generación de campeones y nos brindó un espectáculo a los de la generación anterior, que podíamos disfrutar de esos retos extraordinarios en los mismos circuitos donde habíamos competido en el pasado.

Tuve el placer de conocer a Javier en 2011. La última etapa de mi trayectoria me tenía entrenando para carreras largas y viviendo entre Estados Unidos y Suiza. Los Ironman y los circuitos ITU, a pesar de estar dentro del mismo deporte, llevan caminos separados. Después de ganar el Campeonato Mundial de Ironman en 2010, prometí a mis hijos que intentaría conseguir una plaza en el equipo australiano de los Juegos de Londres 2012. Era un reto casi imposible, pero valía la pena intentarlo. Durante ese tiempo nuestros caminos se cruzaron. Javier y yo teníamos el mismo patrocinador de bicicletas. Gracias al responsable de marketing de la empresa, nos conocimos en una cena en mi ciudad, Sídney. Las primeras impresiones cuentan mucho. La honestidad e integridad de una persona son evidentes al empezar cualquier conversación. Allí tenía al atleta más importante de la historia de nuestro deporte y alguien del cual yo era un auténtico admirador. Charlamos sobre algunas carreras y nos reímos como amigos de toda la vida. Javier es una persona tan impresionante fuera del circuito como dentro de él. Un auténtico caballero y un líder en cada

aspecto del deporte.

Mi madre siempre me decía: «No importa lo que los demás creen que eres, importa lo que eres.» Nunca cambiaré de opinión sobre Javier Gómez gracias a un pequeño detalle, del cual quizás ni se acuerda. El hecho de que a lo mejor no se acuerde da incluso más valor a la anécdota.

Tras las Series Mundiales de Sídney en 2011, mi hija mayor, Tahlia, pasó 45 minutos bajo la lluvia. Esperaba a Javier con su foto en la mano, con ganas de pedirle un autógrafo. Con siete años, tenía su primer héroe. Cuando un atleta gana una carrera, la maraña de periodistas y los compromisos posteriores a la carrera lo arrastran de un lado a otro. Javier había sufrido ese día una caída bastante fuerte por la lluvia, así que después de 45 minutos de espera, me acerqué a mi hija para decirle que quizá sería mejor ir a verlo al día siguiente al hotel. Se negó, empeñada en seguir allí para conocer a su ídolo. Como padre tuve aprensión, pues sé las responsabilidades posteriores a una carrera. Me preocupaba que no lo viera y que se quedase decepcionada. Mi mujer y yo nos resguardamos de la lluvia en una cafetería, vigilando desde arriba a mi hija, sola, con su paraguas en la mano, esperándolo junto a la zona de atletas. Cuando salió Javier, ella estaba atónita y no dijo nada. Se quedó quieta, mirándolo, casi fuera de su vista. Javier y su séquito volvían caminando a su hotel. Estaban metidos en una conversación y con prisa para regresar tras un largo día de carrera. Tahlia se quedó petrificada y sin aliento al verlo pasar. Tenía en la mano un bolígrafo y una revista cuya portada protagonizaba Gómez. No dijo ni una sola palabra y, viéndola así, me sentí triste por ella. Pensé que no notarían su presencia. Javier la vio de reojo e, inmediatamente, se paró y caminó hacia ella. No hay palabras para describir lo que un simple gesto puede hacer. Y cuando dicho gesto es honesto, verdadero y no forzado, muestra qué clase de persona es alguien. Le firmó la revista, sacó una gorra de su patrocinador de la mochila y se la regaló. Le dijo unas palabras y se fue. No había cámaras ni medios de comunicación viéndolos. Nadie para juzgarlo si pasase de ella. Solo él y sus dos amigos. Ni mi hija ni Javier sabían que mi mujer y yo habíamos seguido la escena. Como padre, ver algo así te derrite el corazón. Inmediatamente, Tahlia vino corriendo para contarnos lo que le había pasado. Mi mujer y yo sonreímos al escucharla y sentimos un respeto aún más grande por este hombre.

Javier Gómez, tienes clase en todo lo que haces. Se hablará de tu habilidad atlética durante muchos años. Lo que estás haciendo por nuestro deporte te convertirá en uno de los grandes de verdad. Pero para mí, y así te veré siempre, ese simple gesto significa más que cualquier premio que puedas ganar. Tengo el gran honor de conocerte y solo te deseo éxito y felicidad en tu vida. Eres una persona maravillosa y esto cuenta más que cualquier logro atlético. La gente como tú es como el cometa Halley. Solo pasa una vez en la vida. Es un placer poder llamarte amigo.

Agradecimientos de los autores

Cualquiera sabe que la historia de Javier Gómez Noya encierra material para un relato con la pausa y el mimo de un libro. Así que, cuando Javi aceptó al instante involucrarse en el proyecto, compartir al detalle sus sueños, sus llantos y sus conquistas, ya supimos que todo iría rodado. Pero desde aquella primera conversación, unas semanas antes de los Juegos Olímpicos de Londres, hasta pulir todas las aristas de estas páginas con olor a nuevo, resultó imprescindible la colaboración de varias docenas de personas. El agradecimiento comienza por Javier Gómez Sequeiro y Manoli Noya, cuyo cariño y hospitalidad mecieron horas de conversaciones entre té y té en su casa de Mourente (Pontevedra). Y continúa por las personas más próximas al niño que se convirtió en gigante, como su hermano Rafa Gómez Noya y su amigo Arturo Calvo, y espectadores de su llegada al triatlón, como Cali Formoso y Alberto Paz. Paco Villanueva y Nicolás Bayón, apoyos imprescindibles en aquellos años de plomo, cuando pocos defendieron una causa justa, refrescaron los recuerdos de una época grabada a fuego en la memoria de unos pocos. Con José Rioseco, Omar González y Carlos David Prieto, las sombras de Javi durante más de una década alrededor del mundo, recordamos carreras, victorias y desengaños. Entre risas y recuerdos, Iván Raña, Saleta Castro, Pablo Dapena y Dani Puerta afinaron detalles imprescindibles del sufrimiento que se esconde tras cualquier éxito. El libro tomaba cuerpo en el disco duro del ordenador y pasó ante los ojos inquietos de Marcos Freijeiro, que centró el título, y Juan Varela. Silvia Vieito aportó datos de su memoria interminable. Desde nuestra casa de *La Voz de Galicia* Xosé Luis Vilela, Fernando Hidalgo y Carlos Agulló nos animaron a pedalear hasta el final. Con el texto saliéndose de la pantalla tocaba llamar puertas y vestirlo para salir a la calle. Ruth Méndez nos dio un primer empujón antes de que Carlos Ramos nos llevase, correo tras correo, hasta el buen puerto de este producto final. Del inglés se ocupó Elizabeth Pryor. Javier Theilacker hilvanó los últimos contactos con leyendas que volcaron su admiración por esta «estrella de rock» en el libro de su vida. Cuidadas palabras de Chris McCormack, Alistair y Jonny Brownlee (*thanks*, Richard Downey). ¡Vaya lista de salida! Encantado de pregonar el texto del prólogo, recibimos el sí incondicional de Manuel Jabois, al que atacamos en la sobremesa de una comida de primavera. Escuchamos a Ángel Manso y José Pardo, para que Ovidio Aldegunde disparase y Eduardo Pérez Gil editase el fotón de la portada en Pepe Vieira Camiño da Serpe, ese paraíso de Xosé y Xoán Cannas con vistas a la ría de Pontevedra. Los equipos de Roca y Córner recogieron todo el material y nos guiaron con inteligencia hasta las librerías.

Pero hasta aquí no habríamos llegado nunca sin nuestras familias. Gracias.

ANEXOS

Breve palmarés

Resultados 2002

Campeón de Europa Júnior de Duatlón (Zeit, Alemania)
Campeón de España Júnior de Duatlón (Lugo)
Campeón de España Júnior de Triatlón (Valencia)
Campeón del Open de España Absoluto de Triatlón (Ferrol)
Campeón de la Liga Nacional de Clubes (Lugo)
Campeón Gallego de Natación en 1.500 libre (Santiago de Compostela)
Campeón Gallego de Natación en 400 libre (Santiago)
Campeón Gallego Júnior de Campo a Través (Vigo)

Resultados 2003

Campeón del Mundo Sub-23 de Triatlón (Queenstown, Nueva Zelanda)
Campeón de España Sub-23 de Triatlón (Gerona)
Campeón de España Sub-23 de Duatlón (Almería)
Campeón de la Liga Nacional de Clubes (Badajoz)
3º Campeonato de España de Triatlón (Murcia)
5º Copa de Europa de Győr (Hungría)
5º Copa de Europa de Estoril (Portugal)
Campeón Gallego de Natación en 1.500 libre (Santiago)

Resultados 2004

8º Campeonato del Mundo de Triatlón (Madeira, Portugal)
8º Campeonato de Europa de Triatlón (Valencia)
Campeón del Triatlón Internacional de Bloemfontein (Sudáfrica)
4º Copa del Mundo de Tongyeong (Corea del Sur)
8º Copa del Mundo de Mánchester (Inglaterra)
6º Copa del Mundo de Madrid
Campeón de España Sub-23 de Triatlón (Pontevedra)
Campeón de España Sub-23 de Duatlón (Álava)
Campeón de la Liga Nacional de Clubes (Madrid)
Subcampeón de España de Triatlón (Valladolid)
Campeón Gallego de Natación en 1.500 libre (Carballo)

Resultados 2005

Campeón del Irontour de Francia venciendo en las 6 etapas
1º de la Copa de Europa de Loug Neagh (Irlanda del Norte)
2º Copa de Europa de Palermo (Italia)
Campeón Gallego de Natación de 1.500 libre (Santiago)
Campeón Gallego de Natación de 400 libre (Santiago)

Récord Gallego de Natación en 1.500 libre (15'53'') (Ferrol)

Resultados 2006

Campeón de la general de la BG Copa del Mundo

1º Copa del Mundo de Madrid.

1º Copa del Mundo de Hamburgo (Alemania)

1º Copa del Mundo de Cancún (Mexico)

1º Copa de Europa de Estoril (Portugal)

2º Copa del Mundo de Aqaba (Jordania)

2º Copa del Mundo de Pekín (China)

3º Copa del Mundo de Corner Brook (Canadá)

10º Copa del Mundo de Doha (Qatar)

Campeón del Irontour de Francia (venciendo en tres de las cuatro etapas)

Maillot rojo (mejor corredor a pie) en el Irontour de Francia

5º Campeonato de Europa de Autum (Francia)

10º Campeonato del Mundo de Triatlón de Laussane (Suiza)

Campeón de España de triatlón (Almería)

Campeón de España Sub-23 de Duatlón (Burgos)

Campeón de España por Autonomías Madrid)

Campeón de la Liga Nacional de Clubes (Gijón)

Campeón del Triatlón Internacional de Marbella (Málaga)

Campeón Gallego de Natación de larga distancia 3.000 (Lalín)

Campeón Gallego de Natación de 1.500 libre (Santiago)

Récord Gallego de Natación de 1.500 libre. 15.48 (Santiago)

Récord Gallego de Natación de 800 libre. 8.22 (Santiago)

1º del Ránking de Clasificación Olímpica

Resultados 2007

Campeón de la general de la Copa del Mundo

1º Copa del Mundo de Salford (Inglaterra)

1º Copa del Mundo de Tiszaujvaros (Hungria)

1º Copa del Mundo de Pekín (China)

1º Copa del Mundo de Lisboa (Portugal)

2º Copa del Mundo de Mooloolaba (Australia)

2º Copa del Mundo de Madrid

3º Copa del Mundo de Des Moines, Iowa (EEUU)

Subcampeón del Mundo de Triatlón en Hamburgo (Alemania)

Campeón de Europa de Triatlón, Copenhagen (Dinamarca)

1º Grand Prix de Lorient (Francia)

1º Grand Prix de La Baule (Francia)
2º Grand Prix de Sables d' Olone (Francia)
Campeón del Duatlón Internacional de Gernika.
Campeón de la Liga nacional de Clubes, Lugo.
Campeón Gallego de Natación en 400 m libre (Santiago)
Campeón Gallego de Natación de 1.500 m libre (Santiago)
1º del Ránking Mundial ITU
1º del Ránking de Clasificación Olímpica

Resultados 2008

4º Juegos Olímpicos de Pekín
1º Campeón del Mundo de Triatlón en Vancouver (Canadá)
7º Campeonato de Europa de Lisboa (Portugal)

Campeón de la general de la Copa del Mundo
1º Copa del Mundo de Mooloolaba (Australia)
1º Copa del Mundo de New Plymouth (Nueva Zelanda)
1º Copa del Mundo de Madrid (España)
1º Copa del Mundo de Tiszaujvaros (Hungría)
1º Triatlón Internacional de Bloemfontein (Sudáfrica)
1º Copa de Europa Premium de Pontevedra (España)
1º del Ránking Mundial ITU

Resultados 2009

Campeón de Europa en Holten (Holanda)

2º Campeonato del Mundo de Triatlón
2º Gran Final Series Mundiales de Gold Coast (Australia)
2º Series Mundiales de Washington, DC (EE.UU.)
2º Series Mundiales de Kitzbühel (Austria)
3º Series Mundiales de Madrid
3º Series Mundiales de Yokohama (Japón)

2º Copa de Europa de Triatlón Pontevedra

Campeón de España de Triatlón en Cangas (Pontevedra)
1º US Open Los Angeles Triathlon (EE.UU.)
1º Triatlón Internacional de Fuente Álamo (Murcia)
1º Grand Prix de Tours (Francia)
Campeón de Francia por equipos con el Sartrouville
1º del Ránking Mundial ITU
Premio mejor triatleta nacional

Resultados 2010

Campeón del Mundo de Triatlón en Budapest (segundo título)

1º Series Mundiales de Londres (Inglaterra)

1º Series Mundiales de Hamburgo (Alemania)

2º Grand Final Series Mundiales Budapest (Hungría)

2º Series Mundiales Kitzbukel (Austria)

Campeón de Francia por equipos con el Sartrouville

1º Grand Prix La Boule (Francia)

Campeón de España de Triatlón (Pulpi)

1º Triatlón de Barcelona

Subcampeón de Europa en Athlone (Irlanda)

1º US Open Los Angeles Triathlon (EE.UU.)

1º del Ránking Mundial ITU

Premio mejor triatleta Nacional

Resultados 2011

3º Campeonato del Mundo

1º Series Mundiales de Sidney (Australia)

3º Series Mundiales de Madrid (España)

4º Series Mundiales de Londres (Reino Unido)

6º Series Mundiales de Hamburgo (Alemania)

6º Grand Final del Campeonato del Mundo de Pekín (China)

5º Copa del Mundo Mooloolaba (Australia)

Subcampeón del Mundo de Distancia Sprint Lausana (Suiza)

1º Life Time Series Dallas (EE.UU.)

1º Copa de Europa Premium de Bañoles (España)

Campeón de España en distancia sprint y en distancia olímpica

1º Gran Prix de Francia por equipos con el Sartrouville

1º Triatlón Hangsgroe Offenburg (Alemania)

Resultados 2012

Medalla de plata en los Juegos Olímpicos de Londres (Inglaterra)

2º Campeonato del Mundo

2º Series Mundiales de Hamburgo (Alemania)

2º Series Mundiales de Estocolmo (Suecia)

2º Series Mundiales de Yokohama (Japón)

3º Series Mundiales de Kitzbühel (Austria)

1º Gran final Series Mundiales de Auckland (Nueva Zelanda)

Campeón de Europa en Eilat (Israel)
Campeón 5150 World Championships Hy-Vee, Des Moines (EE.UU.)
Campeón del Mundo X-Terra, Maui (EE.UU.)
1º Lifetime Series Miami (EE.UU.)

Resultados 2013

Campeón del Mundo en Londres (tercer título)
1º Gran final Series Mundiales en Londres (Inglaterra)
2º Series Mundiales de Madrid (España)
2º Series Mundiales de Estocolmo (Suecia)
2º Series Mundiales de Yokohama (Japón)
3º Series Mundiales de Hamburgo (Alemania)
8º Series Mundiales de San Diego (EE.UU.)
13º Series Mundiales de Kitzbühel (Austria)

Campeón 5150 World Championships Hy-Vee Des Moines (EE.UU.)
Campeón de Europa IM 5150 en Zürich (Suiza)
Campeón de Europa de Media Distancia en Calella (Barcelona)
1º Copa del Mundo de Mooloolaba (Australia)
1º Copa del Mundo de Cozumel (México)
1º Escape of Alcatraz San Francisco (EE.UU.)
1º Triatlón Internacional de Pekín (China)
1º Grand Prix Francés en Niza
Campeón de España de Duatlón en Águilas (Murcia)

Resultados 2014

Campeón del Mundo de Triatlón en Edmonton (cuarto título)
3º Grand final Series Mundiales Edmonton (Inglaterra)
1º Series Mundiales de Auckland (Nueva Zelanda)
1º Series Mundiales de Ciudad del Cabo (Sudáfrica)
1º Series Mundiales de Yokohama (Japón)
1º Series Mundiales de Chicago (EE.UU.)
4º Series Mundiales de Hamburgo (Alemania)
6º Series Mundiales de Londres (Inglaterra)

Campeón del Mundo Ironman 70.3 en Mont Tremblant (Canadá)
1º Ironman 70.3 de Panamá
1º Triatlón de Barcelona
1º Triatlón de Fuentealamo

2º Copa del Mundo de New Plymouth

2º Grand Prix Francés de Embrun

2º Grand Prix Francés de Niza

Resultados 2015

Campeón del Mundo de triatlón en Chicago (quinto título y récord histórico)

1º en las Series Mundiales de Yokohama (Japón)

1º en las Series Mundiales de Estocolmo (Suecia)

2º en las Series Mundiales de Auckland (Nueva Zelanda)

2º en las Series Mundiales de Ciudad del Cabo (Sudáfrica)

2º en las Series Mundiales de Hamburgo (Alemania)

2º en las Series Mundiales de Edmonton (Canadá)

2º en la Gran Final de las Series Mundiales en Chicago (EE.UU.)

3º en las Series Mundiales de Gold Coast (Australia)

6º en las Series Mundiales de Abu Dabi (Emiratos Árabes)

1º en la prueba test de los Juegos Olímpicos de Río (Brasil)

1º en el 70.3 de media distancia de Staffordshire (Inglaterra)

1º en el Grand Prix de Dunkerque (Francia)

3º en el Mundial de 70.3 de media distancia en Zell am See (Austria)



Con la copa de ganador de mi categoría en la travesía a nado de San Amaro, en A Coruña, en 1996.

Foto: Archivo personal JAVIER GÓMEZ NOYA.



Mi llegada al aeropuerto de Santiago en 2003, tras un largo viaje desde Queenstown, después de ganar el Mundial sub-23 y convertirme en gran promesa del triatlón. Omar González (posteriormente mi entrenador) y compañeros del CGTD me recibieron.

Foto: PACO RODRÍGUEZ/LA VOZ DE GALICIA.



El Cidade de Lugo Fluvial ha sido mi club de triatlón desde 1999 y un apoyo importante en mi carrera. Con unos compañeros (Amelia Roca, Marcos Valiñas y Marcos Gadián) antes de uno de los innumerables viajes en furgoneta a competiciones por toda España, en 2002.

Foto: ÓSCAR CELA/*LA VOZ DE GALICIA*.



Con Iván Raña siempre tuve una gran complicidad y aprendí mucho entrenando con él. (Ferrol, 2004).

Foto de: JOSÉ PARDO/LA VOZ DE GALICIA.



Siendo ya triatleta, seguí compitiendo en pruebas de natación con el CN Ferrol. Salida de los 1.500 metros en el que batí por primera vez el récord de Galicia. (Ferrol, 2005).

Foto de: JOSÉ PARDO/LA VOZ DE GALICIA.



Vetado en 2005 en competiciones nacionales e internacionales formando parte del equipo español, en Francia me dieron la oportunidad de seguir compitiendo al máximo nivel y contra los mejores del mundo.
(Châteauneuf-sur-Isère, 2005).

Foto: FABRICE ANTERION/EFE.



Estirando y charlando con Jóse Rioseco tras una de las muchas sesiones de carrera a pie en un lugar espectacular, el pinar de San Xurxo-Doniños. (Ferrol, 2006).

Foto: JOSÉ PARDO/LA VOZ DE GALICIA.



Triunfo en Madrid. Ese año gané con gran autoridad las cuatro primeras carreras que disputé de la Copa del Mundo. (Madrid, 2008).

Foto: BENITO ORDÓÑEZ/LA VOZ DE GALICIA.



Feliz en el podio tras conquistar mi primer Campeonato de Europa en Copenhague 2007, ante dos grandes triatletas y amigos, Jan Frodeno y Daniel Unger.

Foto: KELD NAVNTOFT/EFE.



Un duro palo que me costó mucho superar. Cuarto en los Juegos Olímpicos de Pekín 2008, tras llegar lesionado y sufrir otros problemas físicos durante la carrera. Pese a todo, di todo lo que pude ese día.

Foto: MARCELO SAYAO/EFE.



Para culminar una primera mitad del año redondo, gané mi primer Mundial absoluto en Vancouver 2008, una carrera que me hizo especial ilusión.

Foto: SILKE INSEL/EFE.



La temporada 2013 se decidió en los treinta segundos finales de la última carrera y conseguí ganar gracias a un gran esprint final. (Londres, 2013).

Foto: SEAN DEMPSEY/EFE.



El juego sucio del británico Harry Whiltshire hizo que perdiera mis opciones en el Europeo de Pontevedra 2011, una carrera que preparé a conciencia y que deseaba celebrar ante mi gente.

Foto: MÓNICA FERREIRÓS/LA VOZ DE GALICIA.



En los JJ.OO. de Londres hice la mejor carrera posible y rendí al máximo nivel. Una prueba sin errores y una plata de la que estoy orgulloso. Alistair simplemente fue mejor y corrió unos segundos más rápido que yo.

Foto: LAURENT GILLIERON/EFE.



La versatilidad siempre ha sido una de mis principales cualidades como triatleta. Durante el duro segmento de ciclismo del Campeonato del Mundo de Xterra, que gané. (Hawái, 2012).

Foto: NILS NILSEN/XTERRA.



Durante el año 2010, Frodeno fue un duro rival. Victoria en las Series Mundiales de Hamburgo con un gran último kilómetro.

Foto: MALTE CHRISTIANS/EFE.



La música es mi pasión fuera del deporte. Con mi hermano en un escenario de Madrid, en 2013, una de las veces que su banda me invitó a tocar con ellos.

Foto: BENITO ORDÓÑEZ/LA VOZ DE GALICIA.



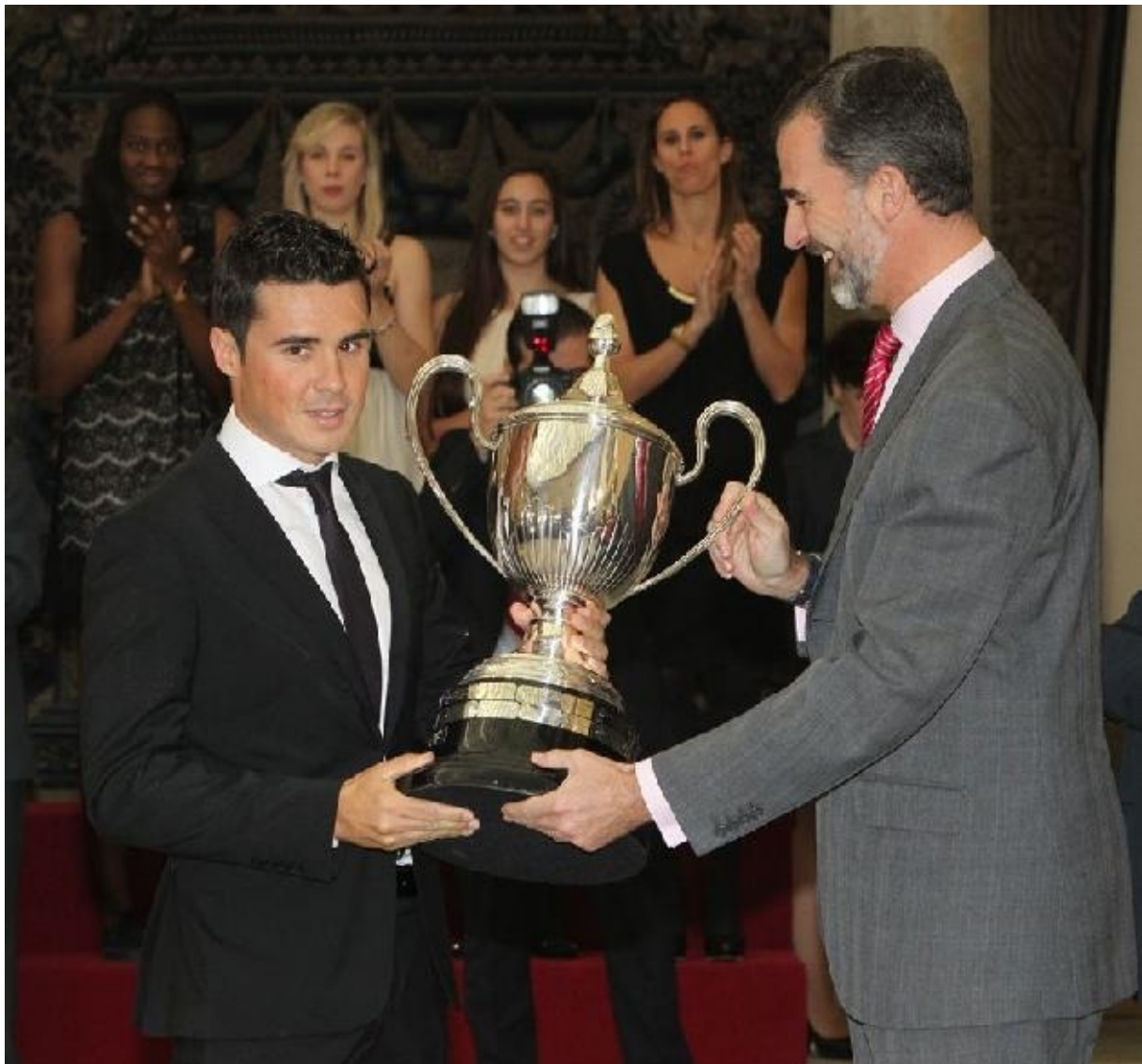
Lo que la gente no ve y lo que realmente es mi día a día. Sesión en la pista en una de mis concentraciones en Playitas Resort. (Fuerteventura, 2014).

Foto: CARLOS DAVID PRIETO.



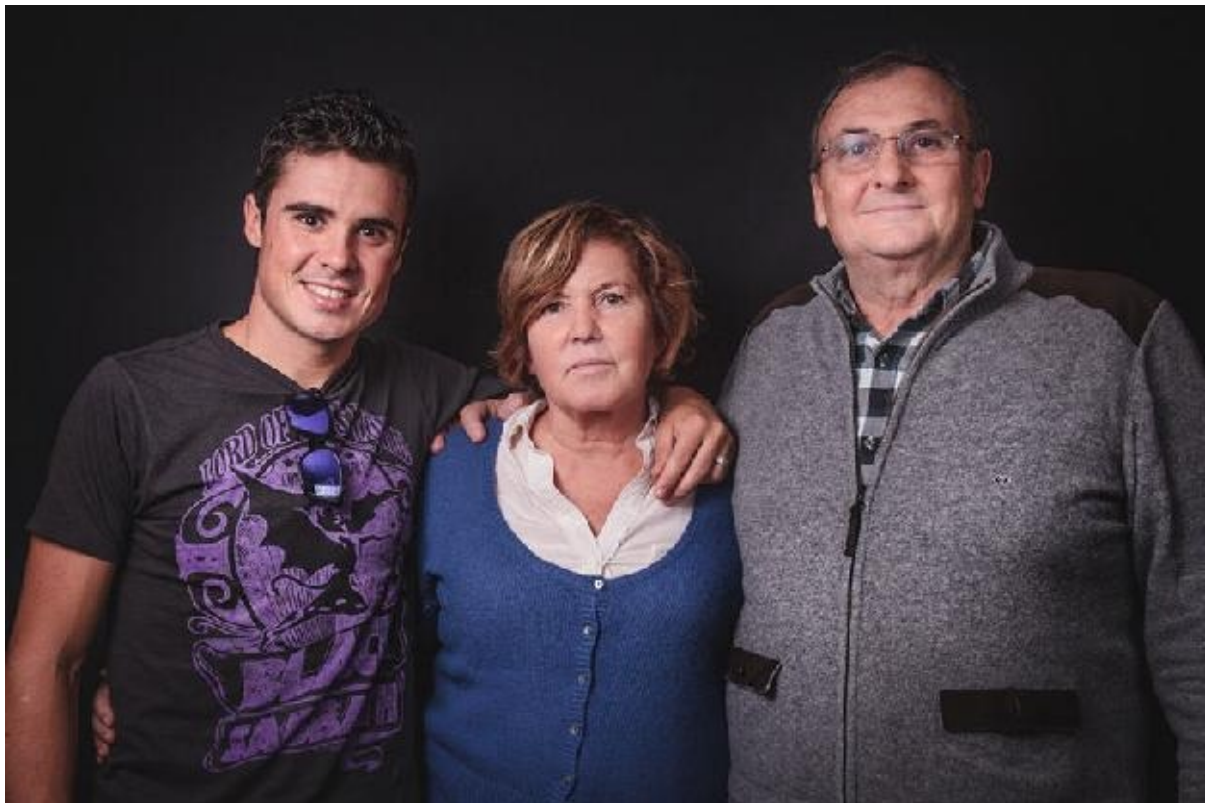
Podio final del Mundial de Edmondton 2014 en el que igualé la marca de Simon Lessing como triatleta que ha ganado más títulos mundiales.

Foto: MIKE STURK/EFE.



Recibiendo el Premio Nacional del Deporte de manos del Rey. (Madrid, 2014).

Foto: CHEMA MOYA/EFE.



Con mis padres, el principal apoyo que he tenido en mi carrera deportiva (Pontevedra, 2014).

Foto: ARCHIVO PERSONAL JAVIER GÓMEZ NOYA.



Con mi novia Anneke Jenkins, también triatleta y una pieza clave en mi equipo en estos últimos tiempos. (Auckland, 2015).

Foto: ARCHIVO PERSONAL JAVIER GÓMEZ NOYA.



PAULO ALONSO LOIS (A Coruña, 1977) se licenció en Periodismo en Santiago de Compostela y trabaja desde 1999 en *La Voz de Galicia*. En 2003 publicó su primer reportaje sobre Javier Gómez Noya, cuya evolución ha vivido muy de cerca. Cubrió los Juegos Olímpicos de Pekín 2008 y los de Londres 2012, entre otros grandes eventos deportivos.

ANTÓN BRUQUETAS (Ferrol, 1979) es licenciado en Periodismo por la Universidad San Pablo CEU de Madrid y trabaja en *La Voz de Galicia* desde 2008.